

Bilal

El sirviente de Mahoma

H. A. L. CRAIG



Título original:

Bilal

Traducción: María Antonia Menini Pagés

Diseño de la sobrecubierta: RipollArias

Primera edición: abril de 1995

© HAL. Craig, 1977

First published in Great Britain by Quartet Books, Ltd.

© de la traducción: María Antonia Menini Pagés, 1995

© de la presente edición: Edhasa, 1995

Diagonal, 519-521.08029 Barcelona

ISBN: 84-350-0620-4

Impreso en Hurope, S.L. sobre papel offset crudo de Leizarán

Depósito legal: B - 11.701 - 1995

Printed in Spain

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

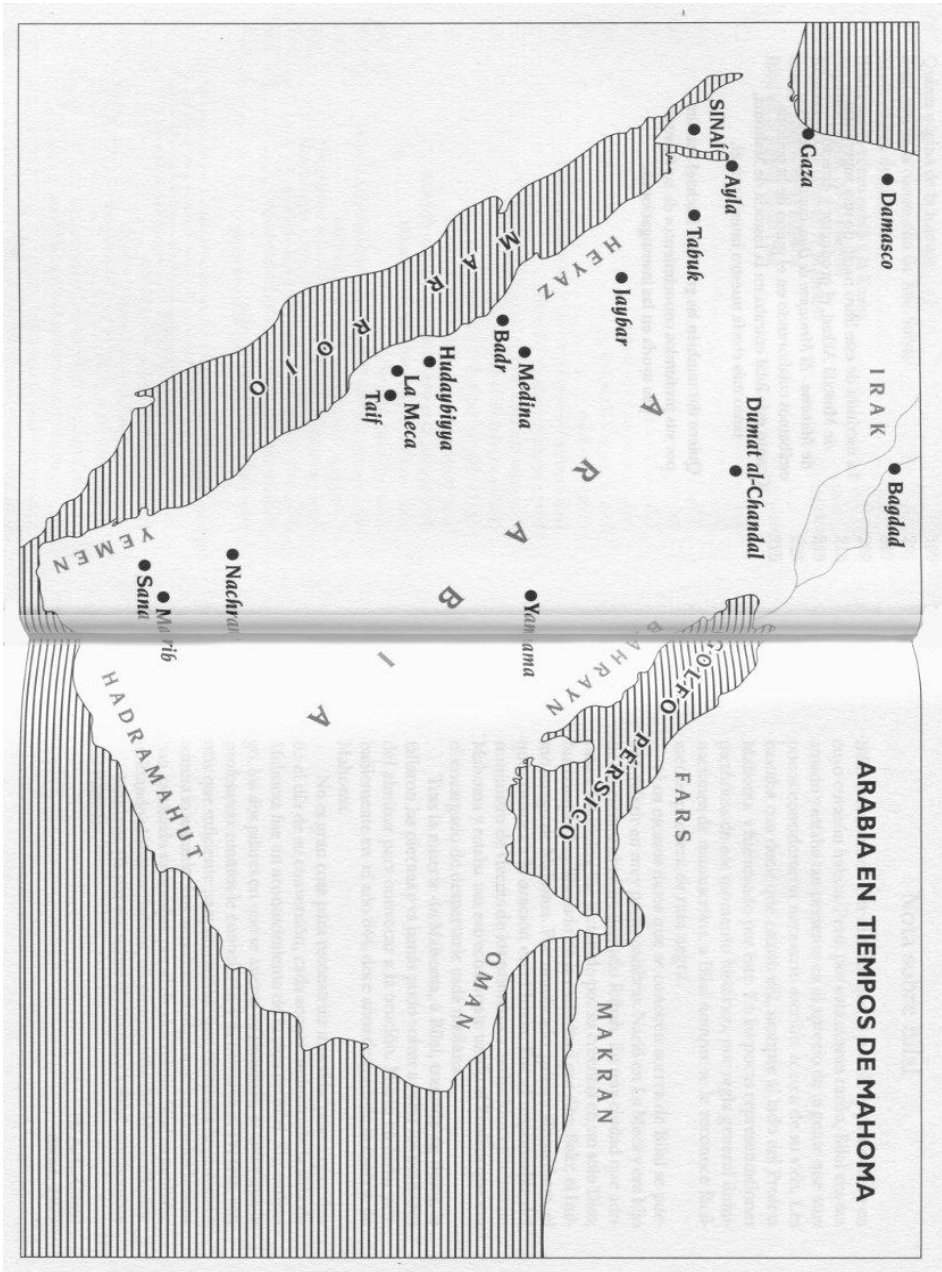
AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

ARABIA EN TIEMPOS DE MAHOMA



La escritura de este libro nació de una sugerencia de Mustafá Akkad, el productor y director de *Mahoma — El Mensajero de Dios*, cuando ambos estábamos colaborando en el guión de la película. Cuanto más Bilal entraba en la historia de Mahoma, tanto más crecía nuestro interés por él.

Quiero dar también las gracias a Michael Starkey por sus profundos conocimientos de las fuentes y su ayuda en las investigaciones.

Nota sobre Bilal

Bilal es recordado por el amor que el pueblo le profesaba y en cuyo corazón habita. Pero, por esta misma razón, Bilal era tan amado y estaba tan presente en el aprecio de la gente que muy pocos consideraron necesario escribir acerca de su vida. Les bastaba con decir que estuvo allí, siempre al lado del Profeta Mahoma y fue amado por éste. En las pocas representaciones pictóricas de ese momento histórico, por regla general iluminaciones de manuscritos, a Bilal siempre se le reconoce fácilmente, pues era de raza negra.

Los escasos datos que se conocen acerca de Bilal se pueden referir en muy pocas palabras. Nació en La Meca y era hijo de un esclavo abisinio llamado Rabah. En una ciudad que adoraba a los ídolos, fue torturado por su creencia en un solo Dios; fue comprado y liberado de la esclavitud por Abu Bakr, el íntimo amigo de Mahoma. Fue nombrado primer almuédano, el que convoca a la oración en el Islam. Fue el responsable del suministro de víveres de los primeros y reducidos ejércitos de Mahoma y estaba tan estrechamente unido al Profeta que era el encargado de despertarle cada mañana.

Tras la muerte de Mahoma, a Bilal, transido de dolor, le fallaron las piernas y ya jamás pudo volver a subir los peldaños del alminar para convocar a la oración. Murió en Siria, probablemente en el año 644, doce años después de la muerte de Mahoma.

No es gran cosa para reconstruir una vida, pese a que, desde el día de su conversión, cada acontecimiento de la vida de Mahoma fue un acontecimiento de la vida de Bilal. Sin embargo, los dos pilares en que se asienta su recuerdo, el amor que le profesaron cuantos le conocieron y su cercanía al Profeta, son más que suficiente para un escritor que comparte lo primero y admira lo segundo. Los musulmanes negros de los Estados Unidos han cambiado su nombre por el de «los Bilali». Bilal es también, utilizando el léxico cristiano, un santo patrón del África islámica.

Mahoma (la paz sea sobre él) llamaba a Bilal «un hombre del Paraíso».

H. A. L. Craig
Roma, 1977

Bilal
Primera parte

Bilal habla de la esclavitud

Yo, Bilal, hijo de esclavos, nací en la esclavitud y seguí en ella hasta el día en que mi amo el mercader Umayya decidió darme muerte.

Un esclavo tiene en su vida menos accidentes que un hombre libre, pero, cuando le ocurren, le ocurren. Sobre él se descarga el látigo, pues un esclavo no es más que un pellejo. Sin embargo, ahora ya soy un anciano y aquí en Damasco corro más peligro a causa de las espinas de los rosales de mi puerta que a causa de la mano de cualquier Umayya o de sus dolores de cabeza o de los caprichos de su botella de vino, ya que un esclavo nunca sabe, sólo puede prever. No hay ninguna voz como la de tu amo. No te puedes ocultar de su voz cuando él te llama. Si no estás en dos lugares, bajo su mirada o al alcance de su grito, significa que te has fugado. Él te compró y tu precio es el resto de tu vida.

No tengo por costumbre bromear sobre los muertos, pero os puedo decir que, cuando Umayya me compró en el mercado de La Meca, consiguió mucho más de lo que pagó. Porque, cuando un hombre compra un caballo, tiene que procurar que éste no lo arroje al suelo y le rompa el cuello. Cuando eso ocurre, el hombre ha hecho un mal negocio.

Sin embargo, sólo Dios decide quién será el último en reírse.

Pero me estoy apartando del tema. Me debo de estar haciendo viejo, si ya me aparto del tema antes de empezar. No le puedo conceder a Umayya, que sólo era un traficante de esclavos, demasiado espacio en mi recuerdo. Pues yo, Bilal, el esclavo de Umayya, os hablaré de unos días prodigiosos. Yo estuve presente —presente a lo largo de veintidós años— cuando Mahoma, el Mensajero de Dios, pisaba la tierra. Yo escuché lo que él dijo y vi lo que hizo.

Bilal habla del hombre que transformó La Meca

Aquella mañana Umayya fue como de costumbre a sentarse con los demás mercaderes al lado de la Kaaba.

Yo siempre esperaba con ansia la llegada de la mañana en que permanecía agachado en el suelo con mis compañeros de esclavitud, chismorreando en voz baja sin apartar los ojos de nuestros amos y siempre a su entera disposición. Pero lo más agradable era poder disfrutar de la sombra, pues la sombra en La Meca es como el aire para los pulmones.

Nada crece en La Meca, ni árbol, ni hierba, ni flor, y las pedregosas lomas que rodean la ciudad conservan el sofocante calor del mediodía hasta bien entrada la noche. Por los rigores de la naturaleza, La Meca figura entre los lugares más inclementes del mundo. Y, sin embargo, ya entonces, todos los que conocían La Meca no podían apartarla de sus pensamientos. Cuando estaban lejos de ella, anhelaban regresar. Ningún oasis o país de clima templado podía satisfacerles; siempre recogían sus pertenencias y volvían. Hasta los camellos del desierto levantaban la cabeza y apuraban el paso cuando oían pronunciar el nombre de «La Meca». Y hasta yo, esclavo vendido en subasta en La Meca, aguijoneado, pellizcado y obligado a correr en círculo para demostrar mi vigor, acabé amando el lugar de mi tormento.

Os aseguro que el agua de esta copa de plata, la fresca agua corriente de Damasco, no se puede comparar con la fuerte agua sulfurosa del Zamzam que goteaba en el patio de la Kaaba, a pesar de que yo entonces sólo la bebía en la copa de mi mano.

¿Por qué? ¿Por qué esa pardusca ciudad azotada por el sol en un desolado valle, sin un árbol, ni un pájaro, ni una mariposa, ni la menor mirada misericordiosa de la naturaleza, exalta la imaginación y persigue la mente? No es necesario buscar demasiado. El negro fulgor de la Kaaba se eleva en el desierto cual una joya del Cielo lucida por la tierra. Su sombra es como la de mil palmeras, es el mejor de los oasis. Ya en tiempos paganos era un lugar de paz. Nadie desenvainaba la espada, levantaba la mano contra su enemigo o se entregaba a luchas encarnizadas, guerras, desórdenes o bandidajes en las intermediaciones de la Kaaba.

La Kaaba, primera casa de oración de la raza humana, fue construida por Abraham, el padre de Ismael y de Isaac, el cual sólo rezaba al único Dios. Pero era tal la confusión de la humanidad que esa gran casa de adoración se había convertido en un almacén de ídolos de madera labrada y piedra pulida, los dioses de Arabia, unos dioses para el día y para la noche, para las piernas sanas y para las enfermas, dioses para la muerte y para los viajes. Había trescientos sesenta dioses distintos... y de todos ellos se sacaba provecho. No el verdadero provecho de la religión, el que se gana en el Cielo y perdura eternamente, sino el provecho de la caravana que se consigue en el mercado y aparece y desaparece como un escupitajo sobre una piedra caliente.

Cada año, en un mes previamente acordado, las tribus de Arabia visitaban a sus dioses en la Kaaba. Ello daba lugar a un floreciente mercado al que acudían mercaderes de Siria, hombres del Yemen que se dedicaban al comercio marítimo, otros que transportaban mercaderías desde Persia y traficantes de esclavos de todas partes. Los dioses y el oro eran la misma mercancía.

Os cuento todo eso para situar mi historia en el lugar que le corresponde, exactamente el lugar donde yo solía sentarme a la sombra de la Kaaba.

—Allá va el hombre que habla de Dios —dijo la voz de Abu Jahl, y su esclavo, agachado a mi lado, se levantó antes de que el comentario se perdiera entre risas.

Inmediatamente, el esclavo volvió a sentarse.

—¿Por qué no caminas sobre las aguas, Profeta?

Ése era Umayya, mi amo, que ahora debe de estar pagando su culpa en el Infierno.

Entonces yo vi pasar a Mahoma, hijo de Abd Alá, caminando solo según su costumbre, con el rostro dirigido hacia la montaña donde, según se decía, un ángel le había hablado. Desapareció doblando la esquina de la Kaaba, empujado por las risotadas que escuchaba a su espalda, o eso les debió de parecer a nuestros amos, que se burlaban de él.

Sin embargo, Abu Sufyán no sonrió, y en toda La Meca el hombre al que tenías que obedecer después de tu amo era Abu Sufyán. Su historia y la nuestra están tan unidas como el cazador y el cazado, el perro y el venado. Puede que el uno necesitase al otro; puede que él nos ayudara a convertirnos en lo que somos. De repente, se levantó y cesaron de inmediato los murmullos.

—El hombre que tiene un solo dios no tiene ninguno —dijo.

Como de costumbre, había apoyado un dedo sobre el pulso de la muñeca de la otra mano, pues los paganos reparten sus supersticiones entre muchos dioses y no pueden, en lo más hondo de su ser, comprender la pura certeza del único Dios. Pero se veía que estaba preocupado.

—Los dioses nos abandonarán y otorgarán sus dádivas a otra ciudad si nosotros no ponemos freno a esta blasfemia. —Miró con dureza a Abu Lahab—. Tú eres su tío. Su familia tiene la obligación de corregirle.

Abu Lahab estaba turbado. Se había mantenido al margen de la discusión

en la esperanza de que lo dejaran fuera de ella.

—¿Corregirlo? ¡Mahoma tiene cuarenta años! Lo sé, lo sé, nos está deshonrando... a mí, a su propia familia; y a vosotros, que pertenecéis a su clase. Ayer adoptó a su esclavo como hijo. ¡Una locura! Da todo lo que tiene a quienquiera que se lo pida. ¡Una locura! Da de comer a la chusma, a los deudores... cada día se congregan diez de ellos en su puerta. Y se tienen por desgraciados si no reciben de él una oveja. Pero, ¿qué podemos hacer? Mi sobrino se ha vuelto loco.

Abu Lahab miró de uno a otro como si ellos pudieran ayudarle a explicar lo inexplicable... un profeta en su propia tierra. En su angustia, tomó a Abu Sufyán del brazo.

—Dime, Abu Sufyán: un hombre en la flor de la edad, fuerte, apuesto y sin una sola cana en la cabeza, casado con una esposa rica, un hombre que se puede permitir lo mejor que hay en La Meca... ¿y qué es lo que hace? Se pasa el día temblando en el interior de una cueva de la montaña... ¿acaso no es eso estar loco? ¡Pero si tiene un lecho caliente en casa! Y todo por un ángel que él cree que le habla... ese ángel no es más que un silbido que suena en sus oídos.

Aquí Abu Lahab se sentó con aire cansado. Sus amigos estaban turbados. Un caso de locura en la familia es la mayor desgracia que le puede ocurrir a un hombre, pues nada se puede hacer y ningún consejo es acertado. Sólo se puede esperar que regrese la cordura a través del recuerdo.

—Y, sin embargo, hace un año todos le conocíais y le respetabais. Entonces no os hubierais burlado de él. Juzgaba vuestras disputas y resolvía vuestras querellas. Acudíais a él cuando le necesitabais, pues era un hombre justo.

Abu Lahab llamó por señas a su esclavo. Dijo lo que tenía que decir en aquel momento. Me duele que en otros momentos Abu Lahab dijera otras cosas y se volviera hacia los noques, teniendo a su alcance los ríos y los árboles del Paraíso. Pero sólo Dios sabe el paradero de las almas.

Abu Sufyán ya había tomado una decisión.

—Una cosa es lo que dice sobre los dioses... y con lo cual yo estoy sinceramente de acuerdo. Pero los dioses ya cuidarán de sí mismos. Lo que les dice a los hombres es otra cosa... y puede ser peligroso. Sin embargo, muy pronto lo averiguaremos. Mandaremos llamar a los esclavos y a los hombres que no gozan de protección y que son los que lo escuchan.

Bilal desafía a su amo

Me encontraba de pie apoyado en la pared en la posición propia de los esclavos cuando trajeron a Amar.

Lo obligaron a ponerse de rodillas, pero él levantó la cabeza para mirarlos. Entonces comprendí que la cosa acabaría mal. Si hubiera sido un esclavo, hubiera tenido la precaución de inclinar la cabeza, pero él insistió en hacer valer sus derechos de hombre libre, por más que ocupara los últimos peldaños de la escala social, e incluso se atrevió a mirarlos cara a cara.

—¿Qué te enseña Mahoma?

—Nos enseña que todos los hombres son tan iguales delante de Dios como los dientes de un peine.

Sé que yo, Bilal, el esclavo apoyado contra la pared, me estremecí de frío al oír esas palabras y sé que el rostro de Umayya se congestionó y enrojeció de cólera. Pero un esclavo no tiene los mismos sentimientos que su amo.

A menudo me he preguntado por qué razón Amar fue tan audaz aquel día. Hubiera podido decir: «Mahoma nos enseña a rezar... a decir la verdad... a desear para tu prójimo lo mismo que deseas para ti», y entonces lo hubieran soltado. Pero Amar, Dios tenga misericordia de él, les abrió el libro:

—Mahoma nos enseña a adorar tan sólo al Único Dios.

Recuerdo que Abu Sufyán tenía un matamoscas que se enrollaba alrededor del cuello como si fuera una cosa viva. Cuando Amar pronunció las palabras «el Único Dios», el matamoscas cayó sobre su espalda como un látigo de pelo de perro.

Abu Sufyán no era el peor —reservo este piadoso sentimiento para los hombres de la ciudad de Taif— y, además, los propios esclavos de Abu Sufyán no le consideraban un mal amo. Jamás levantaba la voz cuando le bastaba con enarcar una ceja. Pero aquel día me asustó con sus suaves modales tal como asustó a Amar, fingiendo hablar con él de igual a igual.

—¿El Único Dios? —preguntó con un tono de voz que parecía de simple curiosidad—. Pero si nosotros tenemos trescientos sesenta dioses que nos protegen y cuidan amorosamente.

Recuerdo que entonces vi algo muy curioso: una mariposa blanca, inmóvil

en la parte exterior de la ventana de la pared de enfrente. Recuerdo a Abu Sufyán caminando en círculo alrededor de Amar. ¡Cuánto lo recuerdo! ¿Por qué no lo iba a recordar si en aquella estancia toda mi vida cambió en cuestión de unos minutos?

—¿Acaso Mahoma no se da cuenta de que vivimos dando cobijo a los dioses? Cada tribu adora a un dios en particular. Cada año las tribus de Arabia acuden a La Meca para rezar y comprar nuestras mercaderías. Los dioses no sólo son el objeto de nuestra adoración sino también nuestra fuente de ingresos. ¿Acaso no cuidamos de los débiles y los menesterosos? ¿Acaso no recibes tú la parte que te corresponde? Bien... —Abu Sufyán hizo una pausa como la que suelen hacer los oradores para atraer la atención de sus oyentes mientras todos los reunidos en la estancia permanecían pendientes de sus palabras—... si sustituyéramos los trescientos dioses por uno solo al que no podemos ver, pero que, según dicen, está en todas partes, en este jardín... en Taif, en Medina, en Jerusalén... en la luna... ¿qué sería de La Meca? ¿Quién acudiría aquí, teniendo a Dios en casa?

Todo el mundo pareció darse por satisfecho. El príncipe mercader había derrotado al Único Dios y una breve frase había sido totalmente destruida por un largo discurso. La cuestión hubiera podido terminar ahí sin que nadie sufriera el menor daño si mi amo no me hubiera arrastrado a mí a la contienda, yo que tenía tan poco que ver con el asunto como la pared en la que estaba apoyado. De repente, ya no hubo pared a mi espalda, pues se acababa de pronunciar mi nombre.

En medio de un revuelo de seda, Umayya se acercó a Amar.

—¿Tú dices que un esclavo es igual a su amo? —La seda se estremeció sobre su espalda—. ¿Acaso el negro Bilal que yo compré con dinero es igual a mí? —Hizo una pausa para saborear el carácter absurdo de la pregunta. Yo, Bilal, «el negro Bilal», no era ni igual ni desigual y, en realidad, estaba fuera de lugar en aquella pregunta. No era nada y, por consiguiente, no era ni lo uno ni lo otro. Hubiera podido unirme al coro de las carcajadas mientras Umayya, haciendo un gesto de burla, sostenía la pregunta en el hueco de su mano bajo la nariz de Amar. La respuesta era innecesaria. Pero Amar (qué necio me pareció entonces) se atrevió a responder a la pregunta de la cual todo el mundo, incluido el propio Umayya, ya se había olvidado.

—Mahoma nos enseña que todos los hombres de todas las razas, colores y condiciones son iguales delante de Dios.

Se hizo el silencio y después oí pronunciar nuevamente mi nombre.

—Bilal.

¿Cómo podía yo saber que, cuando me llamaron, iba a pasar de una vida a otra? Pero sólo Dios conoce el siguiente minuto de todas nuestras vidas.

Acudí a la llamada.

—Bilal, muéstrale a este hombre la diferencia entre un señor de La Meca y tu persona. Azótale el rostro para que su boca aprenda la lección.

A estas alturas de mi vida sigo sin comprender la limpieza de aquella frase. Como no sea quizá el hecho de que la crueldad es a veces muy limpia. La tortura es ciertamente un acto muy pulido.

Me colocaron un látigo en la mano y Amar me miró, ofreciendo su rostro al castigo.

¿Cómo os puedo contar lo que ocurrió a continuación? Después de tantos años, todavía no puedo evocar aquel momento sin percibir un silbido en los oídos y experimentar una sensación de aturdimiento.

Es poco lo que recuerdo, supongo. Los ojos muy abiertos de Umayya y el perfil de Abu Sufyán, el cual era un hombre que aprobaba los castigos, pero cuya dignidad no le permitía rebajarse a contemplarlos.

A Amar, en cambio, lo vi con toda claridad. Su mirada pura y serena, valerosa y sumisa, pero fuerte. Vi en sus ojos una fuerza más poderosa que mi esclavitud. En aquel momento, yo, Bilal, cambié de amo.

Solté el látigo.

Oí los jadeos de los presentes en la estancia. Sabían lo que habían visto y yo sabía lo que había hecho. Un esclavo se había rebelado.

Amar se arrastró por el suelo para recoger el látigo e intentó colocarlo de nuevo en mi mano. Sus susurros resonaron como un grito en mi cabeza.

—Haz lo que te dicen, Bilal... aquí tienes el látigo... hazlo... te van a matar, Bilal.

Pero esta vez, cuando arrojé el látigo al suelo, todo me pareció muy tranquilo. Vi a Abu Sufyán haciéndole un gesto a Umayya. Oí la cantarina risa de Hind y me volví a mirarla. Me había pasado toda la vida observando a Hind sin jamás atreverme a mirarla directamente. Por consiguiente, sólo había visto algunos retazos de su figura. No supe hasta aquel momento que ya la había visto por entero. Ella era para mí tan sólo un conjunto de retazos.

Umayya parecía sereno, incluso calmado.

—Si tú eres lo suficientemente humano como para tener dioses, Bilal, éstos son los dioses de tu amo. Los míos. No consentiré que lleves ningún dios invisible a los cuartos de mis esclavos. —Contempló la declinante luz del día—. Te castigaré... pero esperaré el calor del sol; hoy ya ha superado su culminación.

Sentí las cuerdas alrededor de las muñecas y el cuello mientras hacían conmigo lo que querían. Fui más obediente que nunca. Después me condujeron a los cuartos de los esclavos para aguardar el nuevo día.

Bilal espera la muerte

Me dejaron solo y me pasé toda la noche dando vueltas en mi catre. Mi amo era, tal como ya he dicho, muy minucioso en sus castigos. Un latigazo por la mañana es la mejor leña para que un esclavo hierva toda la noche, decía él. Pero yo tenía otras cosas en que pensar, aparte del látigo. Tenía el sol; Umaya me había condenado al sol. En La Meca, el sol era la carreta de la ejecución.

La inminencia de la muerte puede encender muchas luces en un hombre y aquella noche Dios me concedió la gracia y el favor de la luz. Volví a ver a mi padre y a mi madre trabajando en medio del vapor de las cubas de los tintes y en los patios de los curtidores... el vigor de mi padre estaba tan agotado y consumido que lo que hubiera tenido que ser la flor de su edad era su vejez y, en cuanto a mi madre, la recuerdo tosiendo, siempre tosiendo hasta perder la vida. Y, sin embargo, aquella noche vi de nuevo su ternura y su tristeza al mirarme.

Eran unos etíopes de la otra orilla del Mar Rojo. Nunca supe cómo llegaron a la esclavitud. Jamás me lo dijeron. Soportaron la dureza de su existencia a través del olvido, aunque mi madre me dijo una vez que, a pesar de que nací en la esclavitud, fui concebido en la libertad. Por consiguiente, yo siempre supe que, en la fase más misteriosa de mi vida, en mi concepción, yo no era un esclavo. Pero todos los hombres reciben su vida y su estado sin saberlo. Nadie puede elegir su puerta. Nadie puede decir: «Voy a entrar aquí». Tal es el destino de los humanos.

Aquella noche, volví a oír con mis oídos de antaño a mi padre y a mi madre discutiendo en voz baja la conveniencia de quitarme la vida para salvarme de la esclavitud a la que por mi nacimiento estaba condenado. Sentí de nuevo las lágrimas en mi rostro, no por mí sino por el sufrimiento de su amor. Tal como le ocurrió a Isaac, yo me hubiera sometido a la voluntad de mi padre, pero, como en el caso de Isaac, no fue así.

Vi el día en que alcancé la edad de ser marcado para convertirme en esclavo de pleno derecho y después vendido y vuelto a vender entre los camellos y las ovejas de una u otra herencia, pasando de un amo a otro. ¡Bah! Ahora me río de todo eso... de las palizas, de las patadas y de los latigazos. Sin

embargo, aquella noche en los cuartos de los esclavos de Umayya, atado de las rodillas hasta el cuello, no me apetecía mucho reírme.

Después, entre ramalazos de dolor, empecé a contemplar de nuevo la belleza del mundo. Una belleza que se estaba alejando de mí. ¿Qué era? Un perro ladrando en la distancia; el suelo iluminado por la luz de la luna; un hombre roncando tranquilamente al otro lado del patio. Apenas lo recuerdo. ¿Cómo podría recordarlo? Treinta años han transcurrido. La mente es demasiado limitada como para poseerse a sí misma. Pero recuerdo haber visto en la negra oscuridad de aquella noche una roja cochinilla en el tallo de una planta bajo la cegadora luz del sol. Y aún hoy, cuando veo una cochinilla, soy feliz todo el día. Cochinillas, cochinillas... ¡en qué cosas piensan los hombres cuando la muerte atenaza su entendimiento!

Recordé los acontecimientos de la víspera. ¿Qué me había arrastrado hasta aquel precipicio? ¿Amar? ¿Qué tenía yo que ver con Amar o Amar conmigo? Él no me hubiera reprochado que lo azotara. Hasta me volvió a colocar el látigo en la mano. Y, sin embargo, yo, Bilal, un hombre que no era nada, había descubierto que nada en mi esclavitud podía obligarme a obedecer.

Podríais pensar que había tomado una decisión. Os equivocaríais. ¿Cómo puede un esclavo decidir? El que no tiene opciones no puede tomar decisiones. Entonces, ¿por qué razón se me había caído el látigo de la mano? ¿O acaso era una estaca? Un esclavo se tiene miedo incluso a sí mismo y yo no era ni lo bastante valiente ni lo bastante insensato como para rebelarme. La respuesta tenía que estar en otra parte. ¿Dónde? ¿En Mahoma?

Había visto muchas veces a Mahoma, pero jamás había hablado con él. Cuando terminaba la gran Feria y las caravanas desaparecían envueltas en la polvareda que ellas mismas levantaban, La Meca se encogía. Las calles se vaciaban y eran ocupadas por los rostros de siempre, aunque éstos pasaban por mi lado, junto al esclavo, sin fijarse en mí y sin manifestarme la menor confianza. Mahoma era distinto. Jamás se cruzaba con un hombre sin dirigirle una mirada de amistad. Ahora era el único testigo del Único Dios.

Llevaba varias horas tendido en mi catre, pensando en mi situación y sintiendo cómo las cuerdas se hundían dolorosamente en mi carne. Creo que conservaba la vaga esperanza de que, gimoteando, arrastrándome por el suelo y lamiendo unos pies por la mañana, se me concedería acceder al breve espacio que media entre la vida y la muerte. Debía de abrigar una cierta esperanza, pues la esperanza es el último amigo de un hombre y sólo lo abandona cuando éste exhala el último aliento.

La mañana no tardaría en llegar. Un aire nuevo se estaba abriendo camino a través del aire de la víspera y yo me llené los pulmones de él. Mi mente errante se fue acercando poco a poco al Único Dios. Debéis saber que yo era por aquel entonces iletrado y mi pensamiento no tenía alfabeto, por lo que, al hablar de mi mente errante, me refiero a que era un nómada que no tenía ningún pozo. Pero estaba sediento. Mi sed lo era todo y ella me empujó hacia algo que yo

ignoraba.

Oh, Dios mío, no es el hombre quien te elige a ti, sino tú quien elige al hombre. Nadie puede creer sino por tu voluntad.

Aquella madrugada, por la voluntad divina, me entregué a Dios. Mi Islam.

De pronto, me recorrió el cuerpo una dulzura tan grande que me llené de gozo a pesar de las cuerdas que me inmovilizaban. Mi alma cantaba y yo sabía que mi solo consuelo sería estar cerca del Único Dios. Lo comprendí con una certeza más profunda que mi mente y que las honduras del corazón del hombre. Empecé a rezar y mi alma halló alivio. Empecé a alabar a Dios y mi mente se sintió en paz. Busqué su misericordia y mi temor desapareció.

Después salió el sol, guiado por la mano de Dios.

Cuando acudieron por mí, les di las gracias. ¿Cómo hubieran podido entenderlo? Lo normal hubiera sido que implorara su compasión. Pensaron que estaba loco. ¿Cómo podían saber que yo descansaba en el Dios que me había creado... y que lo que ellos me hicieran o me dejaran de hacer se haría o no se haría por voluntad de Dios? Sus manos me levantaron.

¿Cómo hubieran podido saber que Dios ya me había levantado muy por encima del temor que pudieran infundirme sus manos?

Bilal muere y vive

Fueron muy rápidos conmigo. Me arrastraron a toda prisa por las calles mientras aquí y allá se iban cerrando las ventanas, pues los hombres no son crueles y los que gustan de contemplar el dolor son realmente muy pocos. Por supuesto que todos comprendían y aprobaban mi castigo... yo había desafiado y avergonzado a mi amo en presencia de sus iguales. Semejante libertad no se podía consentir. Pero preferían que se me llevaran de allí cuanto antes. Para Umayya, que era un hombre muy duro, mi caso estaba clarísimo. Para él, yo era un ladrón. Había destruido mi valor como esclavo y, por consiguiente, le había robado el precio que él había pagado por mí. Ahora sólo mi pellejo le podía ser útil; me podría desollar y exhibirlo como advertencia a los esclavos. Cincuenta años después, me compadezco de Umayya. Un hombre que es injusto con los demás, es injusto consigo mismo.

Me tendieron despatarrado en el suelo, un pobre animal ahorquillado al que llaman hombre, y Umayya tomó el látigo. No me entretendré en mi tortura. El dolor no tiene recuerdo; sólo existe en su presente. Además, demasiado se ha dicho acerca de aquel día y yo me he sentido demasiado mártir. Pero Dios es más fuerte que el sol, y el alma del hombre no puede ser alcanzada por el látigo.

Recuerdo haber llamado a Dios de la única manera que yo conocía, pronunciando el nombre del «Único Dios». Yo, Bilal, que desde entonces he convocado a decenas de millares a la oración, por aquel entonces no conocía ninguna oración. Y, sin embargo, cuando pronuncié su nombre, Él me respondió en lo más hondo de mi ser. No grité bajo el látigo, contuve el aliento por mi Dios. No imploré la clemencia de los hombres sino tan sólo la de Dios.

Todas las torturas tienen sus pausas, lo cual constituye un reconocimiento de sus límites. Si yo hubiera muerto demasiado pronto, para Umayya hubiera sido un ladrón por partida doble. Durante una de aquellas pausas, Hind, la esposa de Abu Sufyán, se inclinó sobre mí envuelta en una nube de perfume bajo la sombra fugaz de una sombrilla.

Y, al inclinarse, oyó mis palabras, «Un Único Dios». Entonces se apartó entre risas. Hind tenía una risa muy bonita.

—Os juro que el esclavo estaba predicando —dijo.

El látigo volvió a caer una y otra vez sobre mí.

A menudo me he preguntado si, por un instante tan breve como el movimiento de la rama de un árbol mecida por la brisa, crucé el umbral de la muerte. Pero, ¿quién puede decirlo? Sólo los muertos saben que han muerto. Y, sin embargo, yo os aseguro que dejé de sufrir. Mis torturadores se me antojaron muy lejanos e incluso cuando me colocaron encima unas piedras para que, aplastándome, me provocaran la muerte, sólo sentí que estaban haciendo algo nuevo y distinto. Yo estaba lejos de su alcance. Les observaba entregados a su absurdo comportamiento cual si fueran las cabras danzarinas de la gran Feria de Ukaz.

Después cerré los ojos y miré al Cielo. De repente, vi ante mí unas verdes praderas y unos árboles cargados de frutos y oí el rumor de unas corrientes de agua. Saboreé la dulzura de la sombra y entré en un jardín donde jóvenes de todas las razas, tanto hombres como mujeres, caminaban con dignidad. Éstos me saludaron y me condujeron a una fuente. Mientras bebía, mi alma sació su sed y yo supe que estaba cerca de Dios.

¿Fue un sueño, un delirio, una fantasía? ¿O un momento de lucidez? ¿O acaso me habían enloquecido con sus azotes? ¿O fue todo eso aderezado con un poco de poesía, pues los hombres se suelen convencer a través de la poesía?

Todo terminó demasiado pronto, pero todavía me pregunto si yo, Bilal, un esclavo que estaba recibiendo un castigo, vi ante mis ojos la tierra de los bienaventurados muertos.

Bilal es comprado de nuevo

Oí unas voces discutiendo, la de Umayya y otra más suave que no conocía. Intenté abrir los ojos, pero el sol, que ahora estaba en su culminación, me deslumbró. Hablaban de dinero, lo cual no era nada insólito. En La Meca el dinero era un vicio, como si los intestinos de los hombres se movieran con el dinero y la hora se dijera en dirhams. No me interesaba. Ansiaba quedarme nuevamente dormido para no despertar jamás en la esclavitud ni ver sus rostros ni estar al alcance de su llamada, pues ahora sabía lo que nunca había sabido. Hasta en la peor muerte que un hombre pueda imaginar para un semejante, Dios manifiesta su bondad. Al tomar las almas, la mano de Dios siempre es buena.

Oí una tercera voz. Abu Sufyán, que era la autoridad personificada, estaba diciendo:

—Es contrario al ordenamiento social comprar o vender a un esclavo durante su castigo.

Intenté avivar mi entendimiento. Umayya le contestó:

—¡El esclavo ya está muerto! Si Abu Bakr quiere comprar un cadáver por cien dirhams, tanto mejor para mí.

Se había pronunciado un nuevo nombre. ¿Abu Bakr? ¿Por qué estaba allí? A pesar del sol, abrí los ojos. Se oyó un jadeo seguido de una pausa en la conversación. Después, la voz que yo no conocía se acercó un poco más y me llamó por mi nombre a través de la ardiente distancia que nos separaba.

Umayya estaba fuera de sí.

—El esclavo ha soltado una coza. Yo lo he visto. —Después me susurró al oído—: Respira, animal negro.

Aquello suponía cuando menos un cambio total de actitud. El hombre que se había pasado varias horas arrancándome la respiración me estaba exhortando ahora a aferrarme a mi último aliento. No cabe duda de que en la vida hay más comedia que risas.

Más voces. Otra vez Umayya.

—Ha subido de precio, Abu Bakr. Vale dos; dame doscientos y llévatelo.

Me sacaron las piedras que tenía encima y me desataron. Bilal fue vendido

de nuevo. Y Bilal fue comprado de nuevo, pero sólo por un minuto. Un joven me ayudó a levantarme. Al principio, tuve dificultades para verle, pero después supe quién era. Era Said, el hijo adoptivo de Mahoma. No dije nada. No fue necesario, pues él lo dijo todo:

—Eres libre de la esclavitud, Bilal.

Umaya estaba contando el dinero entre risas.

—Tú has pagado doscientos dirhams por él, pero permíteme decirte que yo lo he vendido por cien.

Se oyeron más risas.

Entonces vi a Abu Bakr, un hombre tan alto como una antorcha.

—Te has engañado, Umaya —dijo—. Si me hubieras pedido mil dirhams por él, yo te los hubiera pagado.

¡Cómo había subido mi precio! Abu Bakr me tomó por un brazo y Said por el otro y ambos se me llevaron medio a rastras de allí. Yo no pude ayudarles demasiado, pues las piernas no me sostenían.

Permanecí cinco días acostado en una habitación a oscuras de la casa de Abu Bakr, entrando y saliendo de la conciencia. Unas vagas sombras hablaban en susurros y se inclinaban sobre mí con aceites, bálsamos y lienzos para refrescarme. En una de las ocasiones en que me desperté, vi a un hombre orando en un rincón de la estancia, pero enseguida me volví a quedar dormido. Al llegar la sexta mañana, ya pude levantarme y dar unos cuantos pasos al aire libre. Abu Bakr se puso tan contento que fue en busca de una cabra y la ordeñó para mí. Después me dijo:

—El Mensajero de Dios en persona ha rezado junto a tu lecho durante tres días seguidos, hasta que la fiebre te empezó a bajar. Sólo te dejó cuando estuviste fuera de peligro. Jamás en mi vida he visto a un hombre tan dichoso. «Bilal ha sido recibido en el Islam», dijo. Mañana tú y yo iremos a ver al Profeta juntos.

Dicen que yo fui el tercer hombre que creyó en el Islam, pero eso es otorgarme un honor demasiado alto. Yo sólo fui el noveno. Me enorgullezco de haber sido el más bajo de todos los primeros Compañeros, pues ciertamente me encontraron debajo de una piedra.

Bilal conoce a Mahoma

Su frente era noble y despejada, signo de una mente generosa. Su sonrisa le ponía a uno la alegría en el cuerpo. Sus ojos negros, con algún reflejo marrón, estaban bien abiertos. Su mano era firme al saludar y su paso tan ligero como si caminara sobre el agua. Cuando se volvía a mirarte, giraba todo el cuerpo. Era Mahoma, el Mensajero de Dios.

Cuando fui a verle por vez primera, estaba sentado en una simple estera de paja con Alí, su sobrino. Me miró y se le llenaron los ojos de lágrimas. Alí, que entonces era sólo un muchacho, tomó su mano.

—¿Por qué lloras, tío? ¿Acaso es un hombre malo?

—No, no —contestó Mahoma—, este hombre ha complacido al Cielo.

Después se levantó rápidamente y me abrazó.

—Siempre se dirá de ti, Bilal, que fuiste el primero en sufrir persecución por el Islam.

Desde la muerte de mi padre y mi madre, jamás había percibido en mi rostro las lágrimas del afecto de otra persona.

Me sentía como alguien que hubiera sido sacado sano y salvo del fondo de un pozo. Y, sin embargo, no recuerdo aquel momento en la forma que vosotros podríais esperar, como un momento de felicidad. ¿Cómo hubiera podido ser así? Mahoma había llorado por mí y yo había sido causa de tristeza para el más puro de los corazones. Tampoco comprendo cómo mis amigos cristianos pueden hallar alivio en las lágrimas de Cristo, cuando Cristo lloró por ellos. Yo tengo mis experiencias y las puedo contar. No es ningún honor ser causa de tristeza para un profeta. Todos dicen que, gracias a esas lágrimas, yo soy un hombre más rico, pero no es cierto.

Mahoma me tomó del brazo y me hizo sentar a su lado por primera vez. Debió de percatarse de mi vacilación, pues habéis de saber que yo jamás me había sentado en presencia de un miembro de la tribu de Coraix. Yo tenía que estar de pie. Sé que vacilé porque Mahoma hizo un pequeño comentario jocoso para ayudarme: «Alí», dijo, «no nos enseñaría sus trucos mientras permaneciéramos de pie».

Entonces me senté a su lado por primera vez y allí se inició mi asociación

con él. Durante veintidós años, hasta el día en que murió, no sólo permanecí de pie y sentado a su vera sino que también cabalgué a su lado. En Medina yo era quien siempre le despertaba por la mañana antes de subir a hacer mi primera llamada a la oración. Llamaba suavemente con los nudillos a su puerta y le decía:

— Es la hora de rezar, oh, Apóstol de Dios.

Sí, yo fui uno de los Compañeros del Profeta, que es un título muy superior al de los príncipes. Aquel día yo, Bilal, me agaché para elevarme. Perdonad mi sonrisa, pues mi pequeña broma es muy atinada.

Cuando Alí hacía sus «trucos», la casa se llenaba de alegría. Brincaba una y otra vez, hacía juegos de prestidigitación y daba volteretas hacia atrás, cayendo en brazos de Mahoma. Era todo un espectáculo ver a un profeta agarrando a un niño al vuelo. Mahoma siempre atraía a los niños como si tuviera dentro una música que sólo ellos pudieran escuchar. Hablaba el lenguaje de cada edad y bromeaba con los niños, utilizando chanzas del mismo tamaño que las suyas. Un día acudió a rezar a la mezquita con una niña que, sentada sobre sus hombros como un ángel y destacando por encima de las cabezas de todos los presentes, le tiraba irreverentemente del cabello. Sólo la depositó en el suelo para rezar y después la volvió a levantar. Se llamaba Umamah.

Pero ya me estoy volviendo a salir del tema. No debo rebasar los límites de mi relato. Mi mente se desborda cuando pienso en el Profeta de Dios. Vivo una hermosa vejez, recordando lo que él decía y hacía. Y vosotros debéis permitirle a un viejo un cierto desorden en su historia.

Muy pronto se reunieron todos los miembros de la casa. Jadiya, la esposa del Profeta, y sus cuatro hijas Zaynab, Rukaya, Fátima y Umm Kultum se sentaron juntas en un pequeño grupo aparte. Me miraron con benevolencia y Fátima me empezó a hacer preguntas acerca de las montañas y los árboles de Abisinia, sobre los cuales yo no tenía, por supuesto, el menor conocimiento.

Umm Kultum distribuyó un cesto de dátiles y el Profeta eligió los más dulces y maduros para mí, tanteándolos con las yemas de los dedos como si considerara una vergüenza que yo no recibiera los mejores. Para sí mismo tomó los primeros que le vinieron a la mano.

Después Jadiya nos ofreció leche de cabra, todavía caliente de la ubre. Aunque le llevaba quince años a su esposo, Jadiya era una alta y bella mujer que caminaba con mucho donaire. Estuvieron casados veinticinco años y, hasta que ella murió a los cincuenta y uno, él no tomó otra esposa ni jamás miró a otra mujer. Sin embargo, todos los corazones tienen penas que no pueden aliviarse fácilmente. La pena de Jadiya y Mahoma fue la muerte de sus dos hijos varones en su infancia.

Se acercaba el anochecer y unas alargadas sombras se estaban extendiendo por el suelo de la estancia. El aire se agitó y La Meca, que había contenido el aliento desde el mediodía, volvió a respirar de nuevo. En tales días casi se puede percibir el rumor del aire, pues todo el mundo lo aspira al mismo

tiempo. Mahoma se levantó.

—Salgamos al frescor del patio —dijo.

Intenté seguirle, pero, de repente, la conmoción y la baldadura del tormento volvieron a apoderarse de mí y yo caí hacia atrás, víctima de un calambre. Abu Bakr, que era el que estaba más cerca de mí, me sostuvo en sus brazos mientras Jadiya llamaba a sus hijas para que fueran por unas mantas y unos aceites calientes. Pero Mahoma me aplicó otro tratamiento.

—Procura mantenerte de pie. Deja que circule la sangre —dijo, extendiendo las manos.

Yo no me veía capaz de estirar las piernas y tanto menos de apoyar en ellas el peso de mi cuerpo, pero tomé sus manos y me levanté con gran agilidad mientras él me sostenía. Todo mi dolor quedó a mi espalda, en el suelo.

No vayáis a pensar que eso fue un milagro porque no lo fue. Mahoma no obraba milagros. No curaba a los enfermos ni aliviaba prodigiosamente el dolor del esclavo apaleado ni resucitaba a los muertos. Tampoco caminaba sobre las aguas ni hacía que el hierro flotaba como hizo Eliseo. Cuando los paganos se burlaban de él, pasaba de largo y ni una sola vez hizo surgir osos del suelo como Elías para que destrozaran a cuarenta y dos de los muchachos que se burlaron de él en Bétel. Aquel anochecer, cuando me levantó del suelo y mi dolor desapareció al contacto con su mano, no obró ningún milagro. Me rio de esta palabra porque conocía al hombre. Él me infundió fuerza para vencer el dolor. Nada más. Pues Mahoma podía descubrir la fuerza de cada hombre y mostrársela, de la misma manera que descubría la compasión de cada hombre y se la mostraba.

Mahoma vivió dentro de los límites humanos y murió de una muerte humana. Pero Dios le concedió un don mucho más grande que el que jamás hubiera concedido a ninguno de sus profetas, pues le reveló la Palabra. El Corán es un milagro para todos.

Mientras salía al patio, me preguntó en voz baja:

—Bilal, ¿de qué manera conoces tú a Dios?

—Le conozco en mi corazón —contesté, pero la respuesta no me satisfizo. Seguimos caminando y lo volví a intentar—. Le conozco, pero no le conozco —dije—. ¿Puedes tú encontrar a Dios cuando le buscas?

Mahoma permaneció en silencio un instante, como si no hubiera oído mi pregunta. De pronto, se detuvo y, con su habitual gesto de intimidad y solicitud, volvió todo su cuerpo hacia mí.

—Sí, Bilal, le encuentro cuando le busco. Elevando oraciones y alabanzas y haciendo bien al prójimo. Pero recuerda siempre que no eres tú quien encuentra a Dios sino Dios quien te encuentra a ti. —Una gran serenidad se dibujó en su rostro mientras la certeza fortalecía su voz—. Yo soy el Mensajero de Dios —dijo—, y sé que el camino hacia Dios es el Islam.

Fue la segunda vez en el transcurso de aquel memorable día en que yo oí la palabra «Islam» sin conocer su significado, a pesar de que cada vez la palabra

estaba más clara para mí. Al ver mi ignorancia, Mahoma apoyó la mano sobre mi hombro:

—El Islam es la entrega a la voluntad de Dios, el cual es un Dios sin compañeros. El Islam es bueno para todos los hombres de cualquier raza, condición y color. Todos los hombres son iguales en el Islam. El Islam es la religión elegida por Dios para el hombre. —Mahoma apartó la mano y se volvió tímidamente como si me hubiera dicho demasiadas cosas demasiado pronto—. Todo procede de Dios —musitó, hablando más consigo mismo que conmigo—. Ahora tengo que ir a rezar.

Así terminó mi primer encuentro con Mahoma, el Mensajero de Dios, y así comenzó mi Islam.

Bilal y Abu Bakr

No había duda de que mis circunstancias habían cambiado. Vivía en una casa sin cuartos para los esclavos ni rostros atemorizados. Abu Bakr era más criado que amo para cualquiera que habitara bajo su techo. Su primera tarea de la mañana era ordeñar las cabras... no, soy injusto con él. Su primera tarea era la oración y, sólo cuando terminaba de orar, ordeñaba sus tres cabras. De entre todos los Compañeros del Profeta, hombres educados en la gentileza, Abu Bakr era el más amable y cortés. Pero más tarde, cuando la ocasión le exigió valentía, Abu Bakr fue siempre el primero entre los valientes.

Cualquier humilde tarea que hubiera que hacer en la casa, la hacía él. Ni siquiera la historia le hizo cambiar. Cuando llegó a ser califa, el sucesor del Profeta y señor de medio mundo, y cuando sus ejércitos derribaban imperios, ¿dónde se le podía encontrar? Sentado en la puerta de su casa remendando sus zapatos. Por lo menos, así lo encontré yo el día en que le comuniqué la noticia de nuestra gran victoria en la batalla de Babilonia en la primavera del año 634. Sin embargo, aquella mañana de mi Islam, no éramos más que dos puñados de hombres y el gran Imperio de los persas aún estaba sólidamente asentado en su milenar trono. Pero no debo hacer saltos en mi historia ni derribar antes de tiempo el Imperio persa.

Me tropecé con Abu Bakr cuando él regresaba de ordeñar las cabras y le di nuevamente las gracias por haberme comprado. Pero él me dio las gracias a mí como si yo le hubiera hecho un favor a pesar del dinero que se había gastado.

—Mahoma nos enseña que la liberación de un esclavo agrada a Dios —dijo.

Lo dijo con una cierta turbación y un ligero tartamudeo, pues yo era el esclavo que él había liberado y él era demasiado honrado como para ocultarme el egoísmo de su alma. Sin embargo, ésta es la tentación de la caridad en todas las religiones.

—Ah, Bilal, Bilal —dijo—, tú tienes un nuevo trabajo que hacer. ¿Quieres ser más esclavo de lo que ya fuiste?

¿Qué podía responder?

—Sí, mi amo —contesté.

Mi respuesta le dolió y yo comprendí que había retrocedido a mi propia

oscuridad y me había apartado de su vista. Había regresado a la esclavitud y le había dado la respuesta de un esclavo, «Sí, mi amo». Y, por si fuera poco, había inclinado la cabeza.

Abu Bakr posó el cubo de leche en el suelo y me agarró por las orejas —sí, por las orejas— mientras me golpeaba la frente con la suya.

—Escúchame bien, Bilal. Tú eres un hombre libre y no tienes amos. Pero tienes que aprender a ser libre.

—Sí... sí... sí —dije yo, siguiendo el ritmo de los golpes.

De repente, se echó a reír y me soltó las orejas.

—¿Qué te puedo enseñar? ¿A no sufrir un sobresalto cada vez que alguien te dirija la palabra... a mirar a los hombres a la cara... a saber que tu sombra es efectivamente la tuya? Sí, todo eso es importante...

De pronto, interrumpió sus palabras. Una gata preñada estaba dando vueltas alrededor del cubo de leche y yo tuve que esperar a que recibiera su parte. Creo que me desconcerté, pues yo hubiera alejado a la gata de un puntapié. Pero aún tenía muchas cosas que aprender. Recuerdo que, cuando estábamos marchando sobre La Meca y éramos un ejército de diez mil hombres, Mahoma obligó al ejército a apartarse cien metros del camino para no molestar a una perra que estaba pariendo a sus cachorros. Mahoma, el último de los Profetas, fue el primero en enseñar a la humanidad a tratar bondadosamente a los animales. Puedes ir al Infierno por tu crueldad con un gato, decía, y habrá una recompensa para quienquiera que dé de beber a una criatura de tierno corazón.

Sin embargo, yo no entendía tales consideraciones. A la gata le estaban dando de comer, y a mí no. ¿Cómo se podía esperar que un esclavo emancipado aceptara de buen grado ocupar el segundo lugar detrás de una gata? Por fin, el corpulento y bondadoso hombre que permanecía agachado junto a la gata, reanudó la conversación que había interrumpido a media frase.

—... pero lo más importante, Bilal, es el futuro. Los esclavos no tienen futuro... tal cosa no les está permitida...

Se volvió a contemplar a la gata que estaba lamiendo la leche, como si los gatos tuvieran algo muy importante que decirle acerca del futuro. Yo todavía tenía que aprender que cualquier manifestación de vida, siendo una creación de Dios, era hermosa para Abu Bakr. Los que aman a Dios adquieren mil conocimientos en una criatura y en una flor.

—Si te corto una pluma, ¿aprenderás a escribir?

La pregunta fue demasiado casual y casi espontánea como para que yo la oyera bien. Y, sin embargo, en aquel preciso instante yo salí de la esclavitud. Lo que me hizo libre fue lo que Abu Bakr me dio, no lo que pagó por mí.

Aprendí a escribir. Fabricaba la tinta a partir de la hoja del añil, dejándola en remojo desde el ocaso hasta el amanecer, machacándola y secándola después a la sombra. Escribía sobre los pellejos, las cortezas de las plantas, las paletillas secas de oveja, el barro, la ceniza, las piedras... sobre cualquier cosa donde se

podían grabar letras. Escribía con el dedo en el aire con tal de poder escribir.

Cada día Abu Bakr me cortaba una pluma nueva, utilizando las espinas de los cactus que crecían alrededor de la dehesa. Por consiguiente, su jornada tenía ahora un nuevo comienzo... la oración, mi pluma y las cabras.

Se situaba junto a mi hombro, observándome y ayudándome a hacer progresos. Me dio a conocer los poemas de Antara y, primero palabra a palabra y después verso a verso, yo aprendí a leerlos. Antara era el héroe del desierto; llevaba a cabo grandes hazañas, luchaba solo contra multitudes, se entregaba a actos de generosidad y entonaba canciones de amor a su señora Abla. Nadie en tiempos de Antara podía igualar su espada o sus rimas. Mi asombro crecía con cada verso que recitaba, pues Antara era, como yo, hijo de una esclava abisinia.

Un día Abu Bakr regresó a casa muy emocionado. Yo estaba haciendo tinta y la contemplación de aquella humilde tarea aumentó su felicidad; tomó mis manos manchadas de tinta y se las acercó a los labios.

—¿Sabes lo que ha dicho hoy el Profeta...?

Me acompañó a un banco y me pidió que me sentara. La noticia requería aquella pequeña ceremonia. ¡Vaya si la requería!

—«La tinta del erudito es todavía más valiosa que la sangre del mártir.»
Ésas han sido las palabras del Profeta.

Regresé al lebrillo y sumergí las manos en la tinta y en las hojas remojadas de añil. Y me pasé un buen rato contemplándome las manos negras bañadas en negro.

Bilal cuenta los comienzos de la vida de Mahoma

Ya es hora de que os cuente los comienzos de la vida de Mahoma, el Apóstol de Dios, hasta su boda con Jadiya.

Ya en su nacimiento de apóstol, Dios lo puso a prueba, haciéndole nacer pobre y huérfano. Su padre Abd Alá jamás lo sostuvo en brazos. Murió cuando Mahoma se encontraba todavía en las entrañas de su madre, dejándole tan sólo una herencia de cinco flacos camellos y unas cuantas ovejas.

Mahoma nació —según la tradición y la necesidad de fijar una fecha— el 20 de agosto del año 570 de la era cristiana. Nadie lo sabe con certeza. Pero, ¿acaso Jesucristo no nació por así decirlo antes de haber nacido según su propio calendario, en el año 4 a.d. C.?

Dicen que hubo fiesta en el Cielo la noche en que nació Mahoma y que los hombres oyeron cantar a los ángeles y vieron antorchas en el cielo. Dicen que la Llama Eterna que ardía en Persia desde hacía mil años se apagó y que una paloma con el pico adornado con joyeles bajó del Cielo y acarició con sus alas el vientre de Amina, la madre del Profeta, para que no sufriera los dolores del parto. Dicen muchas cosas. Dicen que una estrella guió a tres reyes hasta la cuna de Cristo recién nacido. Dicen que había un cuarto personaje, una reina llamada Befana que perdió la estrella detrás de una nube y llegó tarde. Pero, ¿quién puede saberlo? Dicen que dos ángeles con resplandecientes vestiduras blancas sacaron el corazón de Mahoma por su costado cuando tenía cuatro años, lo limpiaron del pecado de Adán y se lo volvieron a poner en su sitio sin dolor. El milagro, dicen, fue presenciado por otro niño que estaba jugando con el Profeta.

Todo eso y mucho más se dijo porque a veces la gente quiere más de lo que necesita. Pero nosotros ya tenemos todo lo que necesitamos, el Sagrado Corán, que es una guía segura.

Cuando Mahoma tenía seis años, su madre murió y él quedó huérfano de padre y madre. Su tío Abu Talib lo acogió y lo amó como si fuera su propio hijo, por cuyo motivo el niño jamás careció de hogar. Abu Talib lo llevó incluso a Siria con la caravana, instruyéndole en las actividades propias de La Meca, que eran el comercio y el transporte. Los mercaderes de La Meca eran acomodados,

pero no sabían leer ni escribir. A Mahoma jamás le enseñaron.

Dios decidió revelar su palabra a un analfabeto, como si necesitara un hombre incapaz de sucumbir al engaño y al pecado de la palabra escrita, un hombre no tentado que no pudiera caer en las trampas del saber. Ciertamente yo, Bilal, que he bebido tinta, sé cuán mal se combina a veces la tinta con el estudio hasta altas horas de la noche. ¿Sabía Jesucristo leer y escribir? Nunca lo he sabido. Incluso cuando escribía con el dedo en el suelo, puede que sólo fuera un truco para distraer la atención... pero Jesucristo no dejó ni una sola palabra escrita.

Sin embargo, los relatos de la infancia de Mahoma rebosan de signos y milagros. Dicen que, durante el viaje a Siria, una nube siguió a la caravana, proporcionándole sombra. Dicen que un monje cristiano examinó al muchacho y observó en él el sello de la profecía, una marca del tamaño de una moneda entre sus omóplatos. Pero yo sólo puedo decir lo que he oído, aunque confieso que he oído contar más milagros en los diez años transcurridos desde la muerte del Profeta que en los veintidós años que permanecí a su lado en vida. Es posible que tales milagros ocurrieran. Pero, tal como nos dice el Corán, los que carecen de conocimiento son los que más tragaderas tienen para los milagros. Si vivo lo suficiente, puede que descubra una cierta pauta en los milagros... quizá lo que es un milagro para uno no sea más que una parábola para otro.

El propio Mahoma me dijo que había sido pastor y había sacado a las ovejas por la mañana para que se alimentaran del negro fruto del arak, en las laderas de las montañas de La Meca. «Todos los profetas», decía, «han sido pastores de ovejas.»

Ciertamente, los que se han convertido en testigos para millares de hombres siempre fueron hombres que se ocupaban en solitario de su tarea, tanto en Jerusalén como en Damasco. A menudo me he preguntado por qué los dieciséis milagros de Moisés no cambiaron inmediatamente el mundo, habiendo sido presenciados por millares de personas. Pero Dios sabe lo que nos conviene. Quizá, cuando entregó el Corán, Dios dejó de obrar milagros por considerar que ya no eran necesarios.

A los catorce años, Mahoma fue apartado de sus ovejas para convertirse en soldado. Estuvo presente en la Batalla de la Brecha, una encarnizada guerra de un solo día de duración, recordada por el dolor de los poemas que inspiró. Era demasiado joven para la espada. Su cometido consistió en recoger las flechas usadas esparcidas por el suelo y regresar corriendo con ellas junto a su tío. En cuanto volvía a llenar el carcaj de su tío, salía de nuevo a toda prisa, agachándose entre las patas de los camellos y sorteando los caballos y a los combatientes en busca de los terribles dardos.

Jamás le gustó recordar aquel día, diciendo que ojalá nunca hubiera amanecido. La causa de aquella sangrienta danza tribal, también llamada «la Guerra Inicua», fue el asesinato de un hombre dormido por parte de un borracho.

Si pudiéramos eliminar de la infancia de Mahoma los signos y prodigios, las nubes que lo acompañaban y las estrellas fugaces —cosa que no estoy muy seguro que se debiera hacer—, puede que nos pareciera un poco anodina. Incluso podría calificarse de vulgar. Mahoma empezó a dedicarse al comercio en pequeña escala tal como había hecho su padre, aunque yo nunca supe qué mercancías vendía. ¿Serían frutos o aves de corral, sal o pimienta, perfumes o sedas? Y, sin embargo, en esas ocupaciones tan corrientes, Mahoma no fue un hombre corriente.

En una ciudad de mercaderes, comerciantes, cambistas, estafadores y gentes por el estilo, era conocido por ser un hombre que jamás engañaba a nadie. Mostraba toda la manzana en la mano del comprador y nunca hubiera sido capaz de dar gato por liebre, tal como vulgarmente se dice.

La fama de su honradez se extendió por toda la ciudad hasta el punto de que otros mercaderes que le triplicaban en edad le llamaban para que resolviera sus disputas. Algunos de sus juicios hubieran sido dignos del mismísimo Salomón. Por ejemplo, la vez que estaban reparando el muro de la Kaaba y llegó el momento en que hubo que restaurar la joya más preciada de la casa, la Piedra dada por Gabriel a Abraham al principio de la religión. Cabría suponer que la hubieran levantado triunfalmente de su hornacina en medio del júbilo de todos los presentes. Pero no fue así. Cuatro bandos se enfrentaron por el honor de levantar la Sagrada Piedra. Los ánimos se estaban acalorando. Los jóvenes regresaron a sus casas por las espadas. Ningún bando quería ceder y nadie se atrevía a tocar la Piedra por temor a que algún miembro de los tres bandos restantes le cortara una mano.

Fue entonces cuando recurrieron a Mahoma. Su solución fue muy sencilla. Se quitó la capa y la extendió en el suelo. Colocó la Piedra Negra en el centro de la capa y le dijo a un hombre de cada bando que tomara una esquina. Juntos los cuatro levantaron la capa y transportaron la Piedra hasta su sitio en un rincón del muro. Y Mahoma con su propia mano colocó la Piedra.

Bilal cuenta la boda de Mahoma

Podemos decir con toda certeza —y la sura 93 del Sagrado Corán así lo confirma— que la boda de Mahoma con Jadiya se hizo en el Cielo.

Oí por primera vez el nombre de Jadiya cuando mi madre esclava me introdujo en la boca una galleta de miel. Yo debía de tener unos cinco años. La galleta procedía de Jadiya, me dijo, por eso su nombre será siempre dulcemente recordado por mí, pues Jadiya era la encarnación de la bondad y daba en la puerta principal de su casa y en la de atrás a quienquiera que lo necesitara; se tomaba toda suerte de molestias para dar. Era también una cosa muy poco corriente... una mujer rica capaz de imaginarse a sí misma en la pobreza de otra mujer.

Por aquel entonces, antes de que el Profeta otorgara sus derechos a las mujeres, La Meca era una ciudad de escandalosas desigualdades. Pocas eran las mujeres bien situadas que gozaban de buena posición, como Hind y Jadiya. Las demás eran pobres y estaban oprimidas. Eran simples objetos y cisternas de los hombres; de día doblaban el espinazo y de noche se tendían boca arriba. Los versos de algunos poetas del amor como Antara ofrecían un espejo a las mujeres. Pero todos habían muerto.

En realidad, era un misterio. En La Meca o se rezaba a las mujeres o se rezaba por ellas. Tres de las más altas divinidades de la Kaaba, Uzza, Manat y Lat, pertenecían al sexo femenino, pero otorgaban tan pocos favores a sus hermanas como a mis hermanos.

Os cuento todo eso para que comprendáis el gran don que recibió Mahoma en la persona de su mujer. La relación entre ambos fue siempre dichosa, a pesar de su insólito comienzo. Ella había contratado a su futuro esposo como jefe de la caravana que utilizaba para enviar sus mercaderías a Siria.

Mahoma contaba veinticuatro años cuando guió los camellos de Jadiya hacia el norte. Huelga decir que aquel viaje dio lugar a un torrente de milagros... que devolvió la vida a dos camellos moribundos y cosas por el estilo. Pero se pasa por alto el mayor milagro que pueda haber, que es el hombre y su carácter.

Pensemos en la caravana. El lento y sordo rumor del avance nocturno de

los camellos a través del desierto, en el que cada paso es una medida del viaje; hombre y bestia unidos en un mismo propósito: el final del viaje. Y ambos atados al mismo suelo. Pero el hombre tiene una cabeza y, con ella, los cielos.

El rostro del hombre levantado hacia el Cielo, ése es el mayor de los milagros.

Aquí empieza la vida del alma, cuando sus destellos vuelan hacia lo alto. Dios actúa de mil maneras misteriosas, pero yo creo que el más grande de sus milagros lo realiza en el interior del hombre. Por eso hay que tener en cuenta la caravana.

Al llegar a Damasco, Mahoma se negó a incorporarse a los habituales grupos de sedientos camelleros que visitaban los burdeles de la ciudad. Se quedó con sus bestias en las afueras... sabiendo probablemente que se ahogan más marineros en el puerto que en la mar. Sirvió a su patrona con la cabeza serena y regresó del viaje con más de lo que ella esperaba. Jadiya siempre había tenido muy buena vista y, cuando Mahoma regresó a casa desde Siria, Jadiya vio a su esposo.

Enrió a la alcahueta Nafisa para que averiguara disimuladamente si Mahoma tenía intención de casarse.

—Pero si no tengo nada con que casarme —contestó Mahoma.

Nafisa le dio un codazo en las costillas, dándole a entender que, a su juicio, sus protestas de pobreza no eran más que una humilde vacilación.

—Pero, ¿y si hubiera alguien que tuviera suficiente para dos? —Inclinándose hacia él, la alcahueta añadió en un susurro—: Si te invitaran a disfrutar de la belleza, la prosperidad y una posición de honor como dueño de una noble casa... ¿estarías dispuesto a aceptar?

Mahoma la miró con recelo.

—Dependería de la mujer.

—Por supuesto.

—¿Quién sería la mujer?

—Jadiya.

Mahoma se levantó de un salto.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, incapaz de reprimir su alegría.

Nafisa hizo que volviera a sentarse.

—Déjalo todo de mi cuenta.

Pero Mahoma volvió a ponerse de pie.

—No, no. Quiero ir a decirle que la admiro desde la primera vez que la vi, aunque jamás en mi vida me hubiera atrevido a hablarle.

Nafisa soltó una risita y siguió al joven jefe de la caravana.

Jadiya estaba a punto de cumplir los cuarenta años y había enviudado dos veces. Mahoma contaba veinticinco. He oído comentar a algunos cínicos aquí en Damasco que fue él y no ella quien cayó en las redes. Pero no saben lo que dicen.

Aquella boda fue tan perfecta que la hubiera podido proponer un ángel y

no una alcahueta. Fue el primer paso hacia la misión de Mahoma. Jadiya lo libró de la pobreza y le permitió someterse al duro esfuerzo del alma, a las solitarias angustias y contemplaciones y a las dudas e incertidumbres que jalonaron su aprendizaje. Le consoló en su desesperación y una vez yo le oí decir al Profeta: «Cuando me llamaron embustero, sólo ella permaneció fiel». Fue la primera en creer en su misión, antes de que nadie, ni siquiera el propio Mahoma, creyera en ella.

Y sin embargo, según las viperinas lenguas de La Meca, el matrimonio tuvo un fallo, pues Mahoma no consiguió un hijo varón, aunque sí cuatro hijas, una de las cuales fue Fátima. Como si Dios hubiera querido que la mujer fuera para su Profeta «la verdadera compañera del hombre».

Bilal cuenta cómo le vino la vocación a Mahoma

Lo que ahora voy a relatar lo sé de muy buena tinta. Me lo contó Abu Bakr que se lo oyó referir a Said, el cual a su vez lo supo a través de Alí a quien se lo había contado Jadiya, la cual lo escuchó de labios de Mahoma que vivió la experiencia. Además, en su segunda parte está confirmado por Dios en dieciocho versos de la sura de Najm (que significa el Astro). Por consiguiente, es un hecho irrefutable y una inequívoca manifestación religiosa.

Mahoma se encontraba solo en una cueva del monte Hira cuando se le apareció el arcángel Gabriel.

Gabriel dijo: «Lee».

Mahoma replicó: «No sé leer».

Gabriel le ordenó de nuevo:

«Lee en el nombre de tu Señor,

Que creó al hombre de una sensible gota de sangre,

Que enseña al hombre lo que no sabe,

Lee».

Mahoma volvió a responder: «No sé leer».

Después Gabriel luchó con él, lo tiró al suelo y estuvo a punto de asfixiarlo hasta el extremo de que él pensó que iba a morir. Pero, en el último momento, lo soltó y abandonó la cueva. Mahoma comprendió que llevaba escrito en su interior un mensaje de Dios dirigido al hombre, aunque ignoraba todavía lo que era.

La carga le resultaba tan insoportable que sintió deseos de matarse. Subió a gatas a una escarpada roca de la montaña para arrojar al vacío y hundirse en el olvido, pero, a medio camino, Gabriel se le volvió a aparecer. Ahora Mahoma vio claramente a Gabriel con figura de hombre, de pie en el horizonte con las piernas cruzadas. Dondequiera que volviera la cabeza, al norte, al sur, al este o al oeste, en todas partes veía a Gabriel.

Volvió a oír la voz del arcángel:

—Mahoma, tú eres el Mensajero de Dios y yo soy Gabriel.

Regresó a toda prisa a casa y se ocultó temblando debajo de unas mantas. ¿Habría sido una visión de Dios o acaso él había sido la insensata víctima de un demonio? ¿Se le habría extraviado la mente? ¿Sería un lunático? ¿Se habría dejado arrastrar por una tormenta de su cerebro? Él bien sabía que sólo era un hombre.

Siguió amontonando mantas sobre su cuerpo hasta que Jadiya acudió presurosa y él le contó lo ocurrido. Apoyó la cabeza en su regazo y se lo contó todo.

Algunos sienten la necesidad de adornar y embellecer las cosas. Y dicen que el arcángel siguió a Mahoma hasta su casa donde sólo él lo podía ver y, por más que señalara el lugar, Jadiya no podía verlo.

Entonces Jadiya sentó a Mahoma sobre sus rodillas, se desabrochó la ropa y mostró su desnudez, en cuyo momento el ángel desapareció. De este modo, averiguó que el Espíritu era bueno... de haber sido un mal espíritu, se hubiera quedado a mirar, mientras que un espíritu bueno se tiene que retirar, avergonzado. Sin embargo, los hermosos relatos no siempre son ciertos. Yo dejo que se disipen como el humo de las hogueras.

Por mi parte, prefiero ceñirme a lo que sé. Dios había otorgado a Jadiya el don de la perspicacia. Consoló a su esposo, acalló sus temores y razonó con su incertidumbre. Y, por encima de todo, comprendió el misterio y, mientras él se debatía humildemente en la duda, ella creyó.

Lo confortó y le dijo que, si Dios era Dios, no engañaría a un hombre sincero y, a lo largo de toda la noche, insistió en lo que el ángel le había dicho: «Mahoma, tú eres el Mensajero de Dios».

Aquella noche es la que llaman *Laylat al-Qadr*, la Noche del Destino. Aquella noche Dios otorgó al hombre su luz y permitió que Gabriel hiciera bajar el Espíritu Santo. Aquella noche Dios inspiró a su apóstol Mahoma sus primeros conocimientos. Aquella noche Jadiya también creyó y se convirtió en la madre de los Creyentes. Aquella noche Dios envió su clemencia a la humanidad.

Nadie sabe con certeza cuándo fue aquella noche. En el Ramadán, sí. El Ramadán es el mes del ayuno, la revelación y el misterio. Pero el Ramadán tiene treinta noches que empiezan y terminan con la luna nueva y la Noche de Todas las Noches, la Noche del Destino, se encuentra escondida entre las treinta. Algunos dicen que es la del día diecisiete, otros que la del veintitrés o el veinticinco mientras que otros insisten en que es la del veintisiete. En el Corán se afirma que esa noche es mejor que mil meses, pero sólo Dios sabe a qué día corresponde.

Desde entonces, yo he subido muchas veces a la montaña para visitar la cueva del Profeta. Su boca es tan baja que tienes que agacharte para entrar y, una vez dentro, sólo puedes permanecer en cuclillas. Y, sin embargo, es la primera estancia del Mensaje, la gran antesala del Cielo. Cada vez que subo, siento que las rodillas se me doblan y tengo que agarrarme a algo para no caer.

Pero lo mismo me ocurre a veces cuando contemplo la belleza... entonces también tengo que agarrarme. Nuestros mejores momentos nos suelen dejar paralizados.

Un hombre puede, desde lo alto de una montaña, alcanzar con la vista lejanos lugares y elevarse por encima de las pequeñas preocupaciones. Desde el Hira puedes contemplar la parda distancia del Hejaz donde se mueven las tribus y las caravanas emprenden sus viajes y los pastores acampan con sus rebaños desde tiempo inmemorial. Es un mundo en el que impera la hermosura y el esfuerzo, la dureza y la adaptación. Pero se mueve en medio del silencio, pues ninguna disonancia de voz humana puede llegar hasta ti en lo alto de la montaña. Tus oídos están abiertos a Dios.

Bilal es testigo de la Revelación

Es posible que nos envidiéis por haber sido los primeros en disfrutar de la dicha del Islam, pero yo os pido que también tengáis compasión de nosotros. Temblábamos ante el temor de que nuestras mentes no estuvieran a la altura del conocimiento; hasta Noé corrió a ocultarse ante la cercanía de la Divinidad. Éramos hombres iletrados y limitados y ninguno de nosotros tenía preparación suficiente para ordenar, y tanto menos clasificar, las grandes verdades que tan claramente intuíamos en nuestros corazones. Hoy en día los jóvenes lo saben todo —veo que incluso mi hijo trabaja con ángulos y triángulos y retiene en su cabeza la carga de los camellos—, pero nosotros sólo reteníamos las pequeñas, aunque resplandecientes luminarias de los primeros versículos.

*Di que Dios es Único,
El Dios Eterno,
No engendró a ninguno
Ni fue engendrado,
Nadie es igual a Él.*

Más de una vez vi a Mahoma, el Mensajero de Dios, en el mismo momento de recibir una revelación. De repente, se echaba a temblar y miraba a su alrededor en busca de algún rincón o escondrijo. En las noches más frías, yo veía el sudor bajando por sus mejillas. Veía el dolor y los estremecimientos de su cuerpo, sus manos asidas a sus costados en medio de los espasmos. Podía pasarse una hora sin oír ni una sola palabra de las que le decían. ¿Por qué no iba a ser así? Aquel que es llamado por los ángeles es sordo a las voces de los hombres.

Nunca sabía cuándo iba a recibir una revelación. Le podía suceder en plena conversación, yendo de un lado para otro en casa o incluso montado en su camello. Entonces desmontaba a toda prisa y se cubría con su capa. A veces, al principio, oía unas campanas o el susurro de unas alas o un sonido como de cadenas. A menudo se le aparecía un ángel y le hablaba, pero los que estábamos a su lado no veíamos ni oíamos nada.

Las revelaciones de Dios a su Profeta no se hacían por medio de palabras

como las que los hombres utilizamos para comunicarnos los unos con los otros. ¡Dios nos ha dado unas bocas que son el verdadero hueco de nuestras cabezas! El Mensaje se grababa en el corazón de Mahoma y sólo cuando el Profeta se levantaba y regresaba junto a nosotros, Dios le permitía recordar la inspiración en palabras, sin que ni una sola sílaba y ni un solo nombre o verbo dejara de estar en su debido orden. Entonces el Mensaje se escribía en un pellejo, una corteza o una paletilla de oveja... cualquier cosa que hubiera a mano. Y no se alteraba nada de lo que Gabriel hubiera dicho.

Cuando veía sus sufrimientos humanos, tengo que reconocer que a veces el reverente temor de la profecía quedaba superado por el afecto que me inspiraba el hombre. Hubiera deseado acercarme a él, pero mis pies no podían moverse. ¿Quién podría desafiar a Dios? El Profeta nos explicó una vez lo que sentía durante sus arrobamientos.

—Siempre que recibo una revelación —dijo—, pienso que me han arrancado el alma.

Las revelaciones se producían en una sucesión ininterrumpida, como si el Cielo sólo estuviera ocupado en semejante tarea, lo cual nos llenaba a todos de un gozo inefable. Éramos jóvenes y aquello no era más que el principio. Todos los amaneceres nos exaltaban la imaginación, pero no veíamos bailar el sol, pues el Corán es un milagro sin obras, una victoria sin desfiles triunfales e incluso un libro sin escritores.

Bilal habla del odio de La Meca

¿Por qué nos odiaban? No eran malos, pero habían abandonado sus tradiciones e incluso la antigua honradez. Seguían las costumbres de la hospitalidad, obedecían sus propias reglas del honor y la deshonra y cumplían las obligaciones del trueque propias de la vida en el desierto. La dureza de sus corazones era en buena parte el resultado de la dureza de sus vidas, de la misma manera que los que se pasan la vida montados a lomos de los asnos son los que peores palizas les pegan.

No nos odiaban ni odiaban a nuestro Único Dios porque amaran a sus múltiples dioses. El amor a los dioses nunca tuvo mucha importancia en el paganismo. Los dioses se utilizaban y se alababan al mismo tiempo. Era un sistema de toma y daca, un trato mercantil con el demonio. «Yo te adoraré a ti, Hubal, te honraré, te haré un regalo y prolongaré tu existencia acudiendo a ti... si tú me ayudas a encontrar el camello que he perdido.»

Pero yo, Bilal, que antes adoraba a los dioses paganos, no debo tratarlos ahora con demasiada ligereza so pena de parecer un ignorante. Quiero exponeros con toda claridad la fuerza y la debilidad de los dioses.

Eran dioses de madera y de piedra, pero ningún pagano fue jamás tan estúpido como para adorar la piedra que se puede resquebrajar o la madera que se puede quemar. Creía que un espíritu habitaba en la madera o la piedra y adoraba a aquel espíritu. Pero en eso estribaba también la debilidad. Los dioses tenían una morada como la Kaaba y su influencia terminaba donde empezaba la de otro ídolo, otro templo, otra tribu, otra ciudad u otro dios. El dios que abría la puerta en La Meca ni siquiera la podía cerrar en Medina. Ése era todo el poder de los dioses.

Pero había cosas peores. Los dioses estaban simultáneamente por encima y por debajo de sus adoradores. Incluso los romanos, en su período pagano, sabían hasta qué extremo los dioses dependían del hombre. Los dioses quedan inservibles cuando no se los nombra y dejan de existir cuando no se les adora. Julio César tenía sus dioses y César Augusto los suyos; los dioses iban y venían en el tiempo que tardaba uno en cambiarse la toga. Hacíamos o deshacíamos a nuestros dioses simplemente dándoles más o dándoles menos, nos

inclinábamos ante ellos o pasábamos de largo por delante de ellos, haciendo gala de un poder que no debería estar confiado al hombre.

Sólo gracias a un don gratuito de Dios puede el hombre regenerarse.

Una de las razones por las cuales nos odiaban era su incapacidad de comprender el poder del Único Dios. Recuerdo cómo solían inquietarse cuando Mahoma predicaba la resurrección del cuerpo. En cierta ocasión Abu Lahab, un hombre tan grueso que necesitaba que lo ayudaran a levantarse, le llevó al Profeta un fragmento de hueso humano y empezó a tritularlo entre sus dedos.

—¿Tú dices que eso puede resucitar? ¿Que eso puede volver a ser un hombre? —preguntó, soplando el hueso pulverizado sobre el rostro del Profeta.

Mahoma se sacudió el polvo de la cara con la mano y miró al jadeante y enfurecido príncipe mercader.

—Dios, que hizo al hombre al principio —contestó— lo puede recomponer si quiere.

Yo siempre había temido la cólera de Abu Lahab y en aquel momento la temí más que nunca. La tierra que pisaban sus pies se estremeció bajo el peso de su furia. Pero, a lo mejor, el demonio es modesto en el fondo. Abu Lahab no podía concebir que por lo menos una parte de su voluminosa presencia en este mundo, ya que no de su importancia, pudiera continuar viviendo en otro.

Y, sin embargo, todos los paganos que he conocido adolecían de una lógica demasiado arrogante. Incapaces de someterse a lo que no pueden ver, dicen que el hombre lo es todo y que cada hombre es un fin en sí mismo. Su más allá está en la tierra, un sepulcro sin puerta. Hasta el poderoso Julio César el día de su triunfo, de pie en el altar, declaró: «La muerte es el fin de todas las cosas». Fue una orgullosa manifestación de dominio del destino y un desprecio sólo comparable con la omnisciencia del suicidio. Pero, aunque el hombre pueda poner en peligro su alma, corromperla, deformarla y ennegrecerla, no puede matarla. Cada hombre tiene que responder ante su propia indestructibilidad. Pese a ello, Abu Lahab creyó poder negar a Dios triturando un hueso entre sus dedos.

Sin embargo, hay que reconocer que la cólera de Abu Lahab tenía su justificación. Quería desvelar un misterio, desenterrando una prueba sacada de una tumba. Sus amigos eran menos perspicaces y nuestro pequeño y desordenado grupo constituía para ellos un motivo de diversión y de chanzas y un pretexto para beber más vino.

Se burlaban de nosotros, nos escupían a la cara y nos cubrían de estiércol y de odio. Podíamos quitarnos de encima los escupitajos, que no eran más que su baba, pero los insultos al Profeta nos hacían sangrar por dentro. ¿Cómo era posible que él, amado por el Cielo y estimado por los ángeles, fuera el hazmerreír de los mortales? Nos dolía que se negara la luz. Sin embargo, él lo soportaba todo con paciencia y mansedumbre. No cabe duda de que la paciencia es la mejor virtud de un profeta, el escudo que Dios le regala. Por desgracia, yo carecía de esta virtud.

Un día, Ikrima y media docena de hombres me rodearon y me señalaron con sus dedos. Nadie dijo nada: ni una palabra ni un sonido, sólo una sonrisita en cada rostro. Creo que me asusté. E incluso tartamudeé, maldita sea su estampa. Si me volvía hacia la derecha, uno de ellos me empujaba con el dedo el costado izquierdo y me hacía girar como una peonza. No pude contener la vejiga y la orina me empezó a bajar por la pierna. Estaba atrapado en su red de dedos y sonrisas. Sabían cómo señalar con desprecio y humillar a un antiguo esclavo.

Se alejaron entre risas.

Recordando ahora el incidente, comprendo que nos odiaban por la más humana de las razones. Una malhadada ley exige que dondequiera que la verdad levante la cabeza, los hombres corran a cortársela como si un monstruo hubiera surgido en sus vidas. La verdad siempre es vista al principio como un enemigo y recibida con odio y escarnio.

Bilal cuenta cómo se terminaron las risas

Más tarde o más temprano, las burlas se tenían que terminar. Abu Sufyán no era un comediante, su matamoscas subía y bajaba en un monótono ritmo, como si él tuviera los pensamientos en otra parte. Comprendió desde un principio que el Islam era una revolución. Mahoma no sólo predicaba una nueva medida de Dios sino que también enseñaba una nueva medida del hombre. El Islam amenazaba con gravar con un impuesto todas las propiedades, tanto grandes como pequeñas: los que tienen deben compartir con los que no tienen, en dinero, productos y posesiones. Sí, aquello era una revolución. El Islam amenazaba el poder de la nobleza mercantil, tanto en el ámbito personal como en el político, reconociendo los derechos de los débiles y negando los derechos exclusivos de nacimiento de la tribu. Los musulmanes se debían a Dios, no a sus familias. Y Arabia no podía consentir semejante futuro.

Abu Sufyán intentó —todos lo intentaron— hacer entrar en razón a Mahoma, lo cual significaba, por supuesto, obligarle a aceptar sus puntos de vista. Le ofrecieron sobornos en forma de posición económica, autoridad e incluso ingresos procedentes de la Kaaba. Pensaron para sus adentros: «Pobres necios, quizá podamos comprar esa profecía con los minerales de la tierra». Pero él rechazó el ofrecimiento.

—Si pusierais el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda, no renunciaría a mi mensaje, pues éste viene de Dios. —Después les miró y se compadeció de sus almas—. No matéis a vuestras criaturas —les dijo, alejándose de ellos.

Debo explicaros lo que quiso decir al referirse a la muerte de las criaturas, pues, en sólo treinta años, Mahoma ha hecho progresar al mundo con tal rapidez que a veces me pregunto si todavía pisamos la misma tierra y no hemos sido catapultados hacia las estrellas.

Quiso decir exactamente lo que dijo: «No matéis a vuestras criaturas».

En el desierto, antes de la aparición del Islam, el destino de un hijo ya era conocido antes de que sus pies salieran de las entrañas de su madre. Si la criatura era varón, estaba a salvo y se festejaba el acontecimiento; si era hembra, su suerte era incierta y la gente hacía comentarios en voz baja. Si había

suficientes niñas en la familia o si su número era excesivo en las tiendas de la tribu, cabía la posibilidad de que la condenaran a muerte. Nada más cortarle con los dientes el cordón umbilical, la niña era conducida al desierto donde se la cubría con paletadas de arena.

No se andaban con remilgos al cometer los asesinatos y no cabe duda que los argumentos que invocaban en favor del infanticidio reservado a las niñas tenían su lógica. Salvaban la vida, destruyéndola. La cuestión la decidía la economía del desierto, no los sentimientos; una nueva boca significaba otro vientre vacío. Además, la niña criaría y se multiplicaría. De este modo, cumplían su propósito, tratando de mejorar la selección divina. Puesto que nacían más niñas que niños, ellos se limitaban a corregir el desequilibrio. Algunas niñas merecían ciertamente llegar a la pubertad y a esas se las salvaba para un uso futuro.

Era muy doloroso oír sus explicaciones. Para ellos el plan de la creación no poseía el menor carácter sagrado y, sin embargo, ¿quién puede hacerle reproches a quién? Cuando Mahoma predicaba la igualdad de las mujeres en Arabia, en Francia se reunía un concilio de obispos cristianos para establecer si las mujeres tenían alma o no. No sé lo que decidieron... aquí en Siria te lo dicen todo y no te dicen nada. Pero a menudo me sorprende de las contradicciones en que incurren las religiones con respecto a las mujeres y de que las mismas personas que veneran a María, la madre de Jesús, puedan despreciar con tanta ligereza a Eva, la madre del hombre.

Lo que más los enfurecía, en mayor medida si cabe que la negación de sus dioses y la salvación de las niñas, era la limitación del número de esposas. Antes de Mahoma, un hombre podía casarse con toda la frecuencia que sus ingles desearan o que sus camellos le permitieran. Algunos amontonaban a diez en una misma cama, otros a veinte, todas apretujándose las unas encima de las otras para poder estar lo más cerca posible de su rey.

El Islam limitó el número de las esposas a cuatro, con un mandamiento en el que se aconsejaba tener sólo una. Las cuatro tenían que ser tratadas equitativamente y sus exigencias matrimoniales se tenían que satisfacer por turnos equitativos. En caso de que ello no fuera posible, el hombre sólo podía tomar una esposa.

¿Se apresuraron las mujeres a asumir su nueva dignidad? No, ellas también despreciaron al Profeta. Todavía me parece oír la guerra civil de las mujeres. En caso de que la quinta esposa fuera repudiada, ¿quién se haría cargo de ella, quién la aceptaría, la abrazaría, se casaría con ella y la alimentaría? En el desierto era costumbre tener muchas mujeres, no sólo por la rapacidad de los hombres sino también porque los hombres son generosos. Por consiguiente, la limitación del número de esposas fue algo tan desconcertante que, al principio, se consideró una medida muy dura e incluso una crueldad para con las mujeres.

Pero Mahoma no se detuvo aquí. ¿Cómo hubiera podido hacerlo, teniendo

a un ángel que le guiaba en sus decisiones? Insistió en afirmar que las mujeres, a pesar de ser diferentes, estaban en pie de igualdad con los hombres. La diferencia se ve fácilmente, pues los hombres son compactos en tanto que las mujeres están hendidas, pero, para ver la igualdad entre los sexos, uno tenía que forzar la vista. El Profeta les dijo que las mujeres eran seres complementarios de los hombres y que cada uno era el guardián del otro. Ambos tendrían que someterse al mismo juicio final y ambos heredarían el mismo destino.

El mundo que ahora reverencia a Mahoma le odió entonces por estas sencillas ideas. Una era se burla de lo que adora la siguiente y el fruto es amargo antes de ser dulce. Pero hay que concederle al viejo perro del camino el derecho a ladrar. A veces me pregunto si el propio Dios sabe a cuál de nosotros dos, si a mi esposa o a mí, hizo igual al otro. Anoche ella me apagó la vela cuando yo estaba en plena lectura de un libro de Heródoto. Si no la hubiera amado a ella más que a mi Heródoto, le hubiera pegado un manotazo... pero, a lo mejor, ella quería evitar que leyera a los paganos. Sin embargo, tal como ya he dicho al principio, ahora las burlas ya se habían terminado.

Bilal cuenta la persecución y la huida a Abisinia

Aunque soy viejo y mi muerte ya está próxima tal como debe ser, todavía me indigno ante la crueldad. La maldigo con toda mi alma y yo que la he conocido en mi propia carne puedo, con mayor conocimiento de causa que muchas personas, rezar para que desaparezca y estoy cierto de que el Cielo escuchará la súplica de un hombre que sabe lo que significan sus plegarias.

Rezo para que el torturador se vea a sí mismo en el cuerpo que maltrata. Que pueda ver este espectáculo, pues no se merece otro.

Rezo para que al verdugo no se le niegue su propio cuello ni al juez su propia justicia.

Para que los que permanecen de pie delante de los jueces puedan juzgar a los que los juzgan a ellos.

Para que ningún juez santifique la ley en su persona y la convierta en su becerro, pues la ley terrena, como la celeste, pertenece al dominio de Dios y aquel que abusa de ella con crueldad abusa de la misericordia de Dios.

Para que los torturadores sean una excepción y paguen por partida doble sus pecados. Pido que sean destruidos por sus pecados en el mismo momento de cometerlos.

Ésa es la plegaria de Bilal, que es negro y nació esclavo y maldice la crueldad. Pero estoy dando lecciones de moralidad. Os prometí una historia y os la serviré como la carne que gira en el asador.

De repente, se abatieron sobre nosotros rebosantes de crueldad e instintos asesinos. No pasaba un solo día sin que se cometiera alguna injusticia contra el alma del hombre hasta que, al final, el propio Cielo lloró en los ojos del Profeta..., o eso nos pareció a nosotros al ver su dolor. Pero él no quería ni podía apartarse de su camino. Al parecer, Dios quiere que los pasos de la profecía se marquen dolorosamente sobre la sólida roca y que, para aquellos que vienen después, los mismos pasos sean ligeros y estén jalonados de gozo y de venturosas nuevas.

El primer mártir que murió por el Islam fue una mujer que alcanzó el

Paraíso cuando Abu Jahl, en un arrebatado de furor pagano, hundió su lanza en su costado. Se llamaba Sumaya y era la madre de Amar. ¿Cuál fue su delito? Negarse a rezar a Hubal. Otros fueron empalados y azotados hasta morir o llegar casi a las puertas de la muerte. Ciertamente que algunos se vinieron abajo y abjuraron del Islam, pero yo, que he conocido el látigo, perdono la debilidad de la carne. Tal vez Dios no quería que sufrieran más de lo que podían resistir y permitió que renegaran de Él. Dios es siempre misericordioso y, aunque a veces aprieta al hombre, nunca lo ahoga.

Mahoma tenía que actuar. Nos estaban eliminando uno a uno. Ordenó que los más débiles, los que no gozaban de ninguna protección familiar, huyeran del país. Aquellos a los que los perseguidores no se atrevieran a causar daño por temor a provocar encarnizadas luchas familiares e incluso batallas tribales podrían quedarse de momento. Yo, que ahora me encontraba bajo la protección de Abu Bakr, fui autorizado a quedarme.

Una noche, Jafar, el hermano mayor de Alí, se fue con tres hombres y tres mujeres al desierto. Su destino era Abisinia, mi desconocido país de allende el mar, gobernado por aquel entonces por un rey cristiano famoso por su justicia. No se atrevieron a seguir el camino habitual y tuvieron que avanzar por los parajes más inhóspitos del desierto donde no había ni pozos ni gente. Se dijo a propósito de aquellos primeros fugitivos que la única sombra de que disfrutaron fue la de las alas de los buitres que sobrevolaban en círculo sus cabezas a la espera de que murieran.

Pero hay más ojos en una ciudad pequeña que en otra más grande y su fuga fue descubierta enseguida. Abu Sufyán envió una partida de jinetes en su busca para que los devolviera a la ciudad o, según como le fueran las cosas, acabara con ellos allí mismo en el desierto. Los jinetes descubrieron sus huellas e incluso cabalgaron a su lado a lo largo de un cuarto de legua, pero Dios no permitió que los vieran ni que sus caballos los olfatearan. Jafar pasó sin sufrir el menor daño entre los cascos de los caballos y las espadas y, si vosotros queréis pensar que fue un milagro, podéis hacerlo. Yo prefiero creer que Jafar supo utilizar el desierto, su cegadora luz y las oscuras sombras alargadas de las dunas. Si hubo algún milagro ése fue el de su propia persona, pues Jafar era un hombre capaz de ocultarse dentro de su propia sombra, aunque no cabe la menor duda de que su astucia era un don de Dios.

Cuando vimos que los jinetes de Abu Sufyán regresaban exhaustos a La Meca sin más resultado que unos ojos irritados, pusimos en práctica un plan de fuga. Empezamos a enviar a otros hasta conseguir que ochenta y tres de los nuestros, entre hombres y mujeres, cruzaran el Mar Rojo y pasaran a Abisinia.

Pero nuestra gente tampoco estuvo a salvo en Abisinia. En La Meca, Abu Sufyán empezó a hablar en siniestros y amenazadores murmullos. He oído decir que en aquel tiempo te tenías incluso que inclinar hacia adelante para poder oírle. Si te reclinabas contra el respaldo del asiento, las palabras caían de su boca y tú no oías nada. En cambio, si te inclinabas tres centímetros hacia

adelante, te enterabas con toda claridad de su bien estructurada frase. A causa de aquellos hechos, su dignidad se estaba poniendo en tela de juicio. La Meca no podía permitir que ochenta y tres disidentes escaparan a un país vecino, pues tal cosa hubiera sido perjudicial para el comercio. En caso de que no consiguieran atraparlos en el desierto o en el mar, irían a buscarlos al lugar donde se habían escondido... detrás del trono del rey que se hacía llamar el León de Judá.

Una embajada encabezada por Amr ben al-Asi fue enviada al León de Judá con ricos presentes, peticiones de disculpa y cartas de amistad. Amr, que más tarde conquistaría Egipto, era por aquel entonces un gentil muchacho que sabía muchas cosas, pero tuvo la habilidad de fracasar en su intento, pues, de lo contrario, hubiera encadenado a ochenta y tres almas y hubiera enviado la suya al fuego del Infierno. Tal como os referiré más adelante, Dios concedió a Amr la gracia del fracaso.

El rey mandó comparecer a los musulmanes ante su presencia y les pidió que le expusieran los motivos por los cuales él no debería devolverlos prisioneros a La Meca. El pobre Jafar se sintió como Daniel en la cueva de los leones. Balbució, tartamudeó e incluso tropezó sin apenas poder caminar y tanto menos pronunciar dos palabras.

En cambio, Amr manifestó elocuentemente su indignación, basando sus argumentos en las Escrituras, como si éstas fueran su asno y él las montara cual consumado jinete. Acusó a Jafar de sedición, blasfemia y desertión, le echó en cara la utilización de un falso profeta para socavar el orden social y, al final, consiguió demostrar que el Islam era absurdo. Debo aclarar que Amr era tan pagano como una piedra, pero ya entonces sabía algo de religión y mucho de burlas, por lo que en pocos minutos logró que toda la corte de Abisinia se muriera de risa y que Jafar fuera aherrojado y sus cadenas se arrastraran por el suelo. Pero Dios, que es el autor de la inteligencia del hombre, le da también un poco de estupidez y, a veces, mezcla ambas cosas en una misma cabeza. Y eso fue precisamente lo que ocurrió con Amr, el cual perdió cuando había ganado... o, tan cierto como que yo estoy aquí contando esta historia, ganó cuando había perdido.

Aconteció lo siguiente. Jafar empezó a hablar de Jesús tal y como lo conocen los musulmanes, como un profeta de los muchos que habían precedido a Mahoma, el cual es el sello de los profetas y el último de todos ellos. Pero Jesús era tan amado por sus seguidores que éstos cometieron el error de adorarlo.

En la propia Abisinia, Jesús era tan profundamente estimado que la sola mención de su nombre hizo que las lágrimas asomaran a los ojos del rey cristiano. Amr vio las lágrimas, pero las confundió con un simple brillo... ciertamente, la ceguera del espíritu es un estado tan terrible que Jesucristo necesitó una parte de su propio cuerpo, su saliva, para curarla. Amr se quitó la capa y, de pie con las piernas separadas — como un verdugo con su hacha, me

dijo Jafar —, soltó lo que él creyó que iba a ser el argumento definitivo.

—Mienten acerca de Jesucristo —dijo—. Afirman que vuestro Jesús no era más que uno de tantos profetas y no ya el Hijo de Dios. Señalan que vosotros adoráis a tres dioses, un padre, un hijo y un tercer dios invisible. Niegan la divinidad de Jesucristo y aseguran que está muerto.

Qué instruido era aquel pagano y qué bien parecía conocer todas las religiones; con cuánta habilidad supo contraponer el concepto musulmán de Jesucristo al concepto cristiano de su Señor. El rey se volvió a mirar a Jafar.

—Háblame de la venida a este mundo de Nuestro Señor. —Con un gesto de la mano pareció apartar a un lado la palabra «mundo» mientras les indicaba por señas a los carceleros que se acercaran. Pero Jafar se abrió paso entre los carceleros.

—Te diré lo que el Sagrado Corán dice acerca del nacimiento de Cristo, pues es lo único que yo sé.

Sus palabras fueron más bien un grito de desesperación, pero consiguieron que el rey levantara la cabeza. Después Jafar recuperó la voz porque no tenía más remedio que hacerlo. Su única esperanza era hablar, hablarles a sus cadenas, hablarle al ceño fruncido del rey y a los cuatro rugientes leones de piedra que rodeaban el trono. Algunos dicen, aunque yo pido disculpas por la utilización de mi nombre, que habló tan bien como Bilal... me lo dijo el mismísimo Amr ben al-Asi diez años más tarde. Pero Bilal no es más que una trompeta, el que deja oír su voz a la hora de la oración y que, por si fuera poco, tiene la ventaja de hablar desde un lugar elevado. Amr todavía sigue atrapando moscas en su propia miel.

Aquel día Jafar supo hablar en tono persuasivo, pues era la única posibilidad que le quedaba. Recitó ante los asombrados rostros de los presentes los versículos de la sura de María, la sura 19, en los que se narra el nacimiento de Jesucristo de las entrañas de una virgen. Consiguió hacerles comprender los versículos y supo que era el propio Dios quien estaba hablando a través de sus palabras, no «Dios Padre» sino Dios.

*Relata en el Libro
la historia de María.
De cómo ésta se alejó
de su familia
hacia un lugar apartado.*

*Después le enviamos nuestro ángel,
el cual se le apareció
en forma de hombre adulto.*

*Cuando María vio al hombre,
gritó pidiendo ayuda,*

*suplicándole que no le causara turbación
si tenía temor de Dios.*

*Pero nuestro ángel le contestó:
«Vengo de parte de tu Dios
para anunciarte
el nacimiento de un hijo santo».
«¿Cómo podré dar a luz un hijo» —preguntó ella
«si ningún varón me ha tocado
y todavía soy virgen?»*

*«Para Dios todo es fácil
—contestó nuestro ángel—.
Él convertirá a tu hijo
en un signo para los hombres
y en un regalo de Dios.
La cuestión ya está decidida.»*

*Entonces ella concibió a su hijo
y se retiró a un lugar apartado.
Cuando le llegaron los dolores del parto,
se tendió bajo una palmera
y exclamó:
«Ojalá hubiera muerto
y me hubiera perdido en el olvido
para que nadie me recordara».*

*Pero la voz del Niño le dijo:
«No desesperes.
Tu Señor ha hecho brotar
un arroyo a tus pies.
Si tocas el árbol,
éste dejará caer
dátiles maduros sobre tu regazo.
Come, bebe
y exulta de gozo».*

Toda la corte se conmovió hasta las lágrimas y se oyeron unos murmullos mientras el León de Judá se levantaba de su trono para abrazar a Jafar. En lugar de cadenas, éste tenía ahora los brazos de un rey a su alrededor.

—Ni por una montaña de oro te entregaré a ellos —dijo el rey, trazando una línea en el suelo con su vara para dar a entender lo estrecha que era la diferencia entre nuestro Corán y sus Evangelios.

Amr empezó a restregar los pies por el suelo. Después, tal como cabía esperar de él, asintió con la cabeza mirando al rey con una sonrisa en los labios como si todo hubiera sido un juego y el dado que él había echado hubiera caído mal.

Eso ocurrió en Abisinia, la tierra de los leones y la miel... y de la justicia. En cambio, en La Meca, una ciudad de caravanas y tipos de interés, lo que se pesaba en las básculas eran sedas, especias y perfumes. La Palabra aún no se había hecho visible; sus oídos oían, pero sus corazones estaban ciegos.

Una nueva persecución más cruel que los azotes se abatió ahora sobre el Islam. Fue nada menos que el castigo de un pueblo. Todos los Beni Hasim, la tribu familiar del Profeta, fueron proscritos. Nadie podía mantener tratos con ellos ni ofrecerles cobijo ni hospitalidad, una pizca de sal o de azúcar y ni siquiera un poco de sombra. Habían sido declarados proscritos y desterrados al desierto, permitiéndoseles llevar consigo sólo lo que pudieran transportar sobre su espalda. Tanto si creían en el mensaje de Mahoma como si no, tanto si le prestaban atención como si no y tanto si lo apreciaban como si no, todos fueron perseguidos lo mismo que él. Bastaba con que uno fuera un miembro de su familia, aunque simplemente fuera el primo de un primo, para que lo enviaran al desierto como un apestado. Fue una solución digna de su autor Abu Sufyán... desterrar al Islam para que muriera por sí solo de locura bajo el sol del desierto.

Durante tres días padecimos el hambre y la sed del desierto, tendidos en cobertizos improvisados detrás de los setos de espinos. Los niños morían de día a causa del calor y los viejos de noche a causa del frío. Dondequiera que fuéramos teníamos que pisar la desgracia. Levantábamos los ojos al Cielo, pero no nos caía ningún maná como a Moisés. Sin embargo, resistimos y llegamos a comprender que, si la crueldad no quiebra la espalda de un hombre, le fortalece el espinazo. Y puede que eso fuera un regalo todavía más grande que el maná.

Bilal cuenta la conversión de los gigantes

Aunque nosotros no lo sabíamos, durante nuestra permanencia en el desierto los acontecimientos se estaban condensando como nubes a nuestro alrededor. Es cierto que aún no habíamos llegado al fondo de la desgracia; otros golpes nos caerían encima, nuevos reveses y nuevas calamidades. Pero primero hubo un rayo de esperanza que nos hizo levantar la cabeza. Hamza y Omar se convirtieron al Islam.

Es extraño que ambas conversiones se iniciaran con furia y rostros ensangrentados. Hamza encabezó la lista. Era el tío de Mahoma, un hombre muy alto y fornido, famoso en todo el desierto como cazador de leones y guerrero. En la batalla ninguna espada era más pesada, ninguna lanza más rápida, ninguna flecha más mortífera que las armas de ese guerrero mientras que, en la caza, nadie era más valiente ni más delicado ni tenía el pie más ligero y el ojo más penetrante ni el olfato más fino que ese matador de leones. Y, sin embargo, de la fuerza nace la dulzura. Hamza, el corpulento Hamza, era un hombre capaz de desviar su caballo alrededor de una flor del desierto para no aplastarla. A veces, en consonancia con su ardiente temperamento, era un inspirado poeta de encendido estilo épico.

Pero no había la menor dulzura en Hamza el día en que llegó a La Meca y se enteró de que Abu Jahal había llamado embustero e impostor a Mahoma. Hamza llevaba un león muerto atado a la grupa de su caballo, pero ni eso fue suficiente para que Abu Jahal tuviera la sensatez de refrenar su lengua. Éste tuvo la imprudencia de repetir la calumnia. Hamza, sosteniendo el arco de caza en su mano izquierda, avanzó entre la multitud como si ésta no existiera. No dijo nada, el único sonido fue el golpe que le propinó a Abu Jahal con la parte posterior de su arco, dejándole despatarrado en el suelo con el rostro cubierto de sangre. Hamza, a pesar de ser un poeta, no era un hombre muy aficionado a las palabras. Se limitó a señalar la Kaaba y a encogerse de hombros por toda explicación.

—Cuando yo cazo en el desierto de noche, sé que Dios no está encerrado en una casa. —Así de sencillo. Después desmontó y plantó firmemente los pies en el suelo, mirando un instante en silencio a los presentes—. La religión de mi

sobrino es mi religión. Su Dios es mi Dios. Que alguien me ataque si se atreve.

Nadie se movió como no fuera para apartarse de su camino mientras él iba en busca de Mahoma.

Poco después, otro hombre, con una espada en la mano y la cabeza llena de propósitos homicidas, fue también en busca de Mahoma. Acabaría con el Islam de una sola tajada. Se llamaba Omar ben al-Katab y era tan alto que parecía que lo hubieran estirado. Decían que podía montar en su camello simplemente pegando una carrerilla y levantando la pierna, lo cual no es de extrañar pues entonces era un intrépido joven que se ganaba la vida pasando especias y piedras preciosas de contrabando a través de la frontera de Bizancio. Por si fuera poco, tenía tan mal carácter como su camello.

El Profeta estaba rezando solo en la casa de Arkam, desarmado y sin defensa, cuando Omar empezó a recorrer las calles, pidiendo guerra. Yo me adelanté corriendo para advertirle, pensando que, al recibir la noticia, se asustaría tanto como yo. Pero él apenas se movió.

—Dios elegirá el momento en que Omar ben al-Katab venga por mí —dijo.

Vi al gigantesco Omar a través de la ventana, acercándose con la espada desenvainada a la casa.

—Dios lo ha elegido —dije—, pues ya está aquí.

Miré a mi alrededor en busca de un arma, pero en la casa sólo había una olla de agua calentándose sobre el fuego. Tomé la olla y me dirigí con ella hacia la puerta, derramando parte de su contenido por el camino. Entonces el Profeta se levantó, más para refrenarme que para protegerse.

—Gracias, Bilal —dijo, quitándose de las manos la olla de agua caliente—, pero, si éste es el momento que Dios ha elegido para mí, ni siquiera el aceite hirviendo me podría salvar.

Por lo menos, creo que eso es lo que dijo, pero no os fiéis demasiado de mi pobre memoria. Hoy en día, todo lo que se dice que dijo el Profeta se convierte en religión.

Omar ya se encontraba a una distancia de menos de cincuenta metros, que, para sus piernas, no eran ni cuarenta, cuando un anciano se le plantó delante. Pensé que debía de ser un mendigo, pues los hombres se ponen a mendigar en los momentos más inoportunos. A pesar de su mal carácter, Omar era famoso por su generosidad. Sin embargo, esta vez no repartió más que violencia. Levantó al anciano en vilo, lo sacudió y gritó y juró por todas las muertas del cementerio que la iba a matar, lo cual fue, para mi alivio, algo muy distinto que si hubiera dicho que lo iba a matar a él. Después Omar dio media vuelta y se fue por donde había venido como alma que lleva el diablo.

Yo sabía que el día aún no había terminado. Omar no era un hombre capaz de dejar las cosas a medias y tanto menos la muerte de un Profeta, por lo que decidí esperar cerca de la ventana, simulando estudiar gramática. Arkam había entrado en la casa —menos mal que ahora ya éramos tres—, pero, para poder tener algo a mano en caso necesario, dejé el agua hirviendo sobre el fuego.

Hubiera querido ir en busca de Hamza, pero éste se había ido al desierto. Aquello era más o menos como si nos encontráramos en estado de asedio.

Una hora más tarde, le vi acercarse de nuevo con la espada todavía desenvainada, llenando toda la calle con su mole. Sin que nadie me lo ordenara, yo cerré y atranqué la puerta. El Profeta se me acercó por detrás.

—¿Por qué cerrar la puerta, Bilal? —me preguntó.

—Para salvarte de la muerte, Profeta de Dios —le contesté.

Sin embargo, él me miró con semblante sereno.

—Un profeta no debe cerrar su puerta, Bilal. Abre, si temes a Dios.

Mahoma se situó en el centro de la estancia, esperando. Oí la empuñadura de la espada de Omar, golpeando la puerta. Pero la profecía hace lo que considera mejor, por lo que yo obedecí la orden y abrí la puerta. Omar ben al-Katab agachó la cabeza para entrar. Lo que yo vi entonces no lo pude creer. Omar miró al Profeta, me miró a mí, miró a Arkam y después contempló su espada. Una gran emoción se apoderó súbitamente de él; el dolor le cambió el rostro mientras se desabrochaba la camisa como si quisiera ofrecer su corazón.

—Declaro que no hay más Dios que Dios y que tú, Mahoma, eres el Profeta de Dios.

En aquel momento, tan cierto como Jesucristo ganó a Pablo, Mahoma ganó a Omar. De hecho, cuando hablamos de «conversiones», tanto de la de Pablo como de la de Omar, más bien tendríamos que hablar de «revoluciones», pues tal fue el resultado que ambas obtuvieron. Ambos hombres rebosaban inicialmente de odio, Omar contra Mahoma a quien pretendía asesinar y Pablo contra los cristianos a los que quería matar. Me dicen que Pablo llegó incluso a sostener las capas de los que apedrearon a Esteban, su primer mártir, convirtiéndose con ello prácticamente en cómplice. Pero Dios apartó a ambos hombres del borde del abismo, salvándolos para que se convirtieran en los grandes organizadores de la religión.

Yo vi, tal como ya he contado, sólo los dos extremos de la conversión, su violento comienzo y su hermoso final. No vi el milagro que se produjo en la hora intermedia. La información me la facilitó el herrero Kabab que estaba presente y es tan digno de fiar como su acero.

El hombre que se interpuso en el camino de Omar en la calle no era un mendigo, tal como yo había pensado, sino un mercader, algunos dicen que de vinos, pues Dios se digna enviarte a fariseos y pecadores cuando tú menos lo esperas.

—¿Por qué llevas la espada desenvainada? —le preguntó el hombre.

—Para matar al impostor que se ha colocado por encima de los dioses —contestó Omar.

—Pues entonces, regresa primero a tu casa y mata a tu hermana —le dijo el anciano.

Tales ancianos son oráculos en ciertas ocasiones y, aunque Omar sólo le entendió a medias, sus palabras fueron suficiente para provocar el arrebató de

cólera que yo vi desde la ventana. Omar amaba a su hermana y la misteriosa insinuación del anciano con respecto a ella hizo que su furia creciera de punto.

Regresó corriendo a casa y aguardó al acecho cerca de la puerta de su hermana. Oyó voces y captó unas palabras que le parecieron cosa de locos. Pegó una carrerilla, derribó la puerta de una patada y se presentó como una gigantesca aparición de más de dos metros de estatura, blandiendo el fulgurante relámpago de su espada a la altura de su cabeza. Dentro vio a su hermana Fátima, a su marido Said y a mi testigo Kabab. Fátima trató de ocultar un trozo de papel bajo su falda. Omar le soltó un terrible manotazo en la cara y, mientras ella caía hacia atrás, le arrancó el papel que sujetaba entre las rodillas.

Omar ignoraba, pues sólo el Profeta lo sabía, que su hermana se había convertido en secreto y que lo que en aquellos momentos tenía en su mano era una página de la sura número 20 del Corán, una sura tan bella y misteriosa que nadie ha conseguido todavía darle un nombre. Mejor no tratar de indagar su significado, pues es intraducible y supera toda poesía.

اللَّهُ لَا إِلَهَ إِلَّا هُوَ لَهُ الْأَسْمَاءُ الْحُسْنَى

Omar permaneció de pie con el verso en la mano y miró a su hermana, la cual ocultaba el ensangrentado rostro entre los brazos de su marido. Después, arrepentido, empezó a golpearse la cabeza contra la pared.

—¿Qué me habéis hecho? —preguntó sin percatarse de que su pregunta resultaba ridícula y conmovedora a la vez.

Fátima, que se estaba tragando su propia sangre, no se atrevió a contestar. Omar le mostró el papel como si con ello quisiera justificarse y pedirle perdón.

—Léemelo —le dijo—. Si ésta es la causa de que tengamos que estar peleados, léemelo.

Pero a Fátima le fallaron los dedos. Entonces Kabab, que era capaz de retorcer un trozo de hierro bajo el ala de un pájaro, tomó la página y la leyó. Mientras Omar escuchaba, una expresión de profundo asombro empezó a dibujarse lentamente en su rostro. Contempló con sobrecogida emoción los labios del lector mientras escuchaba la Palabra de Dios. Él mismo me dijo más tarde que una gran dulzura le recorrió todo el cuerpo, provocándole un estremecimiento de la cabeza a los pies. De este modo tuvo lugar la conversión de Omar que hoy en día es la cabeza de todo el Islam.

Bilal habla del Año de la Aflicción

Se llama el Año de la Aflicción porque aquel año todo nos salió al revés y los desastres cayeron sobre nosotros en tal número que hasta nuestra fe quedó confundida. Alzábamos los ojos al Cielo, preguntándonos en qué momento habíamos ofendido a Dios. En los seis años transcurridos desde el comienzo de la misión del Profeta, habíamos crecido bastante y ahora ya sumábamos cien. Cien no es mucho entre las poblaciones del mundo, pero, al principio, éramos sólo diez. Nada me consuela más en mi ancianidad que permanecer apoyado en mi bastón en Damasco y ver pasar las multitudes de musulmanes. Hace treinta años, todos nos podíamos congregarnos alrededor de una vela, pero ahora Dios nos ha multiplicado a cada uno por un millón. Me alegro de estar todavía en la tierra, aunque os aseguro que en el Año de la Aflicción más de una vez hubiera deseado estar debajo de ella.

Primero murió Jadiya, que durante veinticinco años había sido la esposa del Profeta y, tal como ya os he dicho, fue su única creyente en los primeros tiempos. Lo había estrechado en sus brazos en medio del terror de las primeras revelaciones y había compartido toda su riqueza con él, incluso cuando la repartía. En el misterio que encerraba, era la Madre de los Creyentes.

Pero un día murió de repente y nosotros nos apresuramos a enterrar a nuestra Jadiya antes de que cayera la noche.

Después murió Abu Talib, que había vivido entre el amor y la pérdida. Amaba a Mahoma, pero murió en la idolatría, incapaz de sacudirse de encima la religión de los muertos. Sus padres habían ejercido en él una poderosa influencia. Aun así, fue el apoyo del Profeta y yo creo que quizá Dios, que es el mejor maquinador que existe, eligió la idolatría de Abu Talib para que, permaneciendo en la oscuridad, éste pudiera defender mejor la luz. Si Abu Talib se hubiera unido a nosotros, lo hubieran echado junto con nosotros. Y entonces, ¿dónde hubiéramos encontrado apoyo? Siendo un pagano, podía ser como dos creyentes y, aunque os parezca una blasfemia, yo espero, en la hora de mi muerte, estar tan cerca de Dios como Abu Talib.

Antes de exhalar el último aliento, mandó llamar a uno y otro lado de su lecho a los Señores de La Meca y a Mahoma, el Mensajero de Dios. Trató de que

ambos bandos hicieran las paces sobre su cuerpo moribundo. Pero Mahoma no tenía poder para hacer las paces con la idolatría. Cuando les pidió que adoraran al Único Dios, batieron palmas para que sus palabras no penetraran en sus oídos. Abu Talib murió en medio del ruido y la tristeza.

Mahoma se vio obligado a callar. Su tío Abu Lahab, que era su peor adversario, sucedió a su mejor amigo como jefe de la familia de los hasimíes. Hasta sus parientes, que eran de su misma sangre, se apartaron de él y entonces la insolente boca de Abu Lahab, el Padre de la Llama, se convirtió en la única autoridad en materia de conducta y de religión. Abu Lahab defendía a las diosas Lat, Manat y Uzza como si fueran sus esposas y todas las mañanas ensalzaba su belleza y su fecundidad.

Pobre necio, su adoración era su último estertor y la cólera que descargó contra el Profeta se convirtió en el horno al que él mismo se arrojó... murió con el rostro enrojecido y congestionado en uno de sus arrebatos de cólera. Su alma arde ahora como una hoguera y es una advertencia para otros. En vida, Dios ya había juzgado su alma y le tenía reservado un lugar en el Infierno. En la sura 111, llamada de «la Llama», Dios ya se refería a él.

*Perezcan las manos
del Padre de la Llama
Perezca él mismo.*

*Ni su riqueza
ni sus beneficios
le servirán de nada.*

*Arderá en un fuego
de abrasadoras llamas.*

Su esposa Aura era tan malvada como él. Recuerdo haberla visto en mi infancia, acercándose bajo la protección de una sombrilla de color blanco para presenciar los castigos de los esclavos. Yo le tenía miedo. Más adelante, su mayor diversión consistía en atar con cuerdas de fibra varias ramas de espino y quemarlas delante de la puerta de Mahoma. Dios no separó al marido de la esposa en el Infierno sino que lo puso a su lado.

*Su esposa acarreará
las ramas de espino
para quemar.*

*Le atarán una cuerda de fibra
alrededor del cuello.*

Me compadezco de ellos. Parecían estar poseídos por los demonios que en los Evangelios son llamados Legión y su sufrimiento era tan grande como el de los dos mil cerdos en cuyos cuerpos entraron los demonios y a los que Jesucristo permitió precipitarse por un acantilado y perecer ahogados en el lago de Gadara. Su única esperanza de salvación es su proximidad al Profeta cuyo tiempo compartieron. Que Dios les perdone, aunque yo no puedo ni quiero hacer conjeturas sobre la voluntad de Dios.

Apartado de la asamblea y sin autorización para predicar, Mahoma empezó a pensar en otros lugares menos fríos de corazón y menos exaltados que La Meca. El hombre que estaba a salvo en Dios ya no lo estaba en las calles. Decidió trasladarse a Taif, una ciudad situada en la ladera de un monte por encima del calor del desierto y rodeada de árboles frutales y vergeles rebosantes de abejas y mariposas. En aquel hermoso lugar adoraban a la diosa Lat bajo la figura de una alta piedra blanca.

Mahoma emprendió el viaje a pie a Taif, a unas dieciocho leguas de distancia en dirección sur. Aquel mercader que antaño fuera tan próspero y cuyos camellos se desplazaban con paso tan ligero, se había empobrecido con las buenas obras y ya no tenía nada para viajar como no fueran sus zapatos. No disponía siquiera de un pañuelo con que protegerse la cara durante las tormentas de arena y sólo le quedaba una camisa remendada. Y, sin embargo, jamás vi a un hombre más esplendorosamente vestido, pues una raída camisa es como un lienzo de oro sobre la espalda de un profeta.

Se fue acompañado tan sólo de su hijo adoptivo Said. Intentamos seguirle, pero mandó que nos retiráramos, pues no quería ningún séquito. Temíamos que le pudiera ocurrir algo. Cuando uno viaja por Arabia, corre el peligro de encontrar pozos secos, experimentar los efectos del viento y el sol, sufrir alguna desgracia y toparse con su enemigo y consigo mismo.

Teníamos razón. Regresó destrozado a las dos semanas, pidiendo agua con la mano extendida y mostrando en su cuerpo unas heridas todavía en carne viva. Tuvo que arrastrarse para cubrir los últimos metros de arena. El silencio pesaba como una piedra alrededor de su cuello. Se acostó en su lecho de viudo sin decir ni una sola palabra.

Said nos contó lo que había ocurrido.

Llegó sano y salvo a Taif y solicitó ser recibido por los ancianos. Se sentaron sobre unos almohadones, saboreando dulces y tomando sorbos de vino. Les pidió que lo acogieran y le permitieran predicar. Ellos le observaron por encima de los bordes de sus copas con aire condescendiente, pensando en lo mucho que se iban a divertir con él. Trataron de exponerle amablemente sus argumentos, pues Taif era una ciudad templada por el frescor del vino.

—Si eres el Mensajero de Dios —le dijeron—, significa que eres un ángel con quien nosotros no podemos hablar; y, si no eres el Mensajero de Dios, significa que eres un impostor. En cualquiera de los dos casos, no debemos hablar contigo.

Tras haber hecho semejante alarde de brillantez, se levantaron y mostraron su verdadera naturaleza, que eran las rocas y las piedras. Soltaron a una muchedumbre de inocentes niños todavía sin uso de razón, los cuales se pusieron a gritar mientras apedreaban cruelmente al Profeta de Dios, obligándole a regresar al desierto. Aquel día, dijo el Profeta, fue el peor de toda su vida.

Sólo una merced le fue concedida. Un esclavo cristiano llamado Abas que por casualidad estaba trabajando en los campos se compadeció de él y le ofreció un racimo de uva. ¡Qué hombre tan afortunado es Abas por haberse ganado el Cielo con un racimo de uva! ¡En la vida todo es azar y la salvación puede ser fortuita! El camino hacia el Cielo puede ser tan corto como largo. No conozco el camino de Abas, pero le amo con todo mi corazón.

Bilal cuenta cómo al Profeta le fue regalada una ciudad

Dicen que en la noche de Taif muchas estrellas desaparecieron del firmamento. Dicen que las Pléyades no sólo lloraron —lo cual se hubiera podido considerar normal— sino que, además, se las oyó sollozar, lo cual me parece una tontería. Yo estaba observando el cielo aquella noche y no oí nada. El acontecimiento tuvo lugar en otra parte y, cuando se produjo, fue casi tan prodigioso como éste.

Una noche, doce hombres de Medina se desplazaron bajo la luz de la luna para ofrecerle su ciudad a Mahoma. Yo jamás los había visto y tampoco los esperábamos, pero ellos tenían sus buenas razones para acudir al Profeta. Necesitaban a Mahoma como pacificador. Medina era una ciudad de dos tribus, la de los ausíes y la de los jazrayíes, las cuales estaban guerreando constantemente. En el corazón de cada ausí había una herida infligida por un jazrayí y, en el corazón de cada jazrayí, había una herida infligida por un ausí. Habían oído hablar del Profeta que predicaba la fraternidad y ahora querían reconciliarse por su mediación. El padre y la madre de Mahoma habían muerto en Medina con seis años de diferencia. Por consiguiente el polvo de los huesos de su familia ya estaba mezclado con el de los de aquella ciudad.

Les escuchó pacientemente. Le ofrecían lo que él había buscado en Taif, un lugar donde vivir y predicar sin que nadie le persiguiera. Pero la dignidad de un profeta no puede rebajarse a aceptar nada. Les rogó que le comprendieran y se comprendieran a sí mismos y les pidió que aceptaran a su discípulo Musab, el cual les daría a conocer el Islam, y que regresaran al cabo de un año siempre y cuando no hubieran cambiado de parecer.

Antes de que terminara aquel año, todos habíamos envejecido cinco. Nos estábamos muriendo asfixiados y nos preguntábamos si los hombres de Medina regresarían... y si habían existido realmente o si nosotros los habíamos soñado. Nuestro estado era lastimoso y Abu Lahab seguía pensando que con la sola fuerza de su látigo podía demostrar la existencia de sus diosas. Vivíamos encerrados en nuestras casas. Algunos vacilaban en su fe y se quejaban de que

la obstinación del Profeta hubiera alejado de nosotros el auxilio de Dios... como si los hombres que se habían presentado de noche fueran doce ángeles y no una docena de árabes. Pero Mahoma, que conocía los defectos y las virtudes de los suyos, sabía que la invitación de Medina no era una cuerda salvavidas arrojada desde el Cielo, aunque él pudiera utilizarla para elevarse por encima de los hombres. Primero se tenía que comprobar la resistencia de la cuerda, y se comprobó.

Regresaron el mismo día y a la misma hora —«avanzando con tanto sigilo y tanta suavidad como las ortegas del desierto», en palabras de Musab— hasta el lugar de la cita secreta en Áqaba. Pero no eran doce sino setenta y siete; casi tantos como nosotros en La Meca. Cuando vi a tantos hombres, pensé que era una trampa. Éramos muy desconfiados por aquel entonces. Pero enseguida oí un tintineo de joyas y me tranquilicé al comprender que les acompañaban algunas mujeres. Las promesas hechas en presencia de mujeres se tienen que cumplir por partida doble.

Los hombres —y también las mujeres— de Medina solicitaron una vez más que Mahoma se fuera a vivir con ellos y actuara de mediador en sus conflictos. Hubo una pausa. Ninguno de nosotros sabía lo que ahora sabemos... que aquella breve pausa fue, en realidad, una gran brecha en el tiempo; en ella estaba todo el futuro de nuestro mundo, la historia, el conjunto de las naciones y la felicidad del hombre bajo la protección de Dios. Y, sin embargo, el hecho en sí mismo consistió simplemente en un movimiento de la cabeza del Profeta.

Mahoma les rogó que le hicieran una promesa. La historia la conoce como el Juramento de Áqaba, exactamente igual que si se hubiera sellado con sangre. Sin embargo, lo que yo oí fue más bien una amable petición. Mahoma les rogó que le prometieran adorar al Único Dios, no maltratar a las mujeres ni a las niñas recién nacidas, no robar ni mentir, obedecer las leyes de Dios y protegerles tanto a él como a las personas que lo acompañaran. Les advirtió también de que, si se fuera a vivir con ellos, jamás podrían ser sus dueños; su corazón tenía que estar abierto a todos. No podía elegir una tribu, una raza o un color.

Pero, en realidad, ¿qué fue lo que les pidió el Profeta? Jamás había oído unas palabras que, siendo tan suaves, tuvieran un significado tan claro e inequívoco. El Profeta les pedía que arrojaran sus dioses de madera al fuego, que los expulsaran del resto de Arabia e incluso que estuvieran dispuestos a combatir por él en el campo de batalla. Sabían que la ley de Dios, tal y como Musab se la había enseñado, significaba compartir sus bienes con los demás, aunque sólo fuera una naranja caída de un árbol.

Se limitaron a hacerle una sola pregunta:

—¿Qué recibiremos a cambio?

Mahoma les contestó con una palabra:

—El Paraíso.

Después estrechó la mano a todos los hombres y saludó a las mujeres con

una inclinación de la cabeza, pues tocar el cuerpo de la mujer de otro hombre se hubiera considerado indecoroso.

Esos fueron los términos del Juramento de Áqaba. Se hizo en el lecho seco de un río, pero yo, que no soy más que lo que vosotros veis, un negro de África, creo que aquella noche no estuvimos en un lugar sino en el corazón de Dios. A partir de Áqaba, el Islam se convirtió en una nación y el Profeta de Dios pasó a convertirse en legislador.

La Hégira. Bilal cuenta la huida a Medina

Yo, Bilal, me había convertido en un caudillo de hombres.

Sonríó al decirlo, pero perdonadme mi pecado de orgullo, pues yo no era un caudillo corriente. De hecho, puedo decir, cosa que muy pocos podrían hacer, que soy un caudillo nato. En lo más hondo de la cabeza de un esclavo anida la idea de escapar y yo, Bilal, me convertí en el caudillo de la huida. A nuestra espalda sentía el cálido aliento del Padre de la Llama y, ¿quién no hubiera sido un héroe, teniendo al demonio detrás?

Salimos de La Meca hacia Medina en pequeños grupos y a intervalos a lo largo de varias noches. Mahoma estaba en todas partes; nos inspeccionaba, nos daba ánimos, planificaba y establecía el momento de cada partida. Su mayor temor era la posibilidad de una gran matanza en el desierto. Bajo ningún pretexto deberíamos reunirnos sino que tendríamos que ir cada grupo por separado hasta que estuviéramos fuera del alcance de nuestros perseguidores. A mí me asignaron un grupo de seis hombres, dos mujeres y tres niños. El Profeta llevó en brazos a uno de los niños a lo largo del primer cuarto de legua y después se despidió de nosotros. Os aseguro que, si me hubiera tropezado con un león en el desierto, lo hubiera destrozado con mis manos, pues ahora era un caudillo de hombres.

La distancia entre Medina y La Meca es de unas setenta leguas. En verano se puede hacer el recorrido en nueve días o en once, si se llevan niños. A lo largo de miles de años, millones de personas han recorrido esa distancia y el viento ha cubierto de arena las huellas de cada uno de los viajeros. Excepto las nuestras. Nosotros éramos distintos. Nosotros transportábamos una responsabilidad para con Dios, no cargamentos de mercaderías. Mientras los relojes sigan marcando la hora en el mundo, nuestras huellas perdurarán intactas, pues estábamos en el Día Uno del Año Uno; nuestro viaje, llamado la Hégira, fue el principio de nuestro calendario. Las huellas de nuestros pasos marcaron el comienzo del tiempo.

Aunque corría el mes de junio y era la peor época del año para viajar, tengo que reconocer que no tuvimos muchas dificultades. Los vientos que tanto temíamos se mantuvieron apartados de nosotros. Nadie nos persiguió. Las

estrellas iluminaron nuestro camino. Al llegar el quinto día, vimos a unos tres o cuatro nómadas cabalgando en el horizonte, pero en cuestión de un minuto desaparecieron de nuestra vista. Uno de los niños levantó un avestruz y yo perseguí al animal para que nos sirviera de alimento, pero él me derribó al suelo. Y eso fue todo.

Tuvimos, como es natural, algún que otro pequeño percance. Nadie viaja por el desierto en verano sin sufrir la picadura de algún insecto. Todos los niños se pusieron enfermos en distintos momentos, pero todos ellos disfrutaron viajando sobre nuestras espaldas. A uno de los hombres se le infectó un pie. Lo había mantenido en secreto durante tres días y yo lo descubrí sólo en sus ojos, no en su forma de caminar. Al darse cuenta de que yo lo había descubierto, apuró el paso sin darme tiempo a decirle nada —el pobrecillo debía de caminar como sobre ascuas— hasta situarse muy por delante de todos los demás, convertido en una pequeña y solitaria figura. Tuvimos que correr tras él y suplicarle de mil maneras, antes de que accediera a nuestra petición, que nos permitiera por lo menos examinarle el pie. Caminó a la pata coja hasta Medina con una mano apoyada en mi hombro.

Así fue nuestra Hégira, nuestra huida de La Meca.

Bilal cuenta la fuga del Profeta

Sin embargo, en nuestra Hégira experimentamos un temor inesperado. Al llegar el sexto día, Hamza nos localizó. Había cabalgado por el desierto, alejando a los leones, recogiendo a los caídos, animando a los rezagados, protegiendo y guiando a todo el mundo hasta que, al final, nos comunicó la noticia que menos hubiéramos querido escuchar... el Profeta había decidido quedarse en La Meca hasta que todo el mundo hubiera salido.

Mahoma pretendía, como es natural, mantenernos apartados de nuestros enemigos. Mientras los Señores de La Meca tuvieran a la abeja reina en su poder, ¿por qué preocuparse por las obreras? Se dejó ver abiertamente entre sus enemigos, casi como si los invitara a matarle, mientras nosotros huíamos a lugar seguro. El suyo fue un heroísmo bajado del Cielo.

Pasaron varias semanas antes de que nos enteráramos de lo ocurrido, pero el orden de mi relato me exige que os lo cuente ahora.

Los Señores de La Meca habían urdido un ingenioso plan para asesinar a Mahoma, un plan que llevaba el sello de su astucia. Matarían al Profeta y se lavarían al mismo tiempo las manos en la jofaina de su sangre... perpetrando de este modo un crimen en el que suelen ser muy duchos los gobiernos del mundo.

Siete hombres pertenecientes a siete tribus alancearían con sus siete lanzas el cuerpo de Mahoma una sola vez cada uno. Puesto que cada una de las lanzas sería empuñada por un hombre de una tribu distinta, ninguna tribu podría ser acusada del asesinato y no se podría identificar al culpable de la muerte, según la costumbre. La sangre derramada siete veces no se puede vengar fácilmente. Vale más secarla con un trapo.

La solución de las siete lanzas era tan ingeniosa que yo incluso he oído decir que fue el mismo demonio quien la propuso, acudiendo a la reunión de los Señores disfrazado como uno de ellos, cosa de la cual yo le creo muy capaz, pues el demonio se complace en vestirse como los hombres e interpretar sus papeles. No es fácil clasificarle. O bien es demasiado serio o no lo es lo bastante, demasiado listo o demasiado torpe; gobierna en el Infierno, pero anda por la tierra con muy variados disfraces. Pese a todo, no tenemos más remedio que reconocer su astucia. El que cayó del Cielo era sin duda un buen actor.

Tanto si fue el demonio como si fue un mercader, ambos fallaron. Las lanzas se blandieron, pero ninguna de ellas acertó. Los siete hombres irrumpieron de noche en la habitación del Profeta, pensando que estaría durmiendo. Pero él se había enterado del peligro que lo acechaba y aquella noche había dejado en la cama a su primo Alí, el hombre más humilde que jamás he conocido. Alí les miró sonriendo y les demostró que la cama estaba vacía, aunque él se encontrara tendido en ella.

Mahoma se había fugado de La Meca, pero seguía corriendo peligro. Abu Sufyán ofreció una recompensa de cien camellos a quienquiera que lo devolviera a La Meca, vivo o muerto. Caballos y camellos se aprestaron a toda prisa mientras los hombres los ensillaban y montaban en medio de un gran ajeteo. Cien camellos eran una recompensa que bien merecía la molestia; por si fuera poco, los hombres podrían disfrutar de la emoción de la caza. En mi calidad de antiguo esclavo, estoy en condiciones de decirlos con cuánto placer y entusiasmo se suele entregar el hombre a la persecución de sus semejantes. Ninguna bestia, sea ésta salvaje o tímida, le produce tanta satisfacción como sus dos piernas, su carne y su sangre; y, sin embargo, como Nemrod, sólo se caza a sí mismo para acabar cayendo en el fuego.

Mahoma tuvo la prudencia de no huir a Medina a través del desierto. En cuanto los hombres de Abu Sufyán se hubieran lanzado al galope, el desierto hubiera significado la muerte para él. En su lugar, Dios le guió en dirección contraria, lejos de Medina, ocultándole en una gruta del monte Thaur, pues, tal como dice el Corán: «Dios es el mejor de los maquinadores». Le acompañaba Abu Bakr.

Sin embargo, cien camellos son un plato demasiado exquisito como para no probarlo. Por desgracia, La Meca tenía por aquel entonces un rastreador abisinio tan negro como yo, el cual era unánimemente considerado el mejor conocedor del desierto. Decían que era capaz de seguir la pista de las aves en el cielo aspirando el aire y que podía seguir unas huellas a través de la roca. Sus amigos aseguraban que podía ver el viento como los cerdos. Cuando todos los demás querían avanzar, aquel genio se empeñó en retroceder.

—Las huellas las hace Mahoma, no yo —se limitó a decir.

Su habilidad lo condujo a la entrada de la gruta de Thaur. Una vez allí, se encogió de hombros y se sentó en el suelo... él ya había cumplido su misión, del asesinato se tendrían que encargar los demás.

Umaya, Abu Jahl y sus hombres se encontraban en el exterior de la cueva.

—Estamos perdidos —dijo Abu Bakr—. Ellos son veinte y nosotros sólo somos dos.

—Te equivocas —le replicó el Profeta en un susurro—. Dios también está aquí. Tú, yo y Él... por consiguiente, somos tres.

Fue entonces cuando bajó una araña y empezó a tejer su tela en la boca de la cueva y fue entonces cuando dos palomas blancas con unas ramas en el pico empezaron a hacer su nido en la entrada. Mahoma y Abu Bakr estaban

agachados en la oscuridad de la cueva, pero ninguna de aquellas pequeñas criaturas de Dios y de la luz tenía motivos para temer nada.

Entonces Umayya, mi antiguo amo, subió por la pedregosa ladera con la espada desenvainada y, tal como siempre hacía, asustó a la naturaleza. Las palomas levantaron el vuelo y la araña se ocultó en una grieta. Pero sus obras lo azotaron en pleno rostro. Las pruebas estaban clarísimas. Ningún hombre hubiera podido entrar en la gruta sin romper la telaraña y los pájaros no anidan en presencia de intrusos. Umayya maldijo al rastreador, montó de nuevo en su caballo y se alejó. El rastreador también se fue por su camino y, según me han contado, jamás volvió a seguir el rastro de ningún otro hombre.

Es posible que fueran unos acontecimientos naturales; las arañas tejen y las palomas hacen nido. Pero aquel día la vida del Profeta de Dios estuvo pendiente del hilo de una araña y la religión descansó en dos palomas.

Permanecieron escondidos en la cueva en presencia de Dios durante tres días hasta que sus perseguidores se cansaron de la inutilidad de sus esfuerzos. Al llegar la cuarta noche, un beduino llamado Arkat, que era pagano y conocía los caminos y los espacios vacíos del desierto, les llevó dos camellos y una bolsa de comida. El Profeta, su compañero y el pagano bajaron de la montaña en la oscuridad y se dirigieron hacia el oeste, lejos todavía de Medina. Al cabo de dos días, cuando ya estaban a punto de avistar el Mar Rojo, describieron un amplio semicírculo hacia el norte, evitando todos los caminos conocidos. Aun así, un perseguidor los localizó, pero Dios provocó la caída de su caballo, el mejor corcel de Arabia. El hombre se convirtió en el acto al Islam... o eso cuenta la historia por lo menos.

Entre tanto, los demás seguíamos vigilando y esperando. Todas las mañanas nos adentrábamos un poco en el desierto, pero, a las pocas horas, el sol nos obligaba a regresar. Eran los días más calurosos del año en que nada se podía mover demasiado y en que el viajero tenía que hacer un alto en el camino y tenderse sobre un lienzo hasta que el sol hubiera pasado por encima de su cabeza. Nos pasamos una semana, ¡cómo la recuerdo!, hablando sólo en susurros.

Después, pasado el mediodía, se oyó de pronto un grito y todo el mundo echó a correr. Fue un judío, alabada sea siempre su buena vista, quien les vio primero... tres lejanas y pequeñas figuras, subiendo y bajando a lomos de sus camellos mientras se iban acercando muy despacio en medio del calor. Corrimos al desierto para salirles al encuentro, agitando ramas de palmera, tropezando, cayendo, riendo de alegría y proclamando nuestra victoria. El Mensajero de Dios había llegado a su ciudad.

Hay dos grandes viajes en la historia de la religión: la huida de los judíos de Egipto o Éxodo, y nuestra huida de La Meca o Hégira. Si existe un tercero, no se me ocurre en este momento. La Hégira libró al Islam de sus perseguidores.

El Profeta llegó a su ciudad el 28 de julio del año 622 de la era cristiana; o

del año 4382 del calendario judío. Pero nuestro calendario empieza con la Hégira, la cual tuvo lugar en el Año Uno.

Bilal cuenta cuál fue la decisión de la camella

A la sombra de la primera palmera que encontramos, sin tiempo tan siquiera para desmontar, el Profeta tuvo que tomar su primera decisión de estadista, pues, casi antes de haber entrado en su nueva ciudad, corrió el peligro de dividirla. De todas partes se alzaron voces ofreciéndole alojamiento, pero tales invitaciones no siempre estaban dictadas por la generosidad. Un huésped importante confiere importancia a su anfitrión y muchas veces un hombre es prisionero de la hospitalidad que recibe.

Salul, el hipócrita, fue el más insistente. Tomó las riendas de la camella, como si pensara que podría arrastrar al Profeta de Dios hacia su propia ambición.

—Tengo la mejor casa de Medina —le dijo—. Alójate conmigo. Tengo jardines y mis cuadras son las mejores.

Mahoma se sentía atrapado en el riesgo de la elección... complaciendo a un bando, se enemistaría con otro. Sin embargo, tal como a menudo he observado, los hombres más complicados son los que a veces dan con las mejores soluciones.

Vi un parpadeo en el ojo del Profeta mientras éste le daba a su camella Qaswa unas cariñosas palmadas en el cuello.

—No puedo elegir entre tantas bienvenidas —dijo—, pero Qaswa me ha sido tan fiel durante el viaje que quisiera dejarle la elección a ella.

Hubierais tenido que ver las miradas de asombro que aparecieron en todos los rostros menos en el de Qaswa, la cual siguió rumiando tranquilamente, sumida en su animal meditación. El Profeta levantó su vara de jinete en un gesto que acabó con una incertidumbre y dio lugar a otra.

—Me quedaré donde mi camella decida detenerse y allí construiré mi mezquita.

Acto seguido desmontó y le dio a su camella una palmada en la grupa. Todos seguimos al pesado, ligero, enigmático, desgarbado y gracioso animal hasta lo más hondo del oasis. No diré que estuviéramos pegados a su cola, pero sí nos volvíamos en la misma dirección que su cabeza. Entonces no lo sabíamos, pero la camella tenía bajo su giba no sólo nuestra morada sino también el

sepulcro del Profeta, el cual dejaba la decisión política más importante de su vida a una bestia de carga.

Qaswa recorrió un buen trecho antes de detenerse. Pero su detención fue sólo momentánea. Olisqueó un poco a su alrededor, se comió una hoja, rascó el suelo, retrocedió un paso y reanudó la marcha. Lanzamos un suspiro de alivio y la seguimos. Entonces oí por boca de Salul el primero de los múltiples elogios a medias que dedicaría al Profeta:

—Es más listo de lo que yo pensaba —dijo—. Una elección hecha por una camella no puede ofender a nadie.

Seguí a Qaswa... cuatro pasos de los míos por dos de los suyos. Todos los camellos, como todos los perros, tienen su día de gloria y yo estoy convencido de que se hablará de la camella de Mahoma y de su día de gloria hasta el fin de los tiempos. Cuando Bucéfalo, el caballo de batalla de Alejandro, e Incitatus, el caballo al que Calígula nombró senador de Roma, caigan en el olvido, todavía se recordará a Qaswa, la camella de Mahoma y la cabalgadura de la Hégira. Con su blanco pelaje, sus anchos ollares y su mirada de filósofa, era una camella perfecta. Pero todas las perfecciones tienen algún defecto y el de Qaswa era su oreja izquierda; se la habían mordido en el transcurso de una pelea entre camellos cuando era más joven. Por lo demás, era un animal sin tacha.

De pronto, la camella encontró el lugar, un pequeño campo delimitado por cinco árboles. Pero aún no había dado por terminado su espectáculo ni vaciado su caja de las sorpresas. Aún le quedaban más cosas por hacer. Se agachó, dobló las rodillas, se levantó, se volvió para olfatear la tierra, se sacudió las moscas de encima con un movimiento de la cola, miró al norte hacia Jerusalén y al sur hacia La Meca, emitió una especie de murmullo y se arrodilló de nuevo, esta vez soltando todo el peso de su cuerpo hasta quedar finalmente sentada. Después estiró el cuello y apoyó la barbilla en el suelo. Qaswa había tomado una decisión.

Mahoma se acercó a su camella sentada y anunció con voz potente:

—Aquí me vais a enterrar y aquí construiré mi mezquita.

Bilal cuenta cómo se construyó la mezquita

Los trabajos se iniciaron al rayar el alba. El propio Mahoma trazó la primera línea de la mezquita con la punta de una lanza, pasando entre las cinco esbeltas palmeras. Dichos árboles estaban tan bien separados que parecía que Dios los hubiera colocado allí deliberadamente para que fueran los pilares de nuestra mezquita y, de hecho, Dios había guiado a la camella hasta aquel lugar.

En cuanto se trazó la primera línea y se removió la tierra por vez primera, todos enloquecimos de entusiasmo. Cavamos con nuestros pies y dimos forma con nuestras manos. Hicimos los primeros ladrillos, acarreamos piedras, aserramos madera, mezclamos el mortero, nivelamos el terreno, arrancamos la maleza, cavamos zanjas, subimos por escalas, izamos cestos, atamos y golpeamos con el martillo en medio de una indescriptible alegría. Lo hacíamos todo con tal ligereza que quienes nos vieron comentaron que estábamos danzando.

Mahoma transportó ladrillos y subió por las escalas de mano con los mejores. A pesar de que acababa de terminar un terrible viaje que hubiera obligado a muchos hombres a guardar cama durante una semana, se negó tan siquiera a sentarse. Dondequiera que fuera, lo seguían catervas de niños ansiosos de colaborar, pero que, en realidad, obstaculizaban nuestra tarea. Una vez quise librarle de aquella plaga y entonces él me gastó una broma.

—Echadle una mano al pobre Bilal —les dijo a los niños.

Tuve que encaramarme a un árbol para huir de aquel enjambre mientras él se reía y se enjugaba el sudor del rostro. Después, levantó en brazos a uno de los más pequeños y depositó en sus manitas medio ladrillo, lo acompañó hasta un muro en construcción y lo ayudó a colocar el ladrillo.

—Ahora ya podrás decir que me ayudaste a construir la mezquita —le dijo, mirándole con una ancha sonrisa en los labios antes de permitirle regresar con paso vacilante junto a su madre.

Nadie conseguía hacerle descansar, ni siquiera Hamza, el cual recibió un golpe del manto del Profeta que le llenó el rostro de polvo cuando le suplicó por el amor de Dios que se sentara. Por consiguiente, dimos la batalla por perdida y dedicamos unas coplas al incidente.

*Si nos hubiéramos sentado
mientras el Profeta trabajaba,
Dios hubiera dicho
que éramos unos holgazanes.*

Estoy seguro de que el Profeta tenía sus buenas razones para trabajar con tanto denuedo, pues siempre aprovechaba para darnos alguna enseñanza.

—El trabajo es una oración —decía—. Dios ama la mano del trabajador.

Nos prohibía cargar en exceso a los animales, montar dos en un asno o sobrestimar la fuerza del camello. Tenía un ojo muy sensible a la crueldad y ay de aquél que hubiera causado un daño deliberado a un animal. Hubiera incurrido de inmediato en la reprobación de un profeta.

Así se construyó la mezquita.

Bilal hace su primera llamada

No cabe duda de que había otros edificios más hermosos, pues ninguno de nosotros era arquitecto y yo no puedo decir que alguna vez haya estado bajo la cúpula de la basílica de la Santa Sabiduría de Bizancio, pero hicimos lo que pudimos: una casa al alcance de nuestros medios. Mientras descansábamos en el suelo una vez finalizado nuestro esfuerzo y una suave luz moteada se filtraba a través de la techumbre de paja, Hamza dedicó unas palabras de elogio a nuestra obra.

—Es como la cuna de Moisés —dijo.

La comparación agradó mucho al Profeta.

En realidad, era un lugar muy fresco cuya verde sombra descansaba el espíritu y alegraba la vista.

Sin embargo, la mezquita aún estaba incompleta.

Fue Alí, si no recuerdo mal, quien nos dijo que le faltaba un detalle.

—Nos falta una cosa —dijo—... algo aquí arriba —añadió, señalando la techumbre—, alguna señal... algo para convocar a la gente.

—Podríamos colocar una bandera —sugirió Amar.

Todos empezamos a ir de un lado para otro y a subir y bajar, buscando la mejor manera de llamar a los fieles a la oración. El Profeta permaneció cruzado de brazos mientras nosotros discutíamos, sin entrar ni salir del debate.

—¿Por qué no utilizar una campana?

—Eso ya lo tienen los cristianos.

—¿Y un tambor?

—Un tambor está demasiado manchado de sangre.

—¿Un cuerno como el de los judíos? Suena muy fuerte.

—Un cuerno conserva muchos restos del animal.

—¿Y una trompeta?

De repente, nos callamos. ¿Una bandera, una campana, un tambor, el cuerno de un carnero, una trompeta? Nadie estaba satisfecho. Una campana irrita demasiado el oído, una trompeta le hace estallar a uno la cabeza, un tambor acelera los latidos del corazón y una bandera ondea siempre en dirección contraria... y jamás podría despertar a un dormilón.

Entonces vi a Abdulá ben Said, uno de los Compañeros, acercándose tímidamente pasito a pasito como si temiera agitar el aire... él, que un minuto más tarde iba a conmocionar al mundo. Comprendí inmediatamente que tenía algo que decir y le cedí mi puesto a escasa distancia de Mahoma.

—He tenido un sueño, Mensajero de Dios —dijo—, y en ese sueño yo oía una voz humana, convocándonos a la oración... —añadió en un susurro, como si pensara que nadie le estaba escuchando—. Una voz humana normal y corriente.

Miré rápidamente a Mahoma y vi lágrimas en sus ojos. Después le vi inclinarse hacia Abdulá.

—Así será. Tu sueño ha sido una inspiración de Dios. Será tal como tú has dicho... una voz humana.

La suavidad de su tono me hizo comprender que aquella iba a ser su última palabra al respecto.

Todo estaba decidido. Pero, ¿qué voz, la de quién y qué iba a decir? ¿Una voz suave, una voz dulce, una voz sonora? En mi mente se agolpaban toda suerte de voces... la de un niño, la de una mujer, la de un anciano, la de un soldado, la de un cantor, un estudioso... de pronto, sentí y vi la mano del Profeta sobre mi hombro.

—Tu voz, Bilal.

Al principio, no comprendí lo que había dicho. En cuanto percibí el peso de su mano sobre mi hombro, me levanté de un salto sin saber por qué. Mi viejo instinto de esclavo, que cuesta mucho de perder, me había enseñado a moverme antes incluso de haber comprendido. Al ver todos los rostros de los presentes en la mezquita vueltos hacia mi persona, lo comprendí. Pero yo, que iba a convertirme en la voz del Islam, no tuve nada que decir.

Said alargó el brazo, apoyó su mano en la mía y dijo algo que todavía me hace estremecer de orgullo.

—Ojalá yo tuviera semejante don para entregárselo al Islam.

Perdonadme que os repita un cumplido dirigido a mi persona. Lo digo tan sólo porque me lo hizo Said que se entregó en cuerpo y alma al Islam y al que yo amaba con todo mi corazón.

Después Mahoma se levantó y me miró a los ojos como sólo él podía mirar a un hombre.

—Tú tienes la mejor voz, Bilal. Utilízala.

—¿Y qué voy a decir, Mensajero de Dios?

—Alaba a Dios, sé testigo de su Mensajero, exhorta a la oración, alaba a Dios. Eso es todo. No hace falta nada más.

Cuando a un hombre se le ofrece la corona de su vida, éste no siempre está dispuesto a aceptarla. El propio Mahoma, cuando recibió la primera inspiración, se ocultó bajo unas mantas. No es que quiera compararme con él, pero yo también sentí deseos de esconderme. Pero allí no había ninguna manta y tampoco había ningún lugar donde ocultarme ni la menor posibilidad de

escapar.

— Ahora sube y llámalos desde allí arriba — dijo el Profeta.

Contemplé el lugar al que me enviaba, una techumbre de barro cerca de la mezquita. Todos vosotros habéis visto vuestros alminares... con sus hermosos peldaños, sus seguros balcones y su impresionante altura. Un almuédano puede subir sin cansarse y el primer destello del horizonte le puede indicar el momento de la alborada sin necesidad de distinguir un hilo blanco de un hilo negro. En cambio, cuando yo subí para hacer la primera llamada, tuve que arreglármelas como pude, ayudándome con las manos, el vientre, las rodillas y los pies. Y, al llegar arriba, aún estaba por debajo de las palmeras. Pero lo peor fue no tener nada en la cabeza una vez allí. No podía copiar a nadie y carecía de palabras que olvidar o recordar.

Vi los rostros de abajo levantados hacia mí.

Dios sabe que yo, Bilal, el primer almuédano, os puedo contar cómo elevan el ánimo los rostros que te miran desde abajo. Las subidas me causaban vértigo muchas veces, pero los rostros jamás me hubieran permitido caer.

La primera vez, sin saber qué decir, yo también les miré a ellos. Mahoma se encontraba cerca del primer pilar, al lado de Abu Bakr y Omar, el cual era tan alto que casi llegaba hasta la mitad del tronco de la palmera. El Profeta levantó las manos hacia mí para darme ánimos e invitarme a empezar.

«Alaba a Dios, sé testigo de su Mensajero, exhorta a la oración, alaba a Dios», me había dicho. Ése tendría que ser el orden.

Aparté el rostro y me puse a pensar. Después eché la cabeza hacia atrás y dejé oír la potencia de mi voz.

Dios es grande. Dios es el más grande.

Soy testigo de que no hay más Dios que Dios.

Soy testigo de que Mahoma es el Mensajero de Dios.

Venid a la oración.

Venid a la oración.

Venid a la buena obra.

Dios es el más grande. Dios es el más grande.

Y ahora cinco veces cada día en todo el Islam resuenan estas palabras. Y, sin embargo, yo, que fui el primero en pronunciarlas, no sé dónde las encontré. El Profeta me había indicado el orden, por supuesto, y, cuando conoces la estructura, ya tienes más de la mitad del trabajo hecho. Pero tienes que pensar. ¿Acaso, cuando levantó las manos hacia mí, el Profeta me dio las palabras? Nunca podré creer que se me ocurrieran a mí. Creo que las palabras me fueron inspiradas.

Allahu Akbar. Dios es grande.

Cuando bajé, Mahoma me hizo sentar a su lado. El pueblo se congregó a nuestro alrededor; unos niños se acercaron y se alejaron entre risas. Menuda

pareja, el Profeta de Dios sentado con el hijo de una esclava. Mahoma se pasó un buen rato sin decir nada y ahora confieso que yo también estaba perdido en mi propio misterio. Después, el Profeta tuvo que dirigir las oraciones. Se levantó y me estrechó en sus brazos.

—Bilal, tú has completado mi mezquita —se limitó a decirme.

Entonces, en compañía de todos aquellos que habían acudido a la mezquita en respuesta a mi llamada, me postré delante de Dios. Yo, Bilal, había cumplido la misión de mi vida.

Bilal
Segunda parte

Primera página de la historia

La primera acción de Mahoma en Medina fue cumplir su promesa de sanar las heridas de las tribus enfrentadas entre sí.

Negoció un tratado que, a la luz de la tradición árabe, era revolucionario, pues sustituía la lealtad a la tribu y a la familia por la lealtad a la comunidad religiosa. «Cada musulmán es hermano de todos los demás musulmanes. Entre los musulmanes no hay tribus ni razas.»

Esta abolición del poder tribal fue casi un cambio de naturaleza para el árabe.

Utilizando la persuasión y la fuerza moral en lugar de los decretos, Mahoma decidió emprender la tarea de convertir Medina en una ciudad perfecta. La revelación del Corán aún no había terminado y huelga decir que sus disposiciones legales eran absolutas, por lo que las «condenas impuestas por Dios» se tenían que cumplir a rajatabla. No se podían modificar ni reducir a voluntad.

Por otra parte, las leyes humanas menores —el edificio de la Ciudad Perfecta— se aplicaban con prudencia. Cubrían todos los ámbitos de la vida cotidiana, desde las transacciones mercantiles hasta el gobierno de la vida hogareña, y Mahoma las usaba más para enseñar que para castigar, para reformar más que para vengar.

Su traducción de buena parte del mensaje espiritual del Corán a la realidad social constituye una buena muestra de su gran capacidad como legislador. Puso de manifiesto una conciencia humana sorprendente en su época, el siglo VII. Muchas de sus ideas sociales no se llevaron institucionalmente a la práctica en las civilizaciones occidentales hasta los siglos XIX y XX.

El mayor temor de Mahoma, que él incluyó en su temor de Dios, era la comisión de cualquier injusticia contra el hombre, la mujer o los seres vivos.

Bilal habla de Mahoma, el legislador

En Medina, Mahoma se convirtió en el más afortunado de los profetas porque pudo llevar a la práctica lo que predicaba. Pero su posición era también muy vulnerable, pues los hombres que escuchaban sus sermones podían juzgar ahora su actuación.

Mahoma no era como Moisés, un hombre que, iluminado por unos destellos de relámpago, existía en la mente del pueblo, se podía ver con toda claridad un instante y después se volvía a ocultar. A este profeta se le podía ver cara a cara y saludar por las calles de Medina a cualquier hora del día. Tampoco se le recordaba como a Jesús. Mil testigos me desearían la muerte si yo intentara limitar a Mahoma a los recuerdos de cuatro hombres, aunque fueran los benditos recuerdos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Mahoma vivía a la luz del día y era un hombre de cuerpo entero. Lo sé porque, tal como ya he dicho, cada mañana cuando me dirigía a hacer la primera llamada, yo llamaba a su puerta para despertarle. A menudo salía todavía medio dormido, frotándose los ojos y buscando con los pies las sandalias en medio de la penumbra del amanecer. Y no las encontraba por una inspiración sino tan sólo con sus pies descalzos. Tampoco se levantaba como un señor, esperando que todo el mundo se hubiera levantado antes que él. Se dejaba guiar por el amor. Escuchaba y aconsejaba en lugar de decretar y gobernar. Como era un hombre muy tímido, raras veces hablaba él primero y, cuando lo hacía, cuidaba de mostrarse siempre afable y considerado. A menudo, escuchaba las discusiones de los demás, inclinándose hacia adelante como si fuera un muchacho ansioso de aprender. Nunca manifestaba su desacuerdo con grosería y, aunque muchas veces fuera lacónico en sus respuestas, ello se debía a que sus pensamientos corrían más que las palabras. Su libro de consulta era el corazón humano que él prefería mil veces a las bibliotecas que algunos hombres llevan en la cabeza.

A pesar de haber recibido la palabra del Cielo, negaba su infalibilidad y su opinión no era para él ni más alta ni más baja que la del más humilde de sus oyentes. Pero nosotros sabíamos muy bien que eso no era verdad hasta el punto de que todo lo que él decía lo convertíamos en nuestra ley, sabiendo que era lo

más lógico y puro que pudiera haber en este mundo.

Las muestras excesivas de respeto lo hacían sentirse incómodo y lo inducían a guardar silencio, por cuyo motivo los más allegados habíamos aprendido a disimular la reverencia que nos inspiraba, haciéndole las preguntas con familiaridad e incluso con humor. Yo le había visto sufrir muy a menudo a causa de las alabanzas.

—No soy más que un hombre... no soy más que un hombre... —les decía en un susurro a los bienintencionados que creían agradarle, felicitándole por el Cielo que sin duda ya se había ganado en la tierra—... y no sé lo que Dios me tiene reservado.

Aunque era el más encumbrado de entre todos nosotros, era también, en cuanto a posesiones terrenales, uno de los más bajos. No era un fanático y no ayunaba por gusto. Si muchas noches se iba a la cama con hambre, era sólo por razones del vientre... porque le había dado su comida a alguien que, a lo mejor, estaba más hambriento que él.

Las que ahora constituyen nuestras leyes se las habíamos visto practicar a menudo con el ejemplo de su vida. Cuando veíamos la bondad de sus acciones, las convertíamos en nuestra doctrina. Recordábamos casi todo lo que él había dicho. Pocas cosas nos pasaban inadvertidas y recogíamos todo lo que brotaba de sus labios. Ahora muchos hombres se pasan los días y las noches repitiendo sus sentencias, pero yo temo los bordados y los adornos. Tengo mi propio método para establecer la veracidad de las sentencias. A no ser que yo mismo las haya oído directamente de sus labios, las juzgo por su vulgaridad, por muy brillantes o sorprendentes que puedan parecer, pues Mahoma jamás expresó otra cosa que no fuera el sentido común del Islam.

Segunda página de la historia

Aunque fueran ricos en la fe, los musulmanes eran muy pobres cuando llegaron a Medina y muy pronto se convirtieron en una carga económica para la ciudad. Sus propiedades de La Meca habían sido confiscadas y utilizadas para enriquecer la gran caravana de Siria. Aquella caravana, transportando a lomos de sus camellos las ganancias de las propiedades robadas, pasó a tan sólo unas veinte leguas al oeste de Medina. Después de muchas vacilaciones, Mahoma decidió apoderarse de la caravana. La revelación coránica le concedió «permiso» para librar una guerra en defensa propia.

En enero del año 624, segundo de la Hégira, Mahoma reunió un pequeño ejército integrado por trescientos hombres. Pero los mequíes se enteraron de sus propósitos. La caravana escapó y, al llegar a los pozos de Badr, Mahoma se encontró con unas abrumadoras fuerzas de mil hombres armados y bien pertrechados.

Los musulmanes ganaron la batalla de Badr en contra de todos los pronósticos y aquella oscura escaramuza en el desierto se convirtió en una de las batallas más decisivas de la historia. Si hubieran perdido, la minúscula nación del Islam hubiera sido borrada de la faz de la tierra.

Bilal cuenta sus batallas

La carga más pesada que yo jamás tuve que soportar fue mi espada. Matar no se me daba muy bien y, por mucho que lo intentara, nunca pude conseguir que mi espada fuera mi astucia. Nunca supe medir a un hombre ni golpear o arremeter contra alguien con todas mis fuerzas. Tanto Hamza como Alí intentaron enseñarme por todos los medios y, de hecho, la víspera de nuestra partida hacia Badr, Alí se pasó toda la mañana enseñándome todos los golpes y los pasos detrás de la mezquita. Aprendí fácilmente el juego de los pies — incluso Hamza me felicitó por mi flexibilidad y Alí comentó que tenía un buen «cimbreo»—, pero mis brazos no respondían a mis piernas. No es que ello importara demasiado, pues la fe nos empujaba a seguir adelante y casi siempre nuestros enemigos se batían en retirada. A veces pienso que ganamos aquellas primeras batallas con los ojos.

Bien se puede decir que Bilal estuvo en Badr. Si hubiera muerto antes de llegar allí, también hubiera estado presente, pues el Profeta decidió que el grito de batalla del ejército fueran las palabras que yo pronuncié durante mi tortura, «Un Único Dios».

Él sabía que la sangre no era mi fuerte y por eso me encomendó otras tareas y responsabilidades, entre ellas, el avituallamiento de su ejército. Si tenéis en cuenta nuestro número, apenas trescientos hombres, un simple puñado en comparación con las campañas de la historia, puede que mi labor os parezca muy ligera. Pero por aquel entonces éramos tan pobres que, para dar de comer a trescientos hombres, hacía falta un milagro de Dios. Sin embargo, yo lo conseguí sin milagros, buscando afanosamente por toda la ciudad de Medina, implorando, pidiendo prestado, amenazando. Confieso que era tan rápido en descubrir un poco de maíz como una gallina, pero las historias según las cuales yo era capaz de seguir una fila de hormigas para robarles las provisiones son una exageración. Sin embargo, sí imitaba en mi conducta a las hormigas... cuando apenas tienes nada, vale la pena recoger todas las migajas.

Al final, la mejor prueba fue el resultado. En Badr no cayó ningún musulmán por tener el vientre vacío. No obstante, yo sé que no fueron mis pobres esfuerzos los que se los llenaron... aquel día la sopa se la dio el Cielo.

Antes de emprender la marcha, Dios se nos reveló en términos inequívocos. No nos soltó sin orden ni concierto. Combatimos sólo con autorización y sólo en defensa propia y de una forma muy limitada.

*Combatid, tal como quiere Dios
Contra los que combaten contra vosotros...
Contra los que os expulsaron de vuestros hogares,
Combatid.
Pero no declaréis ninguna guerra,
Pues Dios no ama a los que hacen la guerra.
Y, si vuestro enemigo cesa en su agresión,
deberéis dejar de combatir.*

Una vez en el campo de batalla, el Profeta demostró ser tan buen general como si jamás hubiera rehuido la guerra. Él mismo nos dio nuestra disciplina y nuestro reglamento. Constituíamos una novedad en la batalla del desierto, la cual siempre se había combatido en formaciones sueltas y en pequeñas, aisladas y encarnizadas escaramuzas. Mahoma, en cambio, nos mantuvo a todos unidos. Convirtió a cada hombre en parte de una fortaleza de tal manera que uno reforzara al otro y que cuatro hombres se convirtieran en cinco y una espada, un escudo, una flecha, una jabalina y una lanza funcionaran como elementos articulados. Sí, Mahoma era un gran general. Hemos utilizado su orden de batalla en todas nuestras contiendas y sólo nos han ido mal las cosas cuando lo hemos cambiado.

Mahoma se retiró muy pronto a su tienda para rezar y ya no volvió a presenciar los combates, pero, antes de retirarse, nos hizo una promesa. Nada menos que la recompensa de la muerte. «Hoy el Paraíso se encuentra bajo la sombra de las espadas...» dijo «... y el que hoy muera será conducido al Cielo por los ángeles.» Pero la promesa tenía una condición. Las heridas de la muerte tenían que estar en la parte anterior del cuerpo, no en la posterior... excepto en el caso de que se hubieran recibido valerosamente en medio de una refriega o en la táctica de la retirada; entonces una herida en la espalda sería tan válida como una herida en la cara.

Os cuento todo eso para que comprendáis exactamente con cuánta minuciosidad se nos dirigía. Combatíamos en nombre de unos principios, no por avidez, a pesar de lo difícil que es evitar la avidez en el campo de batalla, pues la sangre sube a la cabeza del combatiente mucho antes de que se derrame al suelo y el que se precipita a lanzarse hacia adelante, tiene que chapotear después hacia atrás. Todo depende del lugar donde esté la sangre. Mahoma trató de reducir los males de la guerra, dictando normas y disposiciones y tratando de sustituir su descarnada inhumanidad con acuerdos más humanos. Pero no pudo impedirla, pues, como Josué, el hijo de Num, se vio obligado a aceptarla.

Una vez más, me eligió a mí; una vez más, yo iba a ser su portavoz. Fue una noche de enero en que soplaban un frío viento desde Persia. En todo el tiempo que llevábamos juntos, jamás le había visto tan taciturno y ensimismado. Tuve que inclinar la cabeza para poder oírle. Después su voz se perdió en el silencio y entonces recuerdo que sólo oí los ladridos de dos perros en la distancia.

Al día siguiente, me situé de espaldas a los árboles de Medina y de cara al desierto hacia el cual estábamos a punto de marchar. Vi en el cielo una pequeña nube algodonosa y yo creo que, si dentro de ella había alguna criatura, ésta debió de oír mi voz, pues yo estaba enormemente orgulloso de lo que dije:

Éstas son las Reglas de la Guerra:

No podéis lastimar a ninguna mujer ni a ningún niño.

No podéis causar ningún daño al hombre que esté trabajando en el campo.

No podéis causar ningún daño a los ancianos ni aprovecharos de los lisiados.

No podéis arrancar los frutos de los árboles.

No podéis tomar un sorbo de agua sin permiso ni comer ningún alimento sin pagarlo.

No podéis atar a un prisionero ni obligarlo a ir a pie mientras vosotros vais montados.

Tenéis que tratar amablemente al enemigo que se rinda a vosotros.

Debéis guardaros de causar daño a los niños.

Dos veces me dijo que hiciera la advertencia sobre los niños.

Salimos de Medina trescientos catorce hombres con setenta camellos y sólo dos caballos. Contra nosotros desde La Meca marchaban unas fuerzas de mil hombres con setecientos cincuenta camellos y cien caballos. Nos cubrimos el cuerpo con cortezas de árbol a modo de armadura mientras ellos se encerraban en moldes de hierro y se elevaban por encima de nosotros como torres a caballo.

Pero ganamos nosotros.

Ahora debo defenderme de la acusación según la cual yo maté a sangre fría a un prisionero. Sangre fría sí tuve, pues la sangre se me helaba en las venas tanto en invierno como en verano siempre que veía a aquel hombre. Era Umayya, mi antiguo amo, el cual me había azotado una vez hasta casi matarme.

Ya era muy entrado el anochecer cuando nos alzamos con el triunfo y abrimos nuestras filas para iniciar la persecución. Condujeron a los prisioneros, pero entre Bilal y Umayya no podía haber cuartel de la misma forma que no lo había habido doce años atrás entre Umayya y Bilal. Por un instante, sólo recordé la cegadora luz del sol y, aunque tenía la sangre fría, la cólera me quemó por dentro.

Él iba a caballo y yo a pie, él protegido por una armadura y yo a cuerpo

descubierto, pero yo tenía la ventaja de la sorpresa. Umayya no me esperaba cuando me abrí paso entre la muchedumbre que lo rodeaba. Reconozco que él estaba en trance de rendirse y que, si no hubiera perdido la cabeza, hubiera podido conservar la vida. Le hubiera bastado con soltar la espada, pues, en el peor de los casos, mis amigos me hubieran sujetado. Pero tal vez no podía. Quizá le era imposible rendirse ante su antiguo esclavo. En caso de que así fuera, él mismo contribuyó a su propia muerte y, como un necio, derramó su sangre por culpa de su orgullo.

Me echó encima su caballo y me volvió a llamar esclavo. Me hubiera podido burlar de él, pero no lo hice. Le tomé en serio por última vez.

Tal como ya os he dicho, yo carecía de habilidad para medir a un hombre, pero aquella vez conseguí hacerlo y el pie, el muslo, el brazo y el ojo soltaron juntos una maldición. Mientras él levantaba el brazo para descargarme un golpe, dejó al descubierto una raja de su armadura de unos tres centímetros a través de la cual se veía una franja de su vientre no más ancha que la luna nueva cuando sólo tiene dos días. Mi golpe lo derribó al suelo. Sentí su espada, pasándome por encima de la cabeza con un distante sonido de ave migratoria.

Tuve que retroceder para evitar que su cuerpo me golpeará al caer. Os juro que, por un instante quise ayudarlo a levantarse como si todavía tuviera la obligación de cuidar de él; sólo cuando se dio la vuelta y vi de nuevo su rostro, me percaté de lo que había hecho.

Y me llené de inquietud, pues, recordando la dureza del castigo, todo esclavo teme —por sentimiento innato o adquirido a través de la leche de su madre o del primer rancho de esclavo que comió— devolver el golpe a su amo. Pero ahora, de pie junto a aquel amo y con la espada chorreando sangre suya, sentí que la rata del instinto me iba devorando las entrañas.

Muchas noches he permanecido despierto, recordando aquel terrible minuto y haciéndome preguntas en la oscuridad. ¿Quise yo, Bilal, tomarme la venganza que Dios me negaba? ¿Tenía motivos para hacerlo? ¿Me estaba permitido vengarme? ¿Era él un prisionero o todavía un combatiente? ¿Me había atacado en defensa propia o yo le había matado en la mía? ¿Era culpable de mi furia o inocente de la suya? ¿Qué guardaba mi espada aquel día, su futuro o el mío?

Los amigos que se habían congregado en torno a mí y al cuerpo sin vida de Umayya me felicitaron, pero yo sé que no hubo testigos de nuestro final. Yo y Umayya estábamos solos.

Tercera página de la historia

En enero del año 625, tercero de la Hégira, un nuevo ejército mequí al mando de Abu Sufyán se presentó ante las puertas de Medina. Una vez más, el ejército de Mahoma se encontraba en inferioridad numérica: tres a uno en hombres y nada menos que cincuenta a uno en caballos.

Pero él decidió una vez más presentar batalla, confiando en la fuerza de su causa y en la ayuda de los ángeles. Trabó combate con el enemigo al pie del Uhud, una pequeña y rocosa montaña situada a cosa de una legua de la ciudad.

La batalla de Uhud siguió el mismo camino que la de Badr, con la confusión y la victoria sobre los enemigos... en el último momento. Pero esta vez Mahoma ganó demasiado pronto y de forma incompleta. Mientras los alborozados hombres recogían el botín de la victoria, una poderosa fuerza de caballería oculta detrás de una colina se les echó encima a su espalda. Los musulmanes se dispersaron y Mahoma estuvo a punto de perder la vida... e incluso los creyentes lo dieron por muerto. El valiente Hamza murió en la batalla.

Sin embargo, los mequíes, que luchaban por el honor de la batalla más que para ganar una guerra, no supieron aprovechar su ventaja. Hubieran podido tomar Medina sin que nadie les opusiera resistencia; en su lugar, regresaron a casa, entonando cantos de victoria.

Bilal cuenta lo que aconteció el día de Uhud

En Uhud aprendimos que la guerra es una contradicción y un columpio que sube hacia atrás y baja hacia adelante. Una batalla no decide quién tiene razón sino tan sólo quién permanece en pie. La espada es analfabeta y jamás ha escrito todavía una sola página de la religión. Lo que importa en la guerra es lo que ocurre antes y después, antes de la salva y después del derramamiento de sangre.

En Uhud ellos permanecieron en pie y nosotros —sorprendidos, consternados y amansados— nos dispersamos en todas direcciones para salvar el pellejo. Ellos habían ganado. Pero, ¿qué hicieron en medio de la alegría de la victoria? En aquel campo de piedras y abrojos que era indiscutiblemente suyo plantaron las semillas de su Infierno, pues desnudaron y mutilaron a los muertos. Se ensañaron con nada, con las orejas, las narices y los órganos de los muertos. En el calor de la victoria, ellos fueron los primeros gusanos.

Pero, ¿por qué, por qué mutilar a los muertos? ¿Por qué profanar el cuerpo? ¿Por qué lo hicieron? He oído contar del griego Aquiles que profanó el cadáver de su enemigo, arrastrándolo por el polvo detrás de su carro en Troya. No veo el motivo. A lo mejor, creen que con ello convierten a los muertos en los espantapájaros del futuro. A lo mejor, abrigan —como yo— el temor de que, después de la batalla, los muertos se conviertan en los jueces definitivos de la jornada. Si así fuera, los débiles devorarían a los fuertes. A lo mejor, temen —como yo— que, después de cualquier batalla, la sonrisa de la muerte sea, de hecho, la verdadera vencedora. No lo sé.

Os prometí una contradicción y la vais a tener. Nosotros, que teníamos en nuestro poder el cielo de Uhud, corrimos despavoridos por la tierra. No fueron los hombres de dos ciudades, los fieles y los paganos, quienes combatieron en Uhud sino que la contienda fue entre Dios y nosotros. En el versículo 160 de la sura tercera, Dios reveló a su Mensajero que nos había derrotado en Uhud para obligarnos a superar una prueba.

*Lo que sufristeis el día
en que los dos ejércitos se encontraron*

*fue ordenado por Dios.
Él puso a prueba aquel día
la fuerza de vuestra creencia
y os probó en vuestra fe.*

En Badr nos enardeció y en Uhud nos humilló. Rompimos filas demasiado pronto, echando a correr cuando el Profeta nos llamaba, en la certeza de que el Cielo nos seguiría ayudando a pesar de nuestra desobediencia. Pero, de la misma manera que a los niños hay que darles a veces una buena lección, así nos la dieron a nosotros.

El precio fue muy elevado.

El día de Uhud cayó Hamza. Un experto lanzador de jabalina, etíope como yo, fue sobornado por Hind, la cual le ofreció no sólo su libertad sino también su peso en plata y su estatura en seda, a cambio de que lanzara certeramente su jabalina. Se llamaba Wahshi y se pasó todo aquel día serpenteando entre los combatientes sin tomar partido por ninguno de los dos bandos, pues él sólo buscaba a Hamza.

Hamza estaba avanzando por un camino que él mismo se había abierto cuando su asesino surgió súbitamente de entre los muertos que había a su espalda. Efectuó un solo lanzamiento y abandonó el campo de batalla.

En lo más hondo de mi corazón me compadezco de Wahshi, pues a un esclavo le cuesta mucho rechazar el soborno de su libertad. Sin embargo, nunca lució la seda ni gastó la plata sino que se fue con su libertad al desierto para esconderse incluso de su propio nombre. Años más tarde fue a ver al Profeta, el cual lo perdonó y le tomó la mano. Pero después le pidió que se alejara, pues su presencia lo entristecía.

El día de Uhud la belleza de Hind se manchó de sangre. Ésta abrió el costado de Hamza, le extrajo el hígado, se lo puso entre los dientes y lo masticó, mutilando con ello su propia hermosura para siempre. Quizá tiene razón el poeta al decir que las mujeres son demasiado crueles como para que se les permita combatir en el campo de batalla.

El día de Uhud el Profeta de Dios se libró de la muerte gracias a un golpe fallido. Cayó al suelo, herido por una piedra. Ben Kamia, la mejor espada de La Meca, se encontraba de pie junto a él. No le hubiera costado el menor esfuerzo matarle, pero, de repente, a Ben Kamia le subió la sangre a la cabeza y él, que era un hombre tranquilo y sin emociones, se dejó arrastrar por el odio. Levantó demasiado la espada y la descargó demasiado pronto. A pesar de la precisión por la que era famoso, en aquel momento no hubiera sido capaz tan siquiera de hacer pasar unas cabras por una puerta.

Yo lo vi todo con absoluta claridad y tan despacio como si aquel instante hubiera sido una hora. Me abalancé con todas mis fuerzas contra Ben Kamia, casi deslizándome con la espada sobre la tierra. Creo que le alcancé en el pie, pero nunca lo he sabido con certeza. Después doce de nosotros rodeamos al

Profeta con las espadas en alto como las púas de un puerco espín.

Cuando todo terminó y Abu Sufyán ya estaba lejos, el Profeta rezó por cada uno de los muertos en particular. Al caer la noche, aún estaba allí con su linterna, caminando lentamente entre los cadáveres.

Fue la noche de Uhud.

Cuarta página de la historia

A pesar de la derrota de Uhud, el poder de Mahoma siguió aumentando y Abu Sufyán comprendió el error que había cometido al no tomar Medina. Después de dos años de incursiones, emboscadas y escaramuzas, decidió declarar una guerra en toda regla. Esta vez no habría vacilaciones, combatiría hasta acabar con el último musulmán. En febrero del año 627 se desplazó al norte con un ejército aparentemente invencible, integrado por diez mil hombres a caballo.

A pesar de su confianza en el auxilio del Cielo, los musulmanes no se atrevieron a salir, pero Mahoma puso de nuevo de manifiesto su originalidad y sus dotes de estratega. Siguiendo los consejos de Salmán, un liberto persa, cavó alrededor de la ciudad un foso lo bastante ancho como para que los caballos no pudieran saltar. Esta sencilla fortificación era todavía tan insólita en la guerra árabe que los mequíes no supieron cómo superarla.

Al cabo de veinte días de estancamiento y de combates aislados, una repentina tormenta arrancó las tiendas del enemigo y aterrorizó a sus caballos. Abu Sufyán levantó el asedio y regresó a casa sin haber conseguido nada. En aquel vendaval que había dispersado a sus enemigos, los musulmanes no tuvieron la menor dificultad en ver la mano de Dios.

Mahoma vio ahora su oportunidad de alcanzar la paz y la impuso, echando mano de su extraordinaria fuerza moral. Condujo a sus seguidores, desarmados y sin un solo arco ni una flecha, en peregrinación a *La Meca*. En Hudaibiya la caballería de Abu Sufyán les cerró el paso, pero Mahoma mostró sus manos vacías y sus vestiduras de peregrino.

Bajo un espino se concertó la llamada «Tregua de Hudaibiya». En la primitiva jerarquía musulmana, el hecho de haber estado presente bajo el árbol de Hudaibiya constituía el máximo honor y presuponía fe, valentía, compromiso y una auténtica manifestación del Islam, es decir, de la entrega a Dios.

El principal término de la tregua era un período de paz de diez años de duración.

Bilal responde a una mentira

Les he oído decir a algunos zopencos, aquí en Damasco, que el Islam se extendió con la espada. Qué necios son. Creen que la religión es una siega y no lo es. La religión es más bien una siembra. La siega sólo la puede hacer Dios. El temor de Dios.

Y, sin embargo, ellos dicen:

—Vuestro Islam, vuestra entrega a vuestro Dios, es la entrega de todos los demás a vuestros caballos.

Cuando les pido que me traigan a un hombre o me muestren a alguien que haya sido obligado a convertirse al Islam a la fuerza, guardan silencio. Por eso yo no tengo más remedio que hablar.

Si un musulmán obliga a alguien a convertirse no corre el riesgo de acabar en el Infierno. No. Tiene la certeza de que acabará en él, pues la advertencia de Dios está muy clara: «La religión no puede ser obligatoria». Cuando nos acusan de utilizar la espada, yo les enseño mi bastón. ¿Cómo puede estarse quieto el bastón de un viejo en el mundo de un joven? Y, sin embargo, si yo, Bilal, atara una zanahoria a mi bastón y convirtiera con ella a los asnos de nuestros adversarios —tal como dicen que una campana cristiana convirtió a dos cisnes—, yo, Bilal, ardería como una tea en el Infierno. Pues, de la misma manera que no puede haber obligación en la religión, tampoco puede haber soborno.

Ni la espada, ni las amenazas, ni los retorcimientos del brazo, ni los huesos rotos, ni los sobornos pueden inducir a un hombre a creer, pues, en la esencia de la prohibición de la conversión a la fuerza, se encierra toda la intacta belleza del más puro diamante de la religión. Es Dios y no el hombre quien elige al creyente. En los versículos 99 y 100 de la sura de Jonás, Dios plantea a toda la humanidad, incluso a esos zopencos de Damasco, una sola pregunta.

*¿Puedes tú obligar a los hombres
a creer en contra de su voluntad,
siendo así que un alma sólo cree
por voluntad de Dios?*

¿Cómo se podría extender el Islam por medio de la espada? Sin embargo, por mucho que tú demuestres una imposibilidad, siempre habrá alguien que te dirá que es cierta.

Aunque el árbol de Hudaibiya no era más que un espino desnudo, de él cayeron grandes frutos y, aunque no era más que un árbol sin hojas, dio su sombra a muchos miles, pero vosotros no vayáis ahora a convertir mi metáfora en un milagro, por más que el resultado de la Tregua lo pareciera. Por primera vez podíamos desplazarnos libremente de oasis en oasis y de manantial en manantial, hablando abiertamente, sin temor a que nos apedrearán o nos azotaran o azuzaran contra nosotros a los perros del campamento.

Con la palabra y no con la espada, por medio de la invitación y no de la obligación, convencimos los corazones de los hombres. Y así se extendió el Islam.

Quinta página de la historia

La Tregua de Hudaibiya en la que se había acordado un período de paz de diez años, duró sólo dos. La rompió indirectamente La Meca sin conocimiento de Abu Sufyán. Unos hombres de unas tribus aliadas de los mequíes asesinaron a unos hombres de unas tribus aliadas de los musulmanes. A pesar de su escasa importancia, el incidente bastó para romper la tregua.

Mahoma marchó sobre La Meca. El Islam se había extendido con tal rapidez durante el período de la tregua que el Profeta contaba ahora con un impresionante número de seguidores. A los diez mil que salieron de Medina se les incorporaron varios millares de las tribus que encontraron por el camino. Arabia jamás había visto un ejército tan grande.

Abu Sufyán, buscando la mejor salida en su desesperada situación, se presentó solo en el campamento musulmán para negociar unas condiciones, pero los tiempos de los compromisos ya habían quedado atrás. Por consiguiente, concertó la paz con Mahoma y se rindió al Islam.

Bilal cuenta la conversión de Abu Sufyán

Tuve la primera corazonada —todo lo vaga que vosotros queráis— de que algo insólito estaba ocurriendo cuando Abu Dar, con los ojos casi fuera de las órbitas, se atragantó con la comida y Omar apretó fuertemente las manos en un puño. Como yo estaba de espaldas, me volví.

Allí estaba nuestro enemigo desde hacía veinte años, nuestro perseguidor y nuestro supuesto destructor, Abu Sufyán en persona, avanzando entre las hogueras de nuestro campamento. Caminaba muy erguido y con aquella dignidad y aquella calma que tanto temor nos solían infundir antaño.

Se detuvo delante de nuestra hoguera, pero ninguno de nosotros se levantó. Después contempló los millares de hogueras del campamento, parpadeando en el horizonte cual estrellas caídas del cielo.

—El reino de Mahoma es ahora muy vasto —dijo casi con asombro.

Aquel error fue demasiado para mí y tuve que corregirle:

—Mahoma es un profeta, no un rey.

Abu Sufyán inclinó lentamente la cabeza como si estuviera; sumido en sus propios pensamientos. Después, pronunció mi nombre.

—Bilal.

Su voz sonaba tan suave que casi me pareció que me estaba llamando para propinarme otra tanda de azotes. Le miré con mis viejos recuerdos —casi se hubiera podido decir que lo golpeé con la mirada— y entonces él apartó el rostro. Pasé por su lado y entré en la tienda donde Mahoma estaba rezando.

—Mensajero de Dios —le dije—, está aquí Abu Sufyán.

—Dios elige todos los momentos del hombre —dijo él, indicándome por señas que hiciera pasar a Abu Sufyán. No hizo el menor signo de victoria. Simplemente se cubrió los ojos con la mano—. Es Dios el que invita —añadió.

Primero entró Alí y después lo hizo Abu Sufyán. Omar, que iba armado con una espada, y yo cubríamos la retaguardia. A pesar de su modestia, nuestro pequeño cortejo representaba, en realidad, la caída de La Meca.

Abu Sufyán empezó proponiendo una negociación... la tregua se prolongaría, los mequíes se mantendrían en armas, a los musulmanes les serían reconocidos los derechos de peregrinación... El Profeta lo interrumpió en seco.

—Este tiempo ya pasó —dijo—. Ya es tarde para eso.

Después se produjo una discusión que yo jamás olvidaré. La inició Alí.

—¿No crees, Abu Sufyán, que ya ha llegado el momento de que reconozcas que Mahoma es el Mensajero de Dios?

Abu Sufyán bajó la mirada sobre la alfombra en la que estábamos sentados.

—Todavía hay dudas en mi corazón, Mahoma —dijo con los ojos cerrados.

La intervención de Omar fue decisiva, como todas las suyas.

—Si te cortáramos la cabeza, se acabarían todas tus dudas.

Yo jamás había discutido con Omar, pero en aquel momento tuve que hacerlo. Alargué el brazo y apoyé mi mano sobre la suya.

—La religión no se puede imponer —le dije.

El Profeta me miró con una sonrisa de complacencia. Abu Sufyán clavó fijamente los ojos en mí como un niño que jamás hubiera visto a un negro.

—Tú, esclavo negro —dijo—, eres la mejor escuela. —Después añadió, dirigiéndose a Mahoma—: Si mis dioses fueran dignos de mi adoración, a esta hora ya me hubieran salvado.

El Profeta esperó en silencio. Entonces Abu Sufyán habló con toda claridad y sin la menor vacilación:

—Proclamo por mi libre voluntad y sin ninguna coacción que no hay más dios que Dios y que tú, Mahoma, eres su Profeta.

Tal fue el Islam, la entrega a Dios, de Abu Sufyán. Así pues, a la mañana siguiente, recorrimos con paso ligero el último cuarto de legua que nos faltaba para llegar a La Meca.

Sexta página de la historia

Ocho años después de su huida nocturna de La Meca, Mahoma regresaba como conquistador. La ciudad se rindió sin un solo combate.

Una vez más, Mahoma puso de manifiesto su tolerancia. No derramó sangre y no se vengó. Ni una sola puerta fue derribada.

El pasado estaba olvidado y el presente perdonado. En nombre del Único Dios, limpió la Kaaba de sus trescientos sesenta dioses. Los ídolos fueron bajados de sus pedestales, rotos y quemados. Ésa fue la única violencia de su conquista.

En cuanto se apagaron las llamas, Mahoma se situó de pie en los peldaños de la Kaaba y proclamó el triunfo del Islam:

—La verdad ha llegado y ha huido la mentira.

Después ordenó a Bilal que se encaramara por las negras colgaduras de la Kaaba e hiciera la llamada a la oración desde el tejado.

Bilal cuenta cómo subió a la Kaaba

Jamás pensé que pudiera trepar por allí. El costado de la Kaaba es un alto muro completamente liso y el lienzo negro que lo cubre, y que era lo único a lo que yo podía agarrarme, estaba deshilachado y medio podrido. Pero, si en aquel momento el Profeta me hubiera pedido que echara a volar, yo quizá me hubiera convertido en el protagonista del famoso milagro del «Vuelo de Bilal».

Cuando me pidió que subiera, comprendí enseguida por qué razón quería que lo hiciera. Mi presencia en aquel tejado llamando a la oración sería una proclamación a toda la humanidad de que aquella casa construida por Abraham había sido efectivamente recuperada para adorar a Dios. Mi primera llamada en Medina había completado su mezquita, en palabras del propio Profeta; ahora mi llamada completaría la limpieza que él había efectuado en la Kaaba.

La responsabilidad era abrumadora. Yo subiría contra los dioses y, si cayera, los paganos verían en mi cuerpo roto una reafirmación de sus divinidades. Pero, tal como ya he dicho antes, cuando el almuédano sube para hacer la llamada, lo que lo eleva es la esperanza de los hombres y los rostros que éstos levantan hacia él.

Con el cuerpo a veces colgando y con los pies acoceando el lienzo en busca de algún punto de apoyo, las rodillas despellejadas, la respiración afanosa, el corazón desbocado en el pecho y las costillas medio arrancadas del espinazo, me agarré como pude y fui subiendo poco a poco. El último metro fue el más largo y difícil, pero conseguí llegar arriba y rodar sobre el plano tejado. Permanecí allí tendido sin que me vieran desde abajo y sin el menor deseo de levantarme, pero el hombre que llama a la oración no puede malgastar ni un solo minuto de Dios en sí mismo.

Abajo reinaba un profundo silencio. Una multitud sin palabras. Levanté los ojos al Cielo y me pareció que éste contenía el aliento, pues no se percibía el menor soplo de aire. De repente, tuve miedo. Comprendí dónde estaba y lo que se esperaba de mí.

Hice la llamada y la hice muy bien. Lo sé porque oí resonar su eco desde la colina de Arafat. Todos los santos lugares contestaron.

Vi al Profeta sentado en su camello con la cabeza inclinada y una mano apoyada encima de la otra. Sólo él iba montado. Le rodeaba la hermosa compañía de Alí, Abu Bakr, Omar y Abu Dar y, alrededor de ellos y por todas partes, los millares y las decenas de millares de hombres y mujeres cuyas guerras habían terminado en oraciones.

A menudo me despierto de noche, recordando aquel día con temor y emoción. ¿De veras ocurrió todo tal como yo he dicho? ¿O vuelvo a estar allí sentado en cuclillas entre los esclavos, agradeciendo la sombra del muro por el que yo imaginé haber trepado? ¿Acaso mi recuerdo está resbalando hacia el sueño?

Los huesos viejos no sirven para trepar... y yo entonces ya tenía bastante edad, aunque nunca he sabido muy bien lo que es eso. La mente y el cuerpo combaten constantemente contra esta pregunta y, aún ahora, mientras, sentado en mi puerta, contemplo la puesta de sol por encima del puño de mi bastón, me pregunto si soy un viejo que es joven o un joven que es viejo.

La historia me vio trepar. No lo he soñado. Confío en que Dios me viera. Por mi parte, ya me estoy imaginando allá arriba, muy por encima de la Kaaba, elevándome hacia el Cielo. En caso de que ello ocurra, seré efectivamente el protagonista del «Vuelo de Bilal».

Séptima página de la historia

Dos años y dos meses después de la Conquista de La Meca, Mahoma cayó enfermo en Medina, probablemente de neumonía. Al cabo de diez días, el 8 de junio del año 632, murió en brazos de Aixa, la más joven de sus esposas e hija de Abu Bakr.

Tenía sesenta y tres años.

Bilal cuenta la muerte de Mahoma

Dios se llevó dulcemente el alma de su último profeta. Mahoma murió rodeado de amor la tarde del 8 de junio del año 632 entre las lágrimas de las mujeres y el silencio de los hombres. Hay quien dice que, cuando el Ángel de la Muerte lo visitó, le preguntó si ya estaba preparado.

Es indudable que no todos los profetas murieron plácidamente. Helí se cayó de una silla y se desnucó; Saúl murió por su propia mano junto con sus hijos; Aarón murió desnudo y temblando en lo alto de un monte; el Hombre de Dios de Judá fue devorado por un león en el camino; Salomón, a pesar de su sabiduría, amó peligrosamente a las mujeres y empezó a adorar a la diosa de Sidón y entonces Dios le arrebató Israel y lo dividió en doce partes; a Moisés le fue negada la sepultura y su hermana Miriam enfermó de lepra. En cuanto a Jesús, los hombres le atribuyen distintas muertes. Sus creyentes insisten en que murió crucificado entre los ladrones, a pesar de ser el Hijo de Dios, pero nosotros, que también somos seguidores suyos, tenemos noticias menos cruentas. Cristo no murió traspasado por una lanza sino que se trasladó a un lejano país desde donde Dios lo llevó consigo.

Aunque los hombres mueran acompañados, en las guerras, a causa de infecciones o en hundimientos de barcos, la muerte de cada hombre es sólo suya. Ningún hombre puede comprender la muerte de otro. Sólo puede referir los hechos, tal como yo os referiré ahora los hechos de la muerte de Mahoma, el Mensajero de Dios y el último profeta.

No fue una muerte repentina ni lo contrario, no fue violenta ni apacible, ni corriente ni extraordinaria... fue la muerte de un hombre que era un profeta, una lámpara encendida en el Cielo y apagada por la misma mano. Por eso fue inesperada.

Le desperté como de costumbre y él salió como de costumbre, aunque un poco más despacio. Se quejó de que le dolía la cabeza y me pidió que le tocara la frente. Lo hice y noté que le ardía. Le aconsejé que volviera a acostarse, pero él insistió en acompañarme a la mezquita. Por el camino, me tomó del brazo y, al ver que caminaba con paso inseguro, yo lo sostuve con fuerza. De pronto, se detuvo.

—¿Recuerdas, Bilal, la primera vez que nos vimos...? También caminábamos así... pero entonces era yo el que te sostenía a ti...

Ambos nos reímos.

—De eso hace veintidós años —dije yo.

—Ayer, justo ayer.

Fue la última vez que lo pasamos bien juntos. Aquel día y los siguientes, observé que la fiebre le iba ganando la partida. Pero él se empeñaba en levantarse y dirigía las oraciones, a pesar de la debilidad de su voz y el temblor de sus manos.

Al quinto día, Aixa me abrió la puerta despeinada y con el rostro desencajado. A su espalda, oí los gemidos y la respiración entrecortada de Mahoma. Aixa me dio un balde y me pidió que fuera por agua fría.

Eché a correr, pasando por varios pozos hasta llegar al pozo más fresco y profundo de todo el oasis. Aún me parece oír el sonido del balde chapoteando en el fondo. Agua para combatir el fuego de Mahoma, Sólo tuve tiempo para llevar el balde hasta la puerta, pues ya estaba amaneciendo y tenía unos deberes que cumplir. Sabía que, si el Profeta no oyera la llamada matutina a la oración, yo cargaría sobre su alma un peso mucho menos llevadero que cualquier dolor de su cuerpo.

Cuando terminé, regresé a la puerta y Aixa me abrió. Ahora ya llevaba el cabello peinado y trenzado, lo cual me pareció una buena señal.

—Quiere que te diga que jamás habías hecho una llamada mejor que la de hoy.

Hubiera podido discrepar. A menudo me sonaba mejor la voz y, además, aquella mañana el aire era más pesado que de costumbre y las palmeras se comían las notas de adorno... más de una vez, al terminar la llamada, si no hubiera tenido temor de Dios, les hubiera pegado a las palmeras de Medina una buena azotaina con el bastón. Pero todos los almuédanos deben saber que su mejor llamada no se escucha con el oído, que es sólo una máquina, sino con el corazón y en el interior de la mente del hombre. Por consiguiente, cuando el Profeta me dijo en su lecho de muerte que aquella había sido mi mejor llamada, lo fue de verdad.

Se pasó dos días medio en coma y medio en vela y yo me los pasé, haciendo trabajar las piernas para huir de mi mente. Sólo abandonaba su puerta para correr. Le llevé agua de siete pozos distintos en la esperanza de que alguna de ellas pudiera curar lo que otras no habían podido y Aixa le bajó la fiebre con las siete aguas de siete cuencos.

Al llegar la sexta mañana, se produjo un cambio repentino. Él mismo abrió la puerta y salió con la cabeza envuelta en una venda blanca. Con una mano apoyada en el brazo de Alí y la otra en la de su sobrino Fadl ben Abás, se dirigió a la mezquita y rezó por los muertos de Uhud. Pero caminaba tan despacio y con tanto dolor que no pude resistirlo y tuve que apartar la vista. Hasta yo, que no era más que un antiguo esclavo, pude ver la señal de la

muerte en su rostro. Es posible que sea cierto eso que dicen algunos de que, durante tres días, el Ángel de la Muerte le visitó y se volvió a retirar.

Aquella noche, en la hora más oscura, se dirigió al cementerio y empezó a pasear entre las tumbas. Alí y yo le seguimos, temiendo que se pudiera caer, pero él caminaba con paso firme por delante de nosotros. Después habló, dirigiéndose a la oscuridad que lo rodeaba:

*Yo os saludo, Gentes del Sepulcro.
Alegraos, pues sois más afortunadas que los vivos.
El alba que os despierta a vosotras
es más apacible que la de los vivos.*

Al regresar, le preguntó a Aixa cuánto dinero había en la casa. Ella no tardó mucho en contarlo. Siete dinares.

—Despréndete de ellos esta noche —dijo el Profeta—, pues, ¿cómo podría reunirme con Dios, teniendo todavía este dinero en mis manos?

Acudió una vez más a la mezquita, y fue la última vez que le vi. Le quedaban tan sólo unas pocas horas de vida, pero, curiosamente, la marca de la muerte había desaparecido de su rostro y yo jamás le había visto un semblante más hermoso. En su rostro resplandecía el gozo de la adoración. Habló suavemente, pidiendo perdón a quienes hubiera podido ofender y les aconsejó a todos que amaran con toda su alma el Corán, la revelación de Dios, el libro de la luz y de la verdad. Mientras le ayudábamos a levantarse, miró a su alrededor, diciendo:

—Yo me voy ahora antes que vosotros, pero recordad que vosotros me seguiréis.

Lo que ahora os estoy contando, lo sé sólo de oídas. En medio de la agonía de la muerte, Aixa lo sostuvo en sus brazos. Entró un hombre con palillos de madera verde y él pidió uno. Aixa lo mascó y lo ablandó un poco en su boca antes de dárselo. El Profeta lo tomó y se limpió los dientes. Mientras iba perdiendo progresivamente las fuerzas, ella le oyó decir.

—Oh, Dios mío, llámame con los pobres en el día del Juicio.

Después añadió otras palabras que no se oyeron o se perdieron o el oído humano no las pudo escuchar, pues hablaba sólo con el Cielo.

De repente, el Mensajero de Dios levantó la cabeza, miró hacia el techo, viendo lo que sólo él podía ver, y pronunció tres palabras:

—El Altísimo Compañero...

Sobre el testimonio de estas tres palabras, se cree que, en el momento de la muerte, el arcángel Gabriel volvió a visitarle.

Cuando oímos sollozar a Aixa, comprendimos que Mahoma había muerto.

Omar entró, pero su dolor lo cegó y sólo vio a un hombre dormido. No vio a Mahoma muerto. Salió hecho una furia y, levantando el puño en alto, profirió amenazas contra cualquiera que hablara de la muerte. Varios de nosotros

intentamos sujetarlo, pero se nos escapó. Después empezó a dialogar con su propia locura.

—¿Os acordáis de Moisés? —preguntó a gritos—. Moisés subió hasta Dios en el Monte Sinaí. Los judíos dijeron que había muerto, pero, ¿qué ocurrió? Pues que, al cabo de cuarenta días, regresó. Dentro de cuarenta días, Mahoma regresará como Moisés.

El noble Omar, con el cabello desgreñado, se situó de pie en el centro de la mezquita y miró a su alrededor, luchando dolorosamente contra la realidad como un loco que arrojara piedras a la luna.

Abu Bakr entró también y contempló el rostro de Mahoma. Al verlo, no tuvo la menor duda. Lo besó y lo cubrió con un lienzo.

Después, aquel hombre humilde y de aspecto insignificante, entró en la mezquita y, levantando la mano como un escolar en clase, pidió silencio, pero habló con más autoridad que nadie:

—Si hay alguien aquí que adora a Mahoma, sepa que Mahoma ha muerto. —Hizo una pausa para que aquella terrible verdad penetrara en los corazones de quienes le escuchaban. Pero el que adora a Dios, sepa que Dios está vivo y no muere.

Omar se desplomó en el suelo y se cubrió el rostro con las manos mientras su enorme corpachón se estremecía siguiendo el ritmo de su llanto.

Jamás volví a llamar a la oración. Mis piernas no me sostenían y, a pesar de que Alí y Abu Dar, me ayudaron, me vine abajo después de las primeras palabras. El dolor me lo impidió. De pie en el tejado, busqué las palabras y me vino a la mente la primera y la mitad de la segunda. No pude completar el nombre de «Mahoma» y tuve que volver cuatro veces al principio, tartamudeando, sollozando y volviendo a fallar. —Al final, se compadecieron de mí y me ayudaron a bajar.

Y, sin embargo, cinco veces al día oigo mentalmente mi llamada. Curvo la mano alrededor de mi oído y me oigo como desde muy lejos, en otra ciudad y otro día, entre otras personas. A veces, le susurro la llamada a mi hijo cuando, como todos los niños, ya se ha cansado de jugar y duerme como un bendito.

Octava página de la historia

A la muerte de Mahoma, Abu Bakr fue nombrado califa, o sucesor. Como es natural, el sucesor no heredó la misión de profeta, pero gobernó el Estado y se encargó de mantener la organización de la religión.

Abu Bakr gobernó el Islam durante dos años y después también enfermó de fiebres. Antes de morir, pidió una pluma y un pergamino y nombró sucesor a Omar. Dicen que Omar gobernó el Islam con su bastón, pero, en realidad, era un hombre muy piadoso y humilde. Cuando recibió la noticia de la conquista de Alejandría, la ciudad de los trescientos palacios, se encontraba sentado a la sombra de un árbol, compartiendo un puñado de dátiles con su viejo esclavo. Se acercó a pie para aceptar la rendición de Jerusalén, conduciendo a su camello por la brida porque le tocaba el turno de montar a su viejo esclavo. Bilal aparece fugazmente algunas veces. Se dirigió al norte para incorporarse al ejército de Siria —dicen que buscaba el martirio— y estuvo presente en la entrada en Jerusalén. Pero se ignora si combatió en alguna batalla.

Aunque el dolor lo hizo enmudecer, Bilal volvió a hacer la llamada a la oración en dos ocasiones. Una vez, «sólo por esta vez», a petición pública y a instancias de Omar, la hizo en Jerusalén. Y otra vez, años más tarde, cuando regresó a Medina para visitar la tumba de Mahoma, Hasán y Husain, nietos de Mahoma, fueron a verle y le suplicaron que hiciera la llamada por última vez. No pudo negarse. A pesar de lo temprano de la hora, las calles se llenaron de gente que lloraba de emoción. Algunos informes no muy fidedignos dicen que Bilal se convirtió en gobernador de Damasco. Aunque no tendría nada de extraño que Bilal hubiera sido gobernador de Damasco, habida cuenta de su diligencia, la autoridad que le confería su pasado y el amor que le demostró al Profeta, es casi imposible imaginarle en el desempeño de dicho cargo. Él hubiera preferido sin duda sentarse a la puerta de una humilde morada.

No se conoce con certeza la fecha de la muerte de Bilal. Probablemente ocurrió en el año 644 de la era cristiana y 22 de la Hégira.

Bilal en la puerta de su casa

La vida y la memoria que de ella se conserva, ése es el mayor triunfo de un anciano.

Si alguien me recuerda, que lo haga a través de mis amigos. Decidle a quienquiera que pregunte por mí: «Bilal fue su compañero», pues yo fui uno de los miembros de aquel grupo que vivió la Época Perfecta, la época en la que el Mensajero de Dios vivía en este mundo. Nadie volverá a conocer jamás aquellos esplendorosos días, pero todos pueden compartir sus frutos.

No me juzguéis porque fui el primero. Mi llamada podía variar según los días y, a veces, quizá por voluntad de Dios, el viento me maltrataba y me devolvía las palabras, o la humedad de la mañana se introducía en mi garganta o las palomas me molestaban.

Pero que todo el mundo recuerde, también en el firmamento, que el Profeta llamó a Bilal «hombre del Paraíso».

Ahora ya quedamos muy pocos y los que todavía están conmigo no tardarán en desaparecer. No hay por qué buscar la muerte, pero conviene mirar hacia adelante.

Los vivos tienen la mala costumbre de considerarse más afortunados que los muertos, pero nunca se preguntan si los muertos están de acuerdo con dicha afirmación. ¿Qué quiso decir Mahoma aquella noche en el cementerio en que llamó afortunados a los muertos?

Recuerdo que era una noche muy fría, que la tierra estaba muy dura y reseca y que las Gentes del Sepulcro no se movieron ni hablaron. Cada cual estaba en su propio hueco. Pero, ¿eran ellos los muertos... o no eran más que los secos restos de una humedad antaño llamada hombre? Pues el cuerpo no es más que un río que transporta el alma y va cambiando metro a metro y remanso a remanso, cada cuerpo en su propia corriente, dirigiéndose hacia su propia sequía final.

Y, sin embargo, yo creo saber lo que quiso decir el Profeta. Una vez en que nos encontrábamos sentados en la mezquita —estábamos a oscuras poco antes de que descargara una tormenta, las nubes se habían condensado sobre Uhud y las gallinas, que tan bien presienten los cambios meteorológicos, ya habían

corrido a esconderse—, le oí decir:

—¡Los hombres están dormidos y despiertan cuando mueren!

No lamento ni un solo día del pasado, ni siquiera el día en que me azotaron.

Y me alegro de tener hijos. Nuestros hijos no son sólo nuestro pasado sino también nuestro futuro. Un hombre encuentra a su propio padre en sí mismo cuando cuida de su hijo. El hecho de que un joven mejore al viejo, aunque sea el viejo quien enseñe al joven, constituye un misterio de las generaciones.

Me alegro de ser quien soy, de mi piel y de mi África porque ésa es la dimensión en la cual existo.

Ahora me acompaña constantemente mi bastón y mis paseos son muy cortos, desde esta puerta a la mezquita y vuelta otra vez a casa, pero disfruto de más espacio que nunca, pues vivo en el venerado recuerdo de Mahoma.

Es posible que en los jardines de los bienaventurados muerta vuelva a pasear con Abu Dar. Ya me parece estar oyéndole repetir una vez más que el mayor mal de este mundo es la propiedad, que nadie debería poseer más de lo necesario y que Mahoma sólo tenía dos camisas, la que llevaba puesta y otra para lavar. Allí volvería a oír los argumentos de Abu Dar —con los ojos brillando de emoción de sólo pensarlo— en favor de la existencia del más allá y volvería a ver al Profeta escuchándole con atención, pues Dios, al enviar a Mahoma a este mundo, quiso hacerle a la humanidad el regalo de un profeta que se complacía en escuchar a los hombres.

Dios mío, concédeme la gracia de que Abu Dar sea mi intercesor en el Paraíso.

Pero, entretanto, me burlaré unos cuantos días más de esos necios de Damasco y seguiré hablando en el viejo estilo de antaño.